0.3 Por siempre

Selena F.

Capítulo 1

—No entiendo que le ves al mundo mortal.

— ¿Una manera de ganarme la vida, por ejemplo?

—No necesitas irte a cazar allí para ganarte la vida, y lo sabes. Exponerte de esa manera…

Rhys puso los ojos en blanco mientras guardaba los cuchillos en su cinturón con movimientos rápidos y diestros.

—Me ofende que con treinta y tres años sigas haciéndome estos comentarios, Lea.

—Siempre vas a ser mi hermano pequeño.

Rhys se irguió en toda su estatura para mirar a su hermana mayor, considerablemente más baja que él. Lea enarcó una ceja ante ese gesto y cruzó los brazos sobre el pecho.

—De verdad, no tienes por qué dedicarte a eso. Si no quieres ser un soldado ni formar parte de los danann… —insistió ella.

—Siempre voy a ser un danann —la cortó él con suavidad, pero tajante al mismo tiempo—. Nunca renegaré de ellos, pero no quiero que mi vida se reduzca a eso, a ser un legionario a las órdenes de Kendrick, por muy que me caiga. Y a papá no le importa —finalizó encogiéndose de hombros.

—Kendrick podría ayudarte a…

—No quiero que tu marido me ayude en nada —replicó Rhys con aspereza.

No tenía nada en contra de su Hijo Predilecto, quien por añadidura era su cuñado. Le caía bastante bien, en realidad. Desde la perspectiva de Rhys, tenía el punto de gilipollez típico de todos los hombres de su posición que además poseían sangre noble en sus venas. La responsabilidad de tener que tomar decisiones poco populares abocaba a esa característica, o eso suponía él.

— ¿Cuánto vas a quedarte? —preguntó Lea tras un breve y espeso silencio.

—Probablemente vuelva mañana. Hay algo que está estropeando las trampas y lo que cae en ellas. Voy a intentar averiguar quién o qué es y

me desharé del problema.

Lea se quedó callada. Su hermano no podía leer la mente como su marido, pero podía figurarse lo que pasaba por su cabeza. A Lea siempre le había parecido inquietante la manera en la que los fae que la rodeaban, especialmente los hombres, tenían la capacidad de hablar sobre quitar una vida como si estuvieran hablando de arrancar una flor o soplar una vela; como si solo estuviesen soplando un montón de polvo, esparciéndolo al viento, sin la implicación de llevar un anam, un alma inmortal, a otro lugar.

Su hermano pequeño no era diferente, y al mismo tiempo, sí. Rhys había entrado en combate a las órdenes de su padre, Gwylim, en la legión de guerreros danann, pero nunca se había sentido atraído por esa vida. Por la guerra, la sangre derramada sin una buena causa, porque para Rhys, no había guerras justificables; solo eran caprichos de los Hijos Predilectos que los legionarios y guerreros debían cumplir y llevar a cabo. Sin embargo, a Rhys no le disgustaba toda la violencia; disfrutaba con las prácticas de combate, con las peleas con las que se había entrenado de niño. Le excitaba el combate, la sangre… y la caza. Pero no la guerra.

— ¿Qué crees que puede ser? —preguntó ella viéndolo terminar de coger sus armas.

—Algo lo bastante inteligente como para deshacer una trampa para selkies —dijo mientras comprobaba el filo de una daga—. Un feérico que quiera problemas, o incluso un humano especialmente estúpido.

La última opción le parecía la más plausible, la verdad, aunque esperaba que no fuera la correcta. Nunca había matado a un mortal, y la perspectiva de hacerlo no lo atraía, pero tampoco lo desagradaba. Simplemente no quería tener que lidiar con quienes se creían las niñeras del mundo de arriba.

—O una sealgair.

Rhys arrugó el ceño mientras se giraba hacia su hermana.

— ¿Por qué iba una sealgair a liberar un selkie?

Lea se encogió de hombros.

—Para atraer a una trampa a un fae estúpido, por ejemplo.

Rhys resopló suavemente y sonrió de medio lado.

— ¿Quieres que la siguiente piel te la guarde para que tu querida modista

real te haga una estola? O, ¿preferirías que la guardase para Anice?

Lea hizo una mueca.

—Tiene suficientes pieles de seres extraños como para lucir una diferente cada día del año. Creo que la siguiente que quiere colgada en su armario es la mía.

Rhys no le llevó la contraria. Tanto la hermana pequeña de Kendrick, Anice, como su hermano menor y segundo al mando, Brycen, siempre habían dejado claro lo que pensaban de la relación entre Lea y el Hijo Predilecto, igual que todos los aristócratas que vivían en la villa que rodeaba el palacio de la Sombra y la Niebla, un lugar en el que Rhys solo había estado cuando tenía tres años, durante la boda de su hermana, y al cual no le habían quedado ganas de regresar.

La relación entre la joven y al principio ingenua hija del general más capacitado de la Casa pero sin una gota de sangre noble, y uno de los hijos favoritos de los dioses, descendiente de un linaje antiguo y también guerrero, pero con un blasón familiar que iba acompañado de una corona y una larga tradición de poder, nunca había sido plato de buen gusto. La suya era una historia que había despertado muchas emociones diferentes entre quienes la conocían; nobles aristócratas de palacio, guerreros hijos de Dannu y otras criaturas que la narraban como si se tratase de un oscuro cuento romántico, uno que muchos habían esperado que tuviera un final trágico.

Rhys era muy pequeño cuando su hermana se casó, pero no había olvidado verla llegar con círculos negros bajo los ojos, la luz que siempre la rodeaba, apagada, así como la energía fiera que desprendía. Tampoco olvidaba cómo había conseguido resurgir e imponerse a la familia de Kendrick y a quienes vivían en los alrededores de palacio, cómo al final había conseguido mantenerse libre y salvaje; al menos, todo lo que su posición como consorte le permitía. Cómo había conseguido ganarse un hueco en aquel nido de serpientes.

—Nunca va a tenerla en su vestidor, para su desgracia —replicó Rhys mirando a su hermana—. Papá, mamá y yo no permitiríamos que eso pasase. Tu marido tampoco.

—Ni yo, por supuesto —resopló Lea— Soy la primera interesada en que eso no ocurra —calló un instante antes de hacer el siguiente comentario—. Lo único que me da miedo es cómo vayan a tratar a mi hijo.

Rhys se quedó muy quieto. Arqueó una ceja y las comisuras de su boca se curvaron ligeramente.

— ¿Estás embarazada?

—No —Lea negó con la cabeza—. Aun no. Pero Kendrick y yo hemos hablado de tema. Siento que por fin estoy preparada.

Lea puso los ojos en blanco cómicamente. Rhys también sabía lo escabroso que era ese tema para ella. La aterrorizaba el trato que pudiera sufrir su hijo mayor cuando naciese, aun tratándose del legítimo heredero de la Casa. Porque su hijo no sería de sangre noble en su totalidad; sería también un danann, descendiente de un pueblo del que muchos recelaban por considerar que no eran del todo como los demás fae. Un pueblo que se atrevía a rezarle por las mañanas a una deidad que no era ni Padre ni Madre.

Lea prosiguió:

—También hemos hablado de quién nos gustaría que fuese su mentor.

— ¿Cómo crees que les sentará a sus reales señorías que nuestro padre sea quien eduque a su futuro Hijo Predilecto? —rió Rhys con suavidad, entendiendo lo que había detrás de las palabras de su hermana.

—No les hará ninguna gracia, pero es una decisión que Kendrick y yo tomamos hace mucho tiempo —hizo una pausa, mirando ahora a su hermano con más cautela—. Menos les gustará saber que su segundo mentor también será un dannan, y no uno al uso. Uno que causará controversia incluso entre los nuestros —añadió haciendo un gesto con cabeza hacia la puerta que daba a la calle.

Rhys se quedó muy quieto, con un movimiento a medio camino hacia el último de los cuchillos que había expuestos sobre la mesa de la cocina. Limpios y sin gota de sangre para que ninguna presa (o no presa) pudiera olerlos, perfectamente afilados para que nadie que se encontrase tras su filo pudiera salir vivo.

—Creo que lo más engorroso de haberos elegido va a ser encontrar un nombre apropiado y que suene lo suficientemente noble para el gusto de sus reales imbéciles —continuó hablando Lea sin perder detalle de su hermano—. Supongo que por lo menos tendré que concederles eso.

—Recuerdo que una vez dijiste que no te gustaba nada mi nombre —apuntó Rhys cuando su cuerpo logró volver a ponerse en movimiento—. Llegaste a decir que era más apropiado para una mascota que para un hombre.

— Es cierto —replicó Lea encogiéndose de hombros—. Puede que decida saltarme las tradiciones de nuevo. Nunca se ha dado bien seguirlas, ya lo

sabes.

Era costumbre entre los nobles, especialmente entre los Hijos Predilectos, llevar entre sus múltiples nombres reales uno que hiciera referencia a quienes los educaban como mentores o maestros. A Rhys le resultaba extraño en cierto modo, anteponer el nombre de un extraño al de un pariente como podía ser el del padre de la criatura. El primer nombre de Kendrick era el mismo que el del padre de los hermanos Fforddludw por un casual, no porque lo hubiera instruido cuando era joven. Extrañas coincidencias. Ahora, el nombre de Gwilym podría perdurar en la línea Maira por más razones.

—No me lo hubiera esperado —dijo Rhys después de una breve pausa, mirando a su hermana por detrás de las pestañas—, que me eligieses a mí para algo así. No me considero alguien… alguien que tenga nada que enseñar. A parte de cómo meterse en líos con los de su sangre, por supuesto —añadió con una sonrisa maliciosa, pero teñida con un dejo de aflicción.

—No has hecho nada malo. Dejar la legión dannan no es ningún crimen —puntualizó Lea—. Herir los sentimientos de otra persona por tus acciones tampoco lo es, aunque a veces lo parezca; no cuando miras por tus propios deseos y por tu felicidad.

Los dos sabían bastante de eso. Ambos habían fallado a su pueblo en un sentido o en otro; no habían hecho o no habían sido lo que se esperaba de los hijos del general y máximo representante de su orgullosa nación. Una por casarse con alguien que no pertenecía a su pueblo, el otro por haber abandonado su estilo de vida beligerante.

Rhys no dijo nada; se limitó a estirar la mano hacia Lea. Los hermanos entrelazaron sus dedos durante un momento, sonriéndose. Dos sonrisas casi idénticas de labios rosados y carnosos, sin enseñar los dientes. Lo único que las diferenciaba era que Rhys tenía un pequeño hoyuelo al lado de la comisura izquierda.

Su madre, Maeve, solía decir que parecía que los hubiera parido su padre en lugar de ella, y es que los hermanos, además de ser extremadamente parecidos entre ellos, con un pelo espeso y negro como la tinta, los ojos de un azul oscuro imposible y los rasgos maravillosamente hermosos incluso entre los fae, parecían dos réplicas de su padre, una de ellas en femenino. Rhys era el reflejo perfecto de Gwilym, y en más de una ocasión lo habían confundido con él.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? —dijo Lea rompiendo el silencio.

Rhys dejó caer la cabeza hacia atrás con resignación.

—Que vinieras con esta antes de que pasase por la Turas Mara puedo entenderlo, pero ahora…

—O aceptas los consejos de tu hermana mayor —replicó Lea muy despacio—, o le diré a nuestros padres que te escabullías al mundo humano antes de haberte convertido en inmortal de verdad.

Rhys hizo una mueca. Había comenzado con sus escapadas curiosas cuando apenas tenía dieciséis años, doce años antes de haber afrontado la Turas Mara. Había sido complicado esconder esas visitas, sobre todo por el inconfundible olor que quedaba en su ropa y en su pelo cuando volvía. Había adelantado su viaje hacia la inmortalidad un poco más de lo que solían hacerlo los jóvenes guerreros dannan para poder llevarlos a cabo sin esconderse ni mentir. No había llegado a pasar todos los círculos de entrenamiento de los campos dannan, pero tampoco le importaba demasiado. O sí, pero no de la manera que debería. No tenía intención de completar su formación como guerrero, así que no tenía sentido que siguiera enfrentándose a aquellas trampas y pruebas en la que lo más probable era que acabase perdiendo un miembro.

Sin embargo, esa decisión no había sentado bien entre los suyos. Sus padres y su hermana habían tratado de convencerlo para que terminase su entrenamiento aunque nunca fuera a llevar la vida de los demás dannan, pero Rhys se había negado rotundamente. En eso también se parecía a su hermana; no se le daba bien seguir las tradiciones y no le importaba lo suficiente lo que los demás pensasen de él como para ceder ante ellas.

—No veo por qué iba a asustarme eso ahora —dijo guardando el último de los cuchillos—. Además, eres muchas cosas, Lele, pero no una chivata.

Antes de que Lea pudiera replicar, Rhys abrió la puerta y se marchó, camino del mundo que se encontraba por encima del suyo. No se despidió. Nunca lo hacía; siempre había pensando que ese tipo de formalidades traían mala suerte.

Capítulo 2

Rhys inhaló el aire del mundo mortal y cerró los ojos, dejando que todo girase a su alrededor durante unos instantes.

Aquel lugar era tan diferente de su hogar… Sin importar la época del año en que lo visitase, la esencia le recordaba a una arboleda en otoño, húmeda, fría, con charcos embarrados bordeados de escarcha blanquecina y adornada de montones de hojas muertas. El mundo de los mortales olía como las hojas descomponiéndose, penetrante y dulzón. A Rhys le gustaba la sensación que le producía. La mayoría de inmortales odiaba sentir cómo aquel lugar les consumía su poder, su magia, cómo iba agotándolos poco a poco, drenándolos y dejándolos con la mente embotada y espesa. A él le recordaba a la sensación que le dejaba en el cuerpo una sesión intensa de entrenamiento con la legión; exhausto, ligeramente adormecido y el cuerpo adolorido en algunos lugares, pero relajado.

Descendió la ladera de Beinn Nibheis dejando que el glamour que cubría su cuerpo de manera natural cuando se encontraba en aquel lugar se disipase para reducir la velocidad con la que sus fuerzas abandonaban su cuerpo, aunque eso lo dejase a la vista de los mortales. Pero eso no le preocupaba demasiado. Los humanos no solían acercarse a aquel lugar por miedo a lo que pudieran encontrarse. Las únicas mujeres mortales que se atreverían a merodear por allí podrían verlo incluso con el glamour puesto.

Su fino oído feérico capó los validos de un rebaño de ovejas, acompañados del tintineo de sus campanas. Un silbido siguió al ruido de los animales. Bueno, siempre había algún idiota que decidía que era más listo que las antiguas advertencias.

Hizo una mueca burlona y continuó bajando, con cuidado de no resbalar por el pedregoso camino. Le atraía aquel mundo, pero no los humanos, o por lo menos no de la misma manera que a sus congéneres. Nunca había sentido la necesidad de hacerlos sufrir, de acostarse con una mortal, enamorarla, y después dejarla con el corazón roto, sin cordura y totalmente deshecha de por vida. Nunca se había sentido atraído por la idea de dejar a nadie hecho un cascarón de lo que había sido. Él no querría que le hicieran aquello.

No entendía el por qué de jugar de aquella manera cruel y despiadada con aquellas criaturas mortales, y en su propio mundo además. Los consideraba inferiores a los feéricos, sí, más débiles y desprotegidos, con una preocupante falta de noción del peligro, pues parecían disfrutar exponiéndose a amenazas que en el fondo sabían que no podían afrontar y salir indemnes… pero no por ello se merecían aquel trato por parte de

los inmortales.

Rhys trotó hacia el noroeste de la montaña que conectaba los dos mundos, hacia el loch cerca del cual había colocado la última trampa. Si todo acontecía como las anteriores ocasiones, lo más probable es que la encontrase vacía y rota una manera que un selkie no habría podido provocar.

Aquellos seres eran engañosos, sobre todo para los humanos. Tenían apariencia de persona cuando salían del agua, podían hablar y moverse como una, engatusar y mentir; esa era su estrategia de caza.

Hacía siglos que había quedado obsoleta para capturar feéricos desprevenidos, enfocada a sobretodo fae y sidhe, porque era a los que más se asemejaban cuando cambiaban su suave pelaje animal por la piel desnuda fuera del agua. Habían dejado de habitar los brazos de mar que lamían las tierras de frías de Elter y se habían trasladado al mundo mortal, donde tenían una cantidad de presas desprevenidas e ingenuas mucho mayor, sin importarles que el ambiente mermase su energía. Pero eran feéricos menores, su olor los delataba. Su verdadera apariencia no era la de persona de una belleza imposible, sino la del animal de cuerpo alargado y ligeramente rechoncho, con aletas peludas coronadas por uñas negras, afiladas como el ónice pulido. Su verdadera apariencia de predador pasaba desapercibida hasta que era demasiado tardo. Sus bocas podían abrirse desproporcionadamente y de manera inesperada, con tres filas de dientes. En tierra eran criaturas extremadamente bellas, aunque algo torpes caminando. En el agua, eran depredadores rápidos e implacables.

Debido a su práctica inexistencia en Elter, su piel era una joya de gran valor. Podían conseguirse prendas de gran calidad con aquel pelaje tupido que guardaba de manera eficiente el calor, y algunos ejemplares tenían unos patrones de color verdaderamente hermosos. Rhys se ganaba una considerable cantidad de dinero cazándolos y luego vendiendo las pieles que conseguía.

No todo el mundo servía para cazar selkies. Aun siendo feéricos menores, eran tremendamente inteligentes y feroces. Rhys sabía que si lo arrastraban al agua, estaba perdido. O casi. La única vez que eso había sucedido, había estado a punto de no contarlo. Una de las uñas del selkie que había estado a punto de matarlo colgaba ahora de su cuello, sostenido por una cadena de cobre. No acostumbraba a quedarse recuerdos de sus cacerías, pero con aquel selkie había considerado que era apropiado hacer una excepción. Puede que con quien le estuviera saboteando las trampas también.

Rhys escuchó las voces alteradas antes incluso de percibir su poder afrutado, con un toque cítrico. Pixies. ¿Eran esos cabronazos alados

quienes le habían estado fastidiando el negocio?

Se acercó con sigilo a la escena que se desarrollaba al lado de la trampa, que consistía en una red de malla metálica que originalmente contenía un cebo vivo que ahora, por supuesto, había desaparecido. Los selkies no comían carroña; les atraían los seres vivos moribundos que derramaban sangre y lágrimas sobre las aguas en las que vivían. Ahora, el que protestaba lastimeramente dentro de la red, colgando de una rama baja del árbol en el que Rhys la había colocado, era el predador inmortal. Desde su posición, Rhys pudo ver sus ojos completamente negros y sus dientes como navajas royendo las cuerdas metálicas, deseando tener entre sus dientes a una de aquellas hadas aladas que discutían a su lado.

—Y, ¿qué piensas hacer? ¿Matarlo de un susto?

—No, idiota, claro que no. ¿A ti te parece que a esa cosa le asusta algo? No, lo que hay que hacer es clavarle algo afilado en la nuca mientras está en el agua. Es lo que le he visto hacer al fae.

—Oh, claro, así es mucho más sencillo. ¿Cómo no se me había ocurrido? —el pixie se golpeó la cabeza con la palma de la mano con un gesto teatral— ¿Me explicas tu plan para meterlo entre los dos en el agua y que no nos coma, listillo?

Rhys enarcó una ceja y resopló. Si ya a él le costaba hacer aquel trabajo siendo un fae, aquellas dos criaturas del tamaño de su antebrazo, aun siendo feéricas, no podrían con la fuerza de un selkie en el agua. Era imposible que fueran esos dos los que le estuviesen estropeando las trampas, pero seguían siendo una molestia de la que tenía que deshacerse si quería quedarse con el selkie.

Una brisa suave le revolvió el pelo y le trajo un olor inesperado que le picó en la nariz e hizo que le hormigueasen los dedos de las manos. Estos se movieron instintivamente hacia el cinturón donde guardaba sus armas. Murmuró entre dientes un juramento bastante desagradable. Seguro que aquellos dos estúpidos habían atraído la atención de la sealgair que se ocultaba… ¿dónde?

Rhys miró a su alrededor, sus ojos estudiando la vegetación baja que rodeaba el loch. No había muchos sitios donde esconderse. Olisqueó el aire, pero no la volvió a detectar.

Mientras, los dos pixies seguían discutiendo entre ellos. Pincharon a la bestia atrapada en la red y esta lanzó un sonido quejoso, al tiempo que enfadado. Rhys enseñó los dientes en un gesto inconsciente. Lo único que estaban consiguiendo era enfadar más a la criatura, y haría que después

fuera más difícil acabar con ella.

El olor a nébeda le llegó de nuevo, a su derecha. Giró la cabeza en esa dirección; sus ojos no tardaron en toparse con el único lugar dónde podía estar escondida la cazadora. Reptó por el suelo procurando no hacer ruido y con cuidado de que la brisa de finales de invierno no llevase su olor hasta los pixies.

Tal y como esperaba, la descubrió escondida detrás de una roca grande justo al lado de la orilla, agazapada como un gato montés entre los matorrales espinosos. Tenía un arco en las manos, ladeado y apoyado sobre la roca que la tapaba. Comenzaba a deslizar una flecha desde el carcaj de su espalda, con movimientos lentos y precisos. Sus ojos entrecerrados no se separaron de los pixies que seguían discutiendo ruidosamente; la cazadora no lo había descubierto. No le sorprendió. Los feéricos a los que observaba, los pixies y el selkie, alterados y sin demasiado control sobre sus emociones, debían de emitir el suficiente poder como para ocultarlo a él, un feérico mayor.

Rhys sabía que tenía que intervenir, matar a la sealgair antes de que esta matase a aquellos dos, pero en lugar de actuar tal y como su cuerpo dolorosamente tenso le urgía a hacer, se quedó mirándola. Observó cómo los músculos de su espalda y sus brazos se movían debajo de la ropa oscura mientras tensaba el arco, ahora con una flecha preparada. No podía verle la cara desde su posición; solo tenía a la vista su melena castaña recogida en una trenza, su mejilla izquierda y su pómulo, la comisura de sus labios y el perfil de su nariz. Vio asomar la punta de su lengua mientras estiraba un poco más la cuerda del arco.

El mundo a su alrededor se tensó junto con la cuerda. Rhys contuvo el aliento. Lo soltó una fracción de segundo después de que ella disparase.

La flecha apenas silbó cuando cruzó la distancia que la separaba del pixie más moreno y atravesó su pequeño cuerpo alado, desde el abdomen hasta la espalda. Lo traspasó con tanta fuerza que lo proyectó hacia atrás y cayó en el loch con un chapoteo. Ocurrió tan rápido que no emitió ni un sonido de sorpresa o dolor.

El otro pixie apenas tuvo tiempo de comprender lo que ocurría. Se quedó mirando el lugar que había ocupado hacía un instante su compañero con los ojos como platos. Cuando miró en la dirección en la que había aparecido la flecha, ya era tarde. La cazadora se había alzado de su escondite con gracia felina, un movimiento fluido a que Rhys no le resultó muy diferente del que habría hecho un guerrero feérico. Tenía otra flecha lista.

La escena se repitió casi a la perfección, solo que esta vez, el pixie restante sí hizo ruido. Emitió un sonido ahogado de sorpresa y sus alas se

agitaron, alzándolo apenas lo suficiente como para que esa vez, la flecha, en lugar de atravesarlo por el abdomen, quedase alojada entre sus ojos. El chasquido del hueso al romperse bajo la presión de la punta de hierro precedió al del cuerpo caer contra el agua, acompañando al del otro feérico.

Algo primitivo dentro de Rhys ronroneó con fuerza en su interior al presenciar aquella escena, con el olor de la sealgair impregnándola. Ante la imagen de esa mujer armada con un arco, erguida en toda su estatura. Serena y resulta, igual que un depredador que solo ha salido a jugar para entretenerse. No se dio cuenta de que había vuelto a contener el aliento hasta que notó la presión en su pecho y tuvo que exhalar.

La joven parecía seguir sin darse cuenta de su presencia, pues salió de su escondite con el arco bajado y sin ninguna flecha entre sus dedos. Caminó hacía la red en la que había comenzado a removerse de nuevo el selkie, que también se había quedado inmóvil ante lo que se acababa de ocurrir.

Rhys vio cómo la mortal sacaba un cuchillo largo de su cinturón y se quedaba mirando la red con la fiera encolerizada en su interior. Acababa de descubrir a la criatura que saboteaba sus trampas.

Rhys sacó uno de las dagas más largas de su cinturón y se levantó de su escondite.

— ¿Sabes lo que cuesta capturar a uno de esos seres?

Ella se giró con una velocidad sorprendente, casi convertida en un borrón, y con el cuchillo por delante de su cuerpo. Rhys pudo ver ahora que era muy joven. Sus grandes ojos verdes lo miraron en un primer momento abiertos de par en par, cogida por sorpresa, para luego entrecerrarse, cautelosos. Pero no había miedo en ellos.

Rhys ladeó la cabeza, curioso y algo divertido, pero sin olvidar qué era lo que tenía delante.

—No me digas que eres tú quien ha estado jodiendo mis trampas —dijo con un ronroneo.

La sealgair no respondió. Ni siquiera parpadeó. No iba a apartar la vista de aquel ser que acaba de aparecer ante ella. Rhys se dio cuenta de que la joven tenía un rostro muy expresivo cuando vio todas las emociones que pasaban con rapidez por él en cuestión de segundos. Desconfianza ante el fae delante de ella, contrariedad hacia sí misma por haber permitido que la cogiese con la guardia baja y odio helado. Rhys vio cómo sus músculos se contraían de nuevo bajo su ropa, listos para un ataque.

El fae compuso una mueca burlona.

— ¿Saben tus mayores que has estado dejando vivir a malvados feéricos, niña?

—Hay cosas peores que cruzan a este mundo que un selkie que se alimenta de ganado y de hombres estúpidos —habló ella por fin, su voz sin ningún atisbo de temblor.

Rhys no la contradijo. Había selkies machos y hembras que podían adoptar la apariencia de hombres y mujeres respectivamente, pero sí era cierto que se habían vuelto famosos por atraer más a los primeros.

—Cazan humanos —recalcó Rhys.

—Solo a los más ingenuos —replicó ella—. Los que se acercan a los loch a pesar de los avisos y las historias —hizo una pausa antes de seguir en voz más baja—. Quizás el mundo y la especie humana están mejor sin ellos.

Rhys se sorprendió ante ese comentario. No se lo habría esperado nunca de una sealgair; una cazadora de feéricos y protectora de humanos. Aquellas mujeres vivían para proteger el mundo mortal de seres como el que había atrapado en la red; o como el que tenía delante y caminaba, hablaba y se comportaba de una manera no muy diferente a un hombre humano, pero que no lo era.

—No sabía que ahora también juzgabais quién debía morir y quién no entre los mortales.

Ella no replicó, ni tampoco se movió, pero no se mostró impertérrita ante el comentario; el fae vio la exasperación y la determinación cruzar su mirada.

—No vas a irte como si nada —Rhys avanzando hacia ella con paso calmado, prudente. Deseaba haber cogido su espada antes de venir al mundo mortal, pero no se había esperado tener aquel encuentro—. He perdido dinero por tu sentimentalismo y tu mal juicio, niña.

—No me llames niña, cerdo inmortal —siseó ella.

La tensión acumulada en los músculos de la joven cazadora explotó por fin. Se abalanzó sobre el fae a una velocidad que Rhys desconocía que era posible en un mortal, ni siquiera en uno con algo de sangre feérica como una sealgair.

Rhys notó el aire ondular al lado de su mejilla cuando ella estuvo a punto de clavarle el cuchillo en la cara. Él se movió hacia atrás y la agarró de la muñeca. La sealgair puso los ojos en blanco al notar los dedos del fae

cerrarse sobre su piel. Rhys la hizo dar una vuelta en el aire antes de que cayera de espaldas.

De nuevo, la cazadora fue más rápida de lo que esperaba. Fue a clavarle la daga en el hombro izquierdo, en un punto en el que sabía que la incapacitaría para seguir sosteniendo un arma, pero ella giró sobre sí misma y se alejó de él rodando, no sin antes lanzar un puntapié que dio de lleno en la mano de Rhys. Él siseó de dolor, pero consiguió seguir sujetando la daga. Maldijo por lo bajo al darse cuenta de que la había subestimado. Se veía joven, sí, pero seguía siendo una sealgair, una cazadora.

Ella se levantó de un salto y lo encaró de nuevo. Rhys aprovechó para mandarle un pulso de poder que la desestabilizó. Su magia no era tan fuerte como la de un Hijo Predilecto ni podía controlar ningún elemento, pero podía hacer pequeños trucos como aquel. En el mundo inmortal, más cargado de la magia de sus dioses, probablemente hubiera podido tirarla al suelo, puede que incluso lanzarla al agua, pero en aquel lugar tendría que conformarse con hacer que trastabillase patéticamente.

Rhys avanzó hacia ella rápido, volvió a cogerla de la muñeca y se la retorció tratando de desarmarla. Vaciló cuando escuchó el gemido de dolor de la cazadora.

No quería matarla. Se dio cuenta cuando la piel de su cuello desprotegido apareció ante su vista, accesible al filo de su navaja. No, por alguna razón, no quería quitarle la vida. Solo quería asustarla y que se fuera, que desistiese. Que dejase de fastidiarle el día y su propia caza. Pero en la naturaleza de las sealgair no estaba la opción de huir.

La joven echó la cabeza hacia atrás con fuerza y su cráneo impactó contra la barbilla de Rhys, lo más alto que conseguía llegar. El golpe no fue lo suficientemente duro. Rhys gruñó, pero no la soltó, siguió retorciendo la muñeca de manera dolorosa. Cuando ella echó la mano libre hacia atrás y trató de agarrarlo del pelo o golpearlo en los ojos, se topó cerrando los dedos alrededor su daga, que la había alzado por inercia para protegerse. El grito de dolor que salió de su garganta cortó el aire invernal.

Rhys la soltó y la empujó lejos. Ella tropezó, pero consiguió girarse hacia él sin caer, agarrándose la mano herida. La visión de la sangre hizo que los bordes de la escena se distorsionaron para Rhys durante unos instantes. Su olor llegó hasta él, intensificando el hormigueo de sus manos. La pelea lo había excitado. El ritmo de la lucha, los movimientos familiares, el sudor…

La joven solo apartó los ojos de su oponente el tiempo suficiente para echarle un rápido vistazo al corte. Enseñó los dientes, más para sí misma que para Rhys. Escocía y sangraba, pero no era muy profundo. No le

impediría seguir luchando, se dio cuenta Rhys.

Terca, dijo para sí arrugando los labios.

—Tienes unos dientes muy bonitos —dijo él dando un paso corto hacia ella—. Cuando te los quite, me darán una buena suma por ellos en Elter. ¿Sabías que los feéricos hacemos ofrendas a Madre con ellos?

Ella enarcó una ceja. Se limpió la sangre de la herida contra los pantalones con los labios apretados.

—Cuando yo te mate a ti, te cortaré la cabeza y la pondré en una pica. Quedará muy bonita decorando la entrada de mi campamento.

La risa que escapó de Rhys al escuchar aquellas palabras fue sincera.

—No dudo que mi cara adornaría muy bien tu poblado, y seguro que le alegraría la vista a más de una de tus compañeras —ronroneó al tiempo que sonreía ampliamente—. Pero me temo que no vas a tener el placer de hacer eso, niña.

—Te he dicho que no me llames niña, maldita sea —rugió ella.

Ese gesto descontrolado, una muestra de que había perdido los estribos delante de él, sorprendió a Rhys. Las sealgair no se comportaban así; eran guerreras frías que no se dejaban provocar de aquella manera, por cosas tan simples.

Negó con la cabeza, mirándola. ¿De verdad era tan estúpida como para hacer aquello? Desperdiciar la oportunidad de largarse y vivir para pelear otro día, para seguir estropeándole las trampas de los selkies. Estaba empezando a cansarse.

Estaba empezando a pensar que lo más sensato era dejarse de juegos y matarla.

— ¿Sabes por qué sois tan pocas? —volvió a hablar mientras comenzaba a moverse hacia su derecha, intentando rodear a la sealgair— Porque sois tremendamente estúpidas —contestó sin esperar respuesta—. Acabaréis extinguiéndoos como esos humanos necios a los que protegéis.

—Morir defendiendo este mundo no es una mala manera de reunirse con Morrigan.

La sealgair dijo aquellas palabras con una convicción y una seguridad tales que Rhys sintió estar repitiendo muchas de escenas que había presenciado en su vida. Sonaba como los guerreros contra los que había luchado y también con los que había luchado. Sonaba igual que el pueblo al que

pertenecía.

Ella se había movido sutilmente siguiendo sus movimientos, avanzando en la dirección contraria mientras hablaban, posicionándose delante de la única parte despejada al lado de la orilla del loch, donde no había rocas ni matorrales bajos y espinosos. Rhys se percató de que le estaba cortando el paso por donde había venido.

Se lo había dicho, no tenía ningún problema en dejar marchar a un feérico menor que solo limpiaba el mundo de ingenuos, pero no iba a ser tan benévola con uno como Rhys. La determinación de su mirada le mostró que no iba a dejar que se fuera, a pesar de estar herida.

El fae negó con la cabeza una vez más.

—Pues permíteme que te conceda ese honor.

Su poder dejó a la joven ciega durante unos instantes. Una sombra se había precipitado hacia sus ojos, nublando el mundo a su alrededor el tiempo suficiente para que Rhys se plantase delante de ella. No podía verlo, pero aun podía sentirlo.

Se revolvió cortando el aire a su alrededor con el cuchillo y notó como este impactaba contra algo sólido. Después, un siseo. Rhys volvió a cogerla del brazo para tirarla al suelo e inmovilizarla, para matarla de una vez, pero la sealgair consiguió golpearlo en la rodilla y hacerlo flaquear. Con la fuerza de los movimientos, ambos cayeron al suelo.

Después de rodar varios metros hacia la orilla embarrada, Rhys consiguió quedarse encima de ella, con la daga posicionada debajo de su cuello, rozando un cordel hecho de hebras vegetales, no sin antes haberse ganado unos cuantos golpes en las costillas. Y un cuchillo en su propia garganta.

La sealgair lo miraba desde debajo de su cuerpo con los labios replegados sobre los dientes, teñidos de un tono rosado. Su mirada era la de un animal salvaje, colérica. No muy diferente de la que le dedicaban los selkies atrapados cuando iba a matarlos.

Rhys notaba la sangre latiéndole en los oídos, en el hueco de la garganta. La notaba correr por todo su cuerpo, cantándole, pidiéndole que le rajase la garganta a aquella joven. La sangre quería sangre. Más de la que ya había derramado. Aquel corte no había sido suficiente. Pero si movía la daga para abrirle el cuello, por muy rápido que lo hiciera, ella tenía margen para empujar su cuchillo hacia arriba y atravesarle la base de la boca hasta el paladar.

Sintió su respiración en los labios y los abrió inconscientemente para sentirlo en su boca, saborearlo. Manzana; sabía a manzana.

No supo distinguir si el golpeteo desbocado que notaba en el pecho era solo el de su propio corazón o también podía notar el de ella. Sus cuerpos estaban muy pegados. Podía ver la fina película de sudor que se había formado en su cuello, empapando el cordel. La frente le brillaba y los cabellos sueltos de las sienes se le habían enroscado, húmedos. A la distancia a la que estaban, Rhys pudo ver que los ojos de la sealgair eran de un extraño tono verdoso salpicado de motas grises de color intenso. No tonalidades marrones o azules, no. Gris, acerados, mezclados con verde oscuro, como el del musgo mojado tras una lluvia otoñal. Esa combinación hizo que su interior se removiese; le recordaba a algo, pero no recordaba a qué.

Por el rabillo del ojo, pudo ver que el mango del cuchillo tenía una decoración intrincada. El dibujo de una zarza, con espinas alargadas y entrecruzadas. Rhys reconoció qué indicaban aquellas marcas; el clan al que pertenecía la joven.

Los gruñidos exasperados del selkie, todavía atrapado en la red, lo hicieron reaccionar.

— ¿Qué te parece si hacemos un trato? Uno en el que ambos salgamos beneficiados. Yo no te quito los dientes, tú no me cortas la cabeza, y los dos contentos.

Su voz le sonó como un trueno cuando interrumpió la quietud tensa del loch.El cuerpo de la cazadora se tensó más debajo de él.

—Creo que no estás en posición de negociar —replicó ella.

Enfatizó las palabras presionando la daga un poco más en la piel del fae.

—Ah, ¿tú sí?

—No tengo ninguna intención de negociar nada contigo, asqueroso hijo de…

La punta de la daga de Rhys presionó más fuerte, en el hueco de cuello de la joven guerrera mortal. Le rasgó la piel y un hilo de sangre muy fino bajó por su garganta sudada. Manchó el cordel de hebras vegetales con un tono escarlata desvaído.

La cazadora calló. Sus ojos rezumaban odio y exasperación. Rhys empezó a pensar que tenía algún tipo de problema de ira.

—Hay dos opciones. Una de ellas es que yo te abro la garganta de lado a lado, seguramente no lo suficientemente rápido como para que tú no me ensartes la cara, y entonces morimos los dos trágicamente —pasó el lomo del cuchillo con suavidad sobre su cuello, como una caricia sensual. El cuerpo de la sealgair se endureció más bajo el suyo—. La otra, y en mi opinión la más atractiva, es que nos dejamos ir mutuamente. Sin rencores. Y tú no vuelves a meterte en mis trampas, por supuesto. Lo siento si este mundo está poblado de mortales imbéciles, pero ese no es mi problema.

Ella siguió callada, sin apartar la mirada de la de Rhys. Su respiración seguía siendo pesada y sus ojos no perdían detalle del fae que tenía encima, entrecerrados y felinos

—Te estoy dando la oportunidad de vivir —insistió Rhys, la exasperación comenzando a dejarse entrever en su tono—. De marcharte. De ir a donde quiera que vivas, recuperarte de esa herida y seguir jodiendo a cualquier otro feérico otro día. De morir en un combate de verdad, contra un fae o cualquier otro ser que haya venido a hacerles cosas terribles y perversas a los mortales, no contra uno que solo está aquí para ganarse la vida sin molestar a nadie.

—Te estás salvando a ti mismo.

—Por supuesto —asintió Rhys con una risa grave y baja—. Y de paso, te hago un favor.

La cazadora fue a replicarle, pero Rhys ya se había cansado de aquello. Usó su poder para dejarle la mano armada entumecida. La sorpresa de ella fue suficiente para que él pudiera separarse de un salto, pero no sin consecuencias. Con la mano libre, la sealgair le arañó la mejilla. Rhys siseó y se llevó los dedos a la mandíbula, donde notaba que le escocía. No había sangre, pero notaba el relieve del corte. La marca que dejaría un felino pequeño con garras afiladas.

La breve distracción de Rhys fue suficiente para que ella se levantase y volviera a posicionarse en actitud de ataque, blandiendo el cuchillo con el grabado del espino con determinación. Ahora, la sealgair ya no se encontraba delante de la única ruta de escape buena del lugar.

Se sentía cansado, pero Rhys podía lanzarle un último pulso de poder lo suficientemente fuerte como para tumbarla el tiempo necesario y marcharse de allí. Era un opción muy tentadora, pero Rhys no quería huir; no era él quién se había metido donde no le llamaban y ahora tenía que pagar las consecuencias. Él había ido allí a por su presa y no iba a renunciar a ella.

Caminó hasta las flechas que habían caído del carcaj durante la lucha, sin perder de vista a la cazadora, y las pisó, partiéndolas con un chasquido. Algunos trozos astillados se clavaron en la tierra blanda. Parecían los huesecillos rotos de un animal pequeño.

La sealgair contempló las flechas hechas pedazos con un gesto de contrariedad. Rhys, a su vez, la contempló a ella. La curiosidad que le producía hizo que la siguiente pregunta saliera de su boca sin apenas darse cuenta.

— ¿Cómo te llamas?

La chica se quedó muy quieta por la sorpresa. Lo miró con los ojos entrecerrados, escéptica, antes de replicar:

— ¿Por qué iba a decirle mi nombre a un fae?

Rhys rio, cansado y exasperado.

— ¿Por qué no ibas a hacerlo? ¿Qué crees que haría yo con tu nombre?

Rhys sabía lo que los de su especie podían hacer con un nombre y con un poco de persuasión. Podría encontrarla preguntando a las personas adecuadas, aunque fuera una sealgair y viviese escondida en el interior de un poblado encantado rodeado de estacas de serbal de cazadores. El fae comprendía por qué ella no quería decirle su nombre, y lo más seguro era que guardar aquella información de un feérico fuera una lección que tenía grabada a fuego en su interior. Pero él no perdía nada por probar.

—Si de verdad hubiera querido matarte, ahora no estarías hablando. Estarías reunida con tus antepasadas caídas noblemente en combate.

Avanzó hacia la trampa del selkie, apartando los ojos de la sealgair, pero sin desviar su atención de ella, y miró a través de la malla. Un par de ojos completamente negros le devolvieron una mirada iracunda y cansada. Le pareció distinguir un brillo de dientes. Echó un vistazo a la piel; había pasado demasiado tiempo fuera del agua y comenzaba a cuartearse. Tendría que dejarlo reposar en el loch un rato si quería aprovecharla.

Volteó la cabeza hacia la sealgair, que seguía plantada en el lugar en el que la había dejado. Por alguna razón, seguía allí. Completamente inmóvil y con los músculos tan tensos que a Rhys le dolía el cuerpo solo con mirarla.

— ¿Vas a quedarte a ver cómo lo mató?—le preguntó haciendo girar el cuchillo entre sus dedos.

Se oyó un siseo detrás de él. El aliento cálido del selkie golpeó su nuca, húmedo y con olor a agua salada estancada.

Ella siguió sin contestar. Estaba pasmada y al mismo tiempo recelosa de que el fae la fuese a dejar marchar así sin más, Rhys pudo verlo en su mirada. Había algo que se le estaba escapando a la joven, y no sabía el qué.

¿Dónde estaba la trampa para ella? Porque todo lo que envolvía a las hadas era eso, un engaño, una artimaña para hacer daño. Eso era lo que le habían enseñado.

Rhys le dio la espalda escogiéndose de hombros y volvió a centrar su atención en el colérico botín que lo aguardaba en el interior de la red metálica.

La voz de la sealgair llegó tras él, vacilante.

—No puedo volver así. Sin haberte matado.

Rhys entendió lo que había detrás del comentario. Él mismo sintió la presión de las palabras no dichas en aquel momento, pero sí grabadas a fuego en su memoria, tan profundas que prácticamente formaban parte de su cuerpo, como el tatuaje de su antebrazo, pero invisibles.

—Di que me he escapado mal herido —replicó sin volverse.

— ¿De verdad vas a dejarme marchar así?

—Sí.

Rajó la cuerda que mantenía la red con el selkie atada al árbol con un movimiento experto. La criatura cayó con un fuerte estrépito contra el agua. Gotas frías y saladas del loch le aguijonearon la piel a través de la tela del pantalón. Rhys miró a la sealgair por encima del hombro antes de continuar

— De hecho, me pregunto por qué sigues aquí, espinita.

La joven lo miró confusa. Rhys hizo un gesto con la barbilla hacia la mano con la que agarraba el cuchillo. Ella siguió su mirada y comprendió.

Para las sealgair, pertenecer a un clan o a otro era importante; era como una especie de seña de identidad, una huella propia, aunque después los diferentes clanes viviesen juntos en el mismo poblado. Un poco como lo que sentían los danann hacia su propia particularidad dentro de los fae.

Rhys no conocía todos los clanes que existían, pero sí sabía lo suficiente como para ser consciente de que la chica que tenía delante formaba parte de uno de los más poderosos e influyentes. El clan del Espino Negro.

Si había algo que los guerreros fae, y más concretamente los danann, compartiesen con las sealgair a parte del compás de la violencia en las venas, era que solían tener todas las armas decoradas con algún motivo que indicase el pueblo al que pertenecían, o incluso a una familia dentro de este.

Rhys cogió un cuchillo más fino y largo que el resto de los que llevaba con él. Era una especie de espada en miniatura, similar a un abrecartas. La trampa había caído, con el selkie dentro, entre unas rocas no muy profundas que permitían mojarle el pelaje al mismo tiempo que quedaba cerca de la superficie. Atrapado y fácil de matar. Buscó con la mirada donde se encontraba la nuca de la criatura.

—Sabrás entonces que no puedo volver a mi poblado con tu olor encima, sangrando y sin tu cabeza en las manos —contestó ella mientras lo miraba hacer—. Tengo que demostrar que soy… lo que soy. Una cazadora, una guerrera capacitada para…

—Cualquier otro día me lo puedes mostrar, si quieres —cortó él posicionándose sobre el selkie enfurecido que no dejaba de removerse y salpicarlo de agua y baba—. Cuando tengas la mano recuperada. No me gusta abusar.

Había empleado su poder para luchar contra ella, eso ya podía considerarse abusar, pensó. Pero la sealgair no estaba totalmente indefensa de su magia; si no hubiera llevado el serbal de cazadores con ella, esos ataques habrían sido más fuertes. Podría haberla matado.

No estaba mirándola, pero sabía que seguía sin moverse de donde se encontraba.

Rhys se acomodó para rematar al selkie. Empleó su poder de nuevo para mantener al ser quieto, adormecerlo, pero el fae ya sentía las consecuencias de haber peleado con la sealgair. Apenas tuvo efecto sobre el selkie, que a pesar de no ser tan fuerte como sus congéneres que vivían en Elter, había podido adaptarse después de siglos a una vida y a un cuerpo más débil.

Rhys deslizó el último cuchillo que había cogido entre la malla prieta con un movimiento rápido. Se apartó de un saltó de la criatura, que comenzó a debatirse con más fiereza y podría tirarlo al agua de un coletazo, donde estaba seguro de que viviría más feéricos como él. Pero ya estaba hecho; la herida que tenía era mortal. No paraba de pelear por salir de la trampa en la que se encontraba, pero aunque por algún casual lo consiguiese, no

iría lejos. Sangre y agua salpicaron a Rhys.

—Eithne.

Rhys apartó la vista del selkie que se resistía a su destino, chillando y revolviéndose. La sealgair tenía la mano herida contra el pecho y en la otra el cuchillo grabado. Había malestar en sus ojos, pero no tenía nada que ver con el corte, ni con los golpes que se había llevado en la pelea. La joven estaba molesta por haber hecho esa revelación, se dio cuenta él.

No iba a repetir su nombre, pero tampoco hacía falta. Rhys lo había escuchado por encima del chapoteo violento del agua y los sonidos del selkie, a pesar de no ser mucho más que un murmullo.

Eithne.

—Rhys. Rhys Fforddludw —concedió él, con una sonrisa ladeada.

El selkie apenas se movía ahora. Un último aletazo débil le golpeó en el tobillo, como una palmada.

La daga que él había empleado contra ella y que todavía aferraba, tenía grabadas unas llamas lamiendo la hoja, rodeando las cuatro fases de la luna. Goteaba sangre oscura sobre el agua y sobre el pelaje moteado.

La joven, Eithne, no dijo nada mientras escaneaba la hoja. No mostró ningún gesto de reconocimiento como él había hecho ante su pertenencia a un linaje destacado entre su gente.

Algo dentro de él se removió. Quizás ni siquiera sabía de la existencia de los danann; no habría sido extraño, ya que ellos no solían meterse en otros asuntos ni peleas que no fuesen dentro de Elter y su propia Casa. Apenas salían de donde vivían, una región costera situada al noroeste del territorio de la Casa, rodeada por montañas y acantilados recortados en granito.

— ¿También vas a quedarte a ver como lo despellejo?—le preguntó cuando vio que no se movía.

Parecía que se había quedado clavada al suelo. Rhys no podía culparla; estaba hablando con un fae de aquella manera, sin pelear, y él incluso estaba… ¿mofándose de ella? ¿Cómo si fuesen… camaradas? Rhys ni siquiera estaba seguro de lo que hacía.

—Puedes ir tranquila, no voy a ir detrás de ti cuando te des la vuelta y matarte. Tienes mi palabra.

Ella abrió la boca para replicar, pero él se le adelanto con un gesto de la mano.

—No, no tienes por qué fiarte de mi palabra, por supuesto. Pero tu otra opción es quedarte aquí viendo como le quitó la piel al selkie, o hasta que te canses, y entonces intentarás atacarme. Yo acabaré completamente harto y te lanzaré al loch para darle de comer a mis futuras presas como tú has hecho con los pixies de antes.

La joven cerró la boca. Miró a su alrededor un momento, despistada, fuera de lugar. Tardó un poco en recuperar la compostura mientras el fae la miraba con sorna y una sonrisa ladeada adornando su boca.

—No vuelvas a estas tierras, a este lugar. No vuelvas a este mundo —le advirtió ella antes de comenzar a caminar de espaldas, sin apartar los ojos de él.

Rhys se rio ante ese amago de intimidación por su parte, tan forzado y trémulo. Hasta había cuadrado los hombros y se había erguido en toda su estatura, por escasa que fuera.

Tenía algo de cómico verla así, herida, sangrando y en clara desventaja contra el ser que estaba ante ella, descolocada por lo que estaba aconteciendo y al mismo tiempo, a pesar de las circunstancias, llena de determinación por cumplir su cometido.

Rhys hizo un gesto de despedida con la mano.

—Adiós, espinita.

Capítulo 3

Podría decirse que Eithne hizo el camino de vuelta a casa de espaldas. Apenas daba tres pasos antes de girarse sobre sus talones y buscar al fae frenéticamente con la mirada. Esperaba encontrárselo en cualquier momento detrás de ella, con sus ojos de color azul oscuro brillando de diversión y luciendo aquella sonrisa socarrona, astuta. De depredador jugando con la cena. Porque eso era lo que había estado haciendo, jugar con ella. No podía haber otra explicación. ¿Por qué la habría dejado marchar si no?

Quería que la llevase hasta donde vivía, mostrándole el camino a su campamento para volver con más de los suyos y atacarlas… Que estúpida había sido en dejarlo con vida. O por no haber luchado contra él hasta el final, hasta que la matase. Habría sido mejor que tener que estar dando vueltas y más vueltas, recorriendo caminos intrincados para evitar que la siguiera.

El cielo no tardó en salpicarse de puntos plateados. El azul claro pasó al naranja vivo, al púrpura y por último, adquirió un tono azul cobalto profundo que hacia resaltar las estrellas, en aquella noche sin nubes. El cielo antes de que la noche cayese por completo tenía el color de los ojos de aquel fae, pensó fugazmente la joven cazadora. Eithne apartó esa idea con un reproche silencioso.

No era la primera vez que se encaraba a uno de aquellos feéricos mayores, pero nunca lo había hecho estando sola. De haber sabido que las trampas para los selkies las estaba poniendo un fae, no se habría acercado a ellas.

El viento helado le lamió la piel de la cara y la mano le palpitó con fuerza. No podía seguir dando vueltas por bosque de noche, sangrando, haciendo de cebo móvil para todo lo que habitaba allí, mortal e inmortal. Sola. Sin armas adecuadas y sin el traje de lucha. Pero si volvía… Maldijo en voz baja. Era una cobarde. Una maldita cobarde.

Una vergüenza para el clan del Espino Negro.

Cuando la muralla de estacas de serbal se alzó ante su vista sintió miedo y alivio a partes iguales. Echó un último vistazo a su alrededor antes de avanzar hacia ella, observando con cuidado cada sombra entre los árboles, escuchando con atención cada murmullo. Analizó cada olor y cada sensación, esperando sentir el hormigueo en su nariz, las ganas de estornudar, la urgencia por matar. Pero nada de eso llegó.

Caminó rápido hacia la entrada, sintiendo las miradas de las cazadoras que esa noche hacían de centinelas. El aire onduló a su alrededor y se

calentó. Las salvaguardas reconocieron su sangre, su herencia sealgair, y le permitieron el paso. Al otro lado, estuvo a punto de chocarse con una de sus compañeras.

—Empezamos a pensar que no volverías. Apestas a feérico —dijo arrugando la nariz.

—Un fae —dijo Eithne levantando la mano herida.

La sealgair puso los ojos en blanco y la tomó del brazo sano. Eithne hizo una mueca. La palpitación de su mano se había extendido por su cuerpo, reverberando en su cabeza, pero no protestó. Se dejó llevar hasta su tía Nuala, la Nighean Stiùiridh, la hija líder de su clan y de la aldea desde que Eithne era una niña.

Las compañeras con las que se cruzaron arrugaron el ceño al percibir el olor del feérico mayor y de la sangre. Buscaron en Eithne alguna prueba de que había terminado con su vida. Cuando no la encontraron, su gesto se hizo más profundo.

Para la joven cazadora, aquel paseo por su aldea hasta llegar a una construcción más grande que el resto, redondeada y con el tejado hecho de losas de pizarra negra en lugar de fardos de paja. El interior se componía de una única estancia con un fuerte olor a serbal de cazadores y a nébeda. En aquel lugar no había armas a la vista, pero era allí donde las sealgair planeaban muchos de sus ataques y dónde tomaban la mayoría de las decisiones importantes después de que estas fueran discutidas por las cazadoras más veteranas de la aldea.

En ese momento, su tía se encontraba reunida con tres mujeres que Eithne no reconoció. Las líderes de otros clanes cercanos, supuso.

La mirada de Nuala voló hasta su sobrina con rapidez. La escaneó de arriba abajo con sus ojos oscuros y afilados, deteniéndose en la mano herida y manchada de sangre seca.

—Lo mataste.

No había sonado como una pregunta, sino como una afirmación. Su tía quería pensar que lo había hecho, que Eithne habría matado a un feérico mayor ella sola, o que si no, no estaría allí. Porque era lo que debería haber ocurrido. Una muerte. La de un inmortal o la de una mortal, pero una muerte. Eithne tenía la sensación de que su tía pensaba que diciendo las cosas de aquella manera se harían realidad.

La joven cazadora negó con la cabeza.

—Se escapó. Luché contra él. Lo herí, pero se escapó —respondió, mirando el lunar que tenía su tía al lado de la boca. Cualquier lugar menos sus ojos eran una buena opción.

No soportaba el fuego negro que irradiaban cuando las cosas se torcían, cuando no salían como ella quería. Cuando Eithne fallaba.

Había aprendido a no mirar a Naula a los ojos nunca, ni siquiera cuando ella no la estaba mirando. Si tenía que centrarse en algún punto de su cara, era en su lunar, gemelo al que tenía la propia Eithne, la madre de esta y su hermana pequeña. Eithne había aprendido a descifrar todo lo que su tía no decía simplemente con mirar cómo se movía aquel punto de pigmentación; todas sus sonrisas, las displicentes, las tensas, las aprobatorias, y las que escondían segundos significados.

—Debió de ser una buena herida si huyó sin intentar matarte.

Eithne se limitó a asentir con la cabeza, pensado en que ella no había conseguido más que darle un cabezazo fuerte en la mandíbula que no lo había hecho ni sangrar un poco.

—Lo intenté —añadió sin darse cuenta, sin tener demasiado claro si era más un comentario para su líder o para sí misma.

—No te ha seguido —comentó Nuala obviando su último comentario.

—No lo he notado.

La respiración de Nuala apenas se alteró. Solo dejó escapar una exhalación más profunda que las anteriores. El lunar se acercó más a su boca.

—Despierta a las que tienen guardia mañana y que acompañen a las de esta noche —dijo a la mujer que había acompañado a Eithne.

Esta asintió con la cabeza. Soltó por fin el brazo de Eithe, que comenzaba a entumecerse debido al fuerte agarre, y se esfumó.

— ¿Solo te ha hecho esa herida? Debiste de defenderte muy bien, mi niña.

La joven cazadora abrió la boca para contestar, pero no tuvo tiempo. Una voz aniñada la cortó.

— ¡Eithne!

La joven cazadora dio un respingo cuando sintió unos brazos delgados y

fuertes abrazándola desde atrás.

— ¡Gwynie! —exclamó dándose la vuelta y rodeando a la niña por los hombros — ¿Qué haces despierta?

— ¿Cómo iba a dormir si no estabas? Ròsan ha preguntado por ti.

Eithne consiguió sonreírle a su hermana pequeña y le acarició la trenza con la mano sana. Los ojos avispados de la chiquilla, verdes como los de Eithne pero en tonos marrones, no perdieron detalle de la mano herida. Abrió la boca para hablar, pero Nuala la cortó.

—Vuelve a la cama, Gwyneth. Es tarde y mañana entrenas a primera hora.

Gwynie torció el gesto. Eithne le pasó la mano por la espalda.

—Vete a dormir, yo voy en seguida.

Besó la frente de Gwynie a modo de despedida. La niña se separó de ella a regañadientes y desapareció de nuevo por la puerta. Nuala esperó a que la figura de sealgair más joven se desvaneciese en la noche para volver a hablar.

— ¿Crees que el fae volverá?

Eithne no contestó al instante.

—Seguramente sí.

—Si se quedó con ganas de volver a pisar este mundo, entonces es que no lo debiste de hacer tan bien.

A pesar de lo dolorido que notaba su cuerpo, Eithne sintió cómo el puñal que había en esas palabras se clavada bajo su piel. Fue similar a una astilla debajo de la uña, una mera molestia, acompañando otras esquirlas punzantes que ya llevaba desde hacía tiempo bajo la piel.

—Era un feérico —dijo Eithne con un encogimiento de hombros—. Son obstinados y no se detienen hasta que tienen la cabeza separada de los hombros. Pero también son inteligentes y saben cómo y cuándo librar sus batallas —reconoció bajando la voz—. No se habría ido sin saber que merecía la pena luchar otro día.

Las cazadoras presentes la miraron con detenimiento, sopesando sus palabras. Eithne se preguntó si las tres mujeres extrañas la reconocerían, si sabrían quién era ella para Nuala. Lo más probable es que no; Eithne no

era una guerrera de la que se presumiría.

Nuala no la retuvo mucho más. Dejó que se fuera a que le curasen la mano no sin antes dedicarle una mirada de fría condescendencia y resignación no muy bien disimulada.

Cuando por fin tuvo la mano vendada y se hubo tomado una infusión para mitigar el dolor, Eithne cruzó la aldea hasta los establos en los que se guardaban los caballos. El olor a heno y el murmullo de los animales somnolientos le dieron la bienvenida. Una cabeza alargada y con algodonosas nubecillas de vaho alrededor de los ollares se asomó a su izquierda. Eithne sonrió y se acercó a su yegua.

—Hola, pequeña— le susurró rascándole detrás de las orejas—. ¿Me has echado de menos? ¿Te han dado alguna manzana para cenar?

La yegua relinchó y le mordisqueó la mano a su amiga. Sus orejas se pusieron más tiesas al escuchar aquella palabra que para ella era mágica y comenzó a cabecearla con suavidad. Eithne sonrió un poco más.

—Toma.

Sacó una manzana del bolsillo y se la ofreció. Ròsan comió con gentileza de la mano de Eithne, el crujido de la fruta acompañando ahora los murmullos del establo. Algunos caballos se revolvieron en sus cuadras al oler la comida.

Eithne abrazó el morro de la yegua, le besó la frente y dejó la suya apoyada allí. Descansado, dejándose sanar. La respiración de su amiga y compañera tenía ese poder, el de tranquilizarla y reconfortarla, de espantar el dolor, el miedo, y las malas sensaciones. O, por lo menos, de hacer que doliesen menos. Ròsan, que siempre parecía entender sus gestos, se quedó muy quieta, relajada, respirando profundamente.

Esa noche, Ròsan no pudo evitar que los pensamientos de Eithne volviesen al día en el que se suponía que debería haberse convertido en una sealgair completa, una cazadora de verdad. No consiguió evadir de la mente de Eithne el que debería haber sido su grandioso florecer de sangre. Una celebración de madurez de la talla de la sobrina de la Nighean Stiùiridh, de una hija del Espino Negro. El día que todo se había torcido y a partir del cual nada había vuelto a ser lo mismo. No importaba lo mucho que se esforzase, el error que había cometido no podía volver a enderezarse. Nadie dejaría que lo hiciera.

Hacía poco que había cumplido los dieciséis años por aquel entonces. Era rápida, de movimientos ágiles, fuerte. Su baja estatura le permitía esquivar con facilidad y escurrirse entre varios enemigos que la atacaban a la vez. Había estado nerviosa, pero se sentía preparada. Iba a tener su

flùr le fuil su primera muerte a un feérico ella sola. Y tenía que ser algo épico, algo grande. Un fae, había decidido su tía. Un corazón digno de ser arrancado por sus manos. Sangre merecedora de manchar su frente por primera vez.

La presa estaba seleccionada. Eithne estaba emocionada. Y todo se torció. En el momento de la verdad, falló. Igual que ese mismo día, con Rhys.

La cara de la fae que tendría que haber matado Eithne aquel día, descompuesta de dolor, suplicante, la golpeó. Físicamente, no parecía mucho mayor que la propia sealgair. Su pelo claro apelmazado por la sangre y sus ojos llorosos no fueron la razón por la que Eithne titubeó. No, habían sido sus palabras.

Otra cara de aquel día se cruzó por su mente; la de Nuala. Decepción absoluta, vergüenza, cólera fría. Esa era la sensación que siempre acompañaba al recuerdo que Eithne tenía de aquel día; el frío. El frío del invierno entumeciéndole el cuerpo, la humedad de la sangre y el barro manchándole el cuerpo, haciendo que se sintiese todavía más congelada.

No había podido matar a la fae igual que ese día no había podido matar a Rhys. Como tampoco podía acabar con la vida de los selkies que veía atrapados en las redes de malla metálica.

El recuerdo la quemó por dentro, le escoció detrás de los párpados y la derritió. Lágrimas calientes y amargas le rodaron por las mejillas.

Había algo mal en ella. Siempre había tenido esa sensación, pero aquel que debería haber sido su gran día le dio la confirmación. Había algo en ella que fallaba y no sabía el qué, algo que le impedía ser la cazadora que debiera. Con veintidós años, seguía preguntándose qué era. Puede que la marca en forma de pluma entre sus omóplatos estuviera rota tuviera algo que ver.

Sus dedos se cerraron alrededor de las crines claras de Ròsan, que relinchó con suavidad y se movió para apoyar el hocico en su hombro. Eithne apartó frialdad de aquel recuerdo gracias al aliento de su yegua.

Capítulo 4

Los pasos de Ròsan la dirigieron a los lugares donde el fae había estado colocando las trampas. La yegua conocía las rutas, las había hecho en más de una ocasión con Eithne a lo largo de los últimos meses. Rhys no variaba apenas la colocación de las redes; no había muchos lugares buenos donde poder atrapar un selkie con cierta seguridad.

Eithne no detuvo a la yegua. Quería salir de la aldea, evitar los comentarios a sus espaldas y también las miradas. Nuala la interceptó antes de que saliera por el portalón con Ròsan. La había analizado de arriba abajo con una ceja enarcada y una sonrisa tirante en la boca. Eithne aguantó el examen recolocando distraídamente las bridas de Ròsan.

— ¿Vas de caza, mi niña?

Eithne se había puesto el uniforme completo de cazadora; la ropa ceñida y flexible de color negro le abrazaba el cuerpo como una segunda piel. El traje consistía en una especie de armadura, hecho de placas de cuero duras y flexibles, superpuestas, como una dermis escamosa. A Eithne siempre le había parecido curioso que las cazadoras de feéricos llevasen un atuendo similar al pelaje de un dragón.

—Solo voy a dar una vuelta. Si me encuentro un hada, no quiero que me coja desarmada esta vez.

Montó sobre la yegua con un movimiento fluido. Hacía mucho que había aprendido, por las malas, que no se podía mentir a su tía. Las medias verdades funcionaban mejor

— ¿Crees que podrás hacerle frente tú sola?

—Soy una sealgair, y una hija del Espino Negro. Si lo encuentro, será eso o yo.

Hacía mucho que no sentía el peso ligero de la espada detrás de ella, sujeta a su espalda con un cinturón que le cruzaba el pecho. No solía usarla a no ser que saliera a cazar en grupo, pero esa mañana, después de vestirse y trenzarse el pelo, sus manos se habían alargado hacia ella por pura inercia.

Portar aquella espada le hacía sentir muchas cosas. Su grabado de zarzas en la empuñadura y en el centro de la hoja le recordaba el clan al que pertenecía, la nobleza de este, y le evocaba el sentimiento de que, en el fondo, no merecía pertenecer a él. Además, tampoco le permitía olvidar que vivía en un mundo en el que la necesitaba y que llevaba una vida de

violencia continua que la requería.

Una masa de agua pacífica se extendió ante su vista, rodeada por pequeñas colinas coloreadas de verde, con salpicaduras de diferentes tonos. El cielo se reflejaba en la superficie del lago, confiriéndole un color azul grisáceo con un brillo metálico. No era el mismo en el que se había encontrado por primera vez al fae; este se encontraba más al norte. Sus aguas frías eran mejores para hallar selkies. Eithne había liberado siete en los últimos meses.

Antes de que tuviera tiempo a comprobar visualmente el perímetro, sus sentidos le dijeron que allí había un fae. Todos los feéricos emitían un poder que llenaba los sentidos de quienes podían percibirlo. Un aroma que picaba en la nariz y en la garganta, que avivaba un reflejo primitivo en el interior de las sealgair; el instinto de cazada, el deseo de la acción, el movimiento. Con los fae, aquello se multiplicaba. Tierra húmeda y un regusto metálico, acompañado de algo floral y dulzón. Asqueroso y excitante al mismo tiempo.

Eithne lo localizó en los límites de su campo visual, a la izquierda. Tiró con suavidad de las riendas para hacer girar a la yegua y lo encaró.

Rhys la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba ropa oscura, como la última vez, pero la chaqueta tenía pinta de ser más dura y resistente, amoldándose a su cuerpo y definiendo lo que protegía debajo, acompañada también de brazales de cuero duro como los que llevaba la joven. A Eithne tampoco se le escapó que portaba una espada detrás de la espalda.

Se recreó internamente con la idea de que ese día fuese tan armado y protegido por ella, aunque no podía saberlo con certeza.

— ¿No tuviste suficiente la última vez? —le preguntó sin alterar la postura.

Su tono bravucón hizo que compusiera una mueca de desagrado.

— ¿Quién ha dicho que haya estado buscándote?

—No he dicho que hayas venido aquí precisamente por mí. Con lo grande que es Gàidhealtachd —dijo haciendo un gesto con el brazo abarcando las tierras altas que los rodeaban— y vienes a un lugar en el que sabes que probablemente te encontrarás feéricos —él sonrió de lado. Eithne se fijo que le salía un hoyuelo con ese gesto—. Pero me alaga que haya sido por mí.

Eithe resopló y bajó de Ròsan. Le dio un golpe firme en el lomo para indicarle que se fuera. La yegua obedeció sin vacilar y dio media vuelta por donde habían venido. Sabía el camino a casa, pero no se iría todavía;

esperaría a que su compañera la llamase.

Eithne desenvainó la espada con un movimiento fluido. La hoja emitió un destello con la tenue luz que se colaba entre las nubes del cielo. Desde donde se encontraba, los ojos de Rhys pudieron ver el diseño de zarcillos decorando la hoja, formando un relieve en la guarda. Eithne lo supo por el movimiento de sus ojos a lo largo de la espada. El fae no cambió de posición ante aquel gesto.

Eithe esperó con todos los músculos de su cuerpo cargados de tensión a que el fae hiciera algún gesto que indicase que la atacaría o que tenía intención de defenderse ante el ataque inminente. Pero nada de eso ocurrió. Rhys se quedó mirándola.

La sealgair se humedeció labios, nerviosa por su quietud.

—No voy a atacarte si estas indefenso.

—Fantástico —respondió él—, porque no quiero que me ataques.

Lea frunció el ceño.

— ¿No quieres pelear?

Rhys ladeó ligeramente la cabeza.

— ¿Acaso tú sí?

Los ojos de color azul cobalto la miraron detenidamente. Eithne se removió incómoda ante aquella mirada, ante su profundidad. El fae la contemplaba como si estuviera tratando de mirar dentro de ella, intentando entender que hacía aquella joven cazadora persiguiéndolo, buscando el peligro a propósito. Por qué rondaba de esa manera a la muerte. La idea de que podía estar tratando de manipularla con su magia de alguna manera hizo que cerrase los dedos alrededor de la empuñadura con más fuerza. Sin embargo, no sintió ninguna palpitación de su poder.

Eithne no comprendía por qué al fae le resultaba tan extraña su actitud. Era una sealgair. Aquel era su cometido. Pelear contra él, matarlo, o morir en el intento. Era su deber, su destino, para lo que había sido entrenada. Para lo que había sido creada. Eso era lo que le habían enseñado desde el momento en el que nació.

Por un momento, dudó si Rhys había vislumbrado esos pensamientos en su rostro, en el verde de sus expresivos ojos. La vacilación al no querer estar allí arriesgando su vida. Una joven que preferiría estar dando una vuelta plácida con su yegua por la bella y serena campiña, pensando en las cosas que debería estar pensando alguien de su edad. No en perseguir

un destino trágico y sangriento.

Finalmente, él también deslizó la espada fuera de su funda. Tenía el mismo diseño de llamas alrededor de las cuatro lunas en diferentes fases que el cuchillo del otro día. El sonido del acero siendo desenvainado activó algo dentro de ella, algo que vivía detrás de sus costillas y la guiaba cuando peleaba.

—Si es lo que deseas —dijo Rhys dando un paso hacia ella—. No me gusta dejar a ninguna mujer con ganas de más. Es de mala educación.

Eithne no se molestó en componer una mueca de desagrado. Cargó contra el fae con rapidez, sin previo aviso, una explosión contenida durante mucho tiempo. El choque de los dos aceros se escuchó como un trueno en el valle.

Rhys paró el golpe con la espada, pero apretó los dientes cuando este reverberó en su cuerpo. Apartó a Eithe de sí, lanzando un puntapié a sus tobillos, pero ella se movió con agilidad de nuevo. Se desplazó al lado contrario y descargó de nuevo la espada sobre él. Le habría destrozado el hombro si Rhys no se hubiera agachado. Lanzó un golpe hacia atrás con el codo que impactó contra el abdomen de Eithne. Ella dejó escapar el aire y se dobló sobre sí misma, pero consiguió esquivarlo cuando él trató de derribarla agarrándola por la mano libre. No iba a ocurrir como la primera vez. Eithne sabía que sus posibilidades contra un fae luchando solo eran modestas, pero si no conseguía volver a casa ese día, por lo menos haría sangrar y sudar a uno de aquellos asquerosos inmortales.

Eithne volvió a arremeter con estocadas rápidas, salvajes. La espada era el arma con la que mejor se desenvolvía, la que más cómoda la hacía sentirse en un combate cuerpo a cuerpo, junto con el ràsair sliasaid. Aquella espada, además, era especial; había pertenecido a su clan durante muchas generaciones, y la última que la había portado antes que ella había sido su madre. Su madre, que había muerto sin gloria y poco después de haber tenido que sufrir la humillación de ver a su hija fallar en su prueba de madurez como cazadora. Aquella hoja ribeteada de espinos llevaba mucho tiempo sin probar sangre fae. Ese día, la sequía terminaría.

Rhys conseguía mantener a raya los embates de Eithne lo suficiente como para no resultar herido en aquella tormenta furiosa, pero ella había conseguido ir haciéndolo retroceder algunos pasos. No le estaba dejando margen más que para rechazar los choques.

Rhys movió un pie hacia atrás buscando mejor apoyo y se topó con lo contrario. Pisó sobre una roca musgosa que hizo que su cuerpo se desestabilizase. Su vacilación apenas duró un instante, pero fue suficiente

para que Eithne consiguiera alcanzarlo.

El filo de espada de espinas cortó la piel del fae justo debajo de la oreja y trazó un surco por el lateral del cuello, hasta el hueso de la clavícula. Si no hubiera llevado la dura chaqueta de cuero, el tajo se habría prolongado por su pecho.

Rhys dejo escapar un alarido de dolor y se llevó la mano a la zona dolorida. La herida no era profunda ni había cortado ningún vaso importante, pero sangraba en abundancia. Levantó los ojos de la palma cubierta de rojo hacia la sealgair.

Eithne sonreía. Una sonrisa sin dientes, salvaje, astuta, orgullosa. Los ojos le relucían y se veían grisáceos, pétreos.

Puede que así su actitud cambiase, se dijo la joven mortal. Él no quería hacerle daño, se había dado cuenta mientras peleaban. Ahora, Eithne no le estaba dejando otra opción. La herida que le acababa de hacer, la visión y el olor de la sangre, así como la sonrisa que Eithne le había dedicado tiraron con fuerza del hilo de autocontrol que impedía que acabase con ella.

Eithne aguardó sin perder aquella mueca desafiante. La sangre que manchaba la espada emitió un destello opaco con la débil luz del sol, como un guiño burlón. La joven vio como Rhys volvía a llevarse las manos a la herida, su hermoso rostro contraído por rabia y en menor medida por el dolor.

Eithne meneó la espada para que se fijase bien la sangre que corría por ella. Su sangre inmortal.

Rhys fue el que embistió esta vez sin ningún tipo de advertencia previa. Eithne estaba preparada y consiguió contener el golpe, pero no repelerlo. Las espadas chocaron con un sonido metálico y estruendoso. Fae y sealgair quedaron muy juntos, sus rostros a pocos centímetros. Sus respiraciones se entremezclaron. Eithne, por un breve instante, se sumergió en el azul imposible de los ojos de Rhys. Un azul perfecto, pensó, liso y sin trazos de otras tonalidades. Un cielo nocturno sin estrellas. Los ojos de Rhys se entrecerraron con una pequeña sonrisa antes de moverse con brusquedad.

Empujó la empuñadura contra su cara y notó la dureza del metal contra los huesos de su rostro y contra sus dientes. Eithne no consiguió mantener el equilibrio. Chilló y cayó hacia atrás, con la mano libre sobre la zona golpeada. El dolor le subió de la boca a la nariz y hasta los ojos, que se le llenaron de lágrimas calientes. Se le nubló la vista, su cabeza llena con el dolor punzante. Las lágrimas se juntaron con la sangre y la herida escoció un poco más, pero apenas lo notó. Trató de levantarse, pero la

cabeza le daba vueltas, el golpe reverberaba en su interior como un latido.

Se quedó en el suelo, esperando lo que vendría después. Más oscuridad y más dolor, y un frío mortal que la abrazase. Pero no llegó.

Abrió los ojos. La claridad la cegó de nuevo y sintió otra punzada en el interior de su cabeza, intensa, pero más corta que las interiores. Se incorporó con cuidado, buscando al fae con la mirada. Rhys estaba a unos pasos de ella, con la espada colgando de su mano. Finos hilos rojos de sangre se escurrían por sus nudillos, siguiendo por los dedos cerrados en torno a la empuñadura. El tajo de su cuello todavía sangraba y le había empapado la chaqueta, pero estaba empezando a cerrarse.

La sealgair se levantó intentando que el mundo oscilante de su alrededor no la hiciera caer de nuevo. Eithne soltó un improperio tan fuerte que sorprendió al fae y largó un escupitajo sanguinolento sobre la hierba.

— ¿Por qué no quieres matarme? —gruñó enseñándole los dientes coloreados de rojo pálido.

Rhys la observó con los ojos entrecerrados; una maldita mirada calculadora que ella estaba cansada de ver en las que supuestamente eran sus hermanas y que no pensaba tolerar en un inmortal. Eithne le enseñó los dientes. Parecía una fiera herida y enfadada, la más peligrosa de todas.

—Y tú, ¿por qué tienes tantas ganas de morir?

El fae trataba de hablar con un tono pausado, pero ella pudo notar lo agitada que estaba su respiración. Eithe sintió una pequeña punzada de orgullo.

—No tengo ganas de morir —contestó igual que el fae.

Rhys resopló entre dientes.

—Cualquiera lo diría.

La cazadora apretó los labios. Trató de contenerse, controlar su cuerpo y las emociones que la embargaban pero al final pateó el suelo tapizado de suave hierba con la fuerza suficiente como para dejar al descubierto la capa de tierra oscura y húmeda que había debajo. El olor del pasto mojado se hizo más intenso.

—Porque si me enfrento a ti, uno de los dos tiene que morir. Yo… no puedo

volver a mi campamento sin matarte.

A través de la humedad que comenzaba a nublar sus ojos, Eithne vio la comprensión en el rostro de Rhys. No existía rendición, no había tablas en aquel juego. Era ganar o perder. Vivir o morir. El juego eterno de la lucha entre las protectoras del mundo mortal y los inmortales que venían a retozar a él, a ponerlo patas arriba.

Rhys negó con la cabeza.

—Nadie tiene por qué enterarse.

Eithne rió con amargura.

—Yo lo sabría, y no podría vivir con ello.

—Un poco dramático, ¿no crees? —preguntó Rhys ladeando la cabeza de aquella manera tan irritante— ¿No conoces a ninguna sealgair a la que se le haya escapado un feérico y haya vivido después?

— ¡No un fae! —gritó Eithne, irritada, incapaz de asimilar por qué él no la entendía.

Sus palabras resonaron por el loch, el eco recorriendo cada recoveco. Las aguas calmadas se estremecieron y las hojas perennes de los árboles temblaron. Todo a su alrededor se quedó inmóvil, expectante.

Eithne se limpió la nariz y la boca con demasiada fuerza. El dolor volvió a palpitar, pero consiguió mantener a raya una mueca de dolor.

—Vosotros… todos los feéricos sois nuestro objetivo —comenzó a decir sin mirar a Rhys—, pero los fae sois la cúspide de nuestra causa. Sois la mayor desgracia para este mundo y para los humanos. Camináis por este reino aprovechándoos de vuestra apariencia, los usáis, jugáis con ellos y luego los destrozáis, los rompéis en mil pedazos, dejáis un cascarón vacío, un ser que no podrá volver a funcionar nunca como alguien con espíritu —dijo atropelladamente—. Tomáis eso, os divertís un rato y volvéis a vuestro maldito reino inmortal, como quien va a una taberna a echar una partida de cartas o a un bosque a cazar un pobre animal indefenso.

Su voz murió en un susurro apenas audible. Eithne tomó una bocanada de aire frío que le laceró los pulmones y se dobló a la mitad, apoyando las manos sobre las rodillas. Sentía que se mareaba, pero no perdió de vista a Rhys, que la miraba ahora con una expresión que no sabía identificar.

— ¿Esa es la idea que tienes de todos nosotros? —dijo despacio tras una

larga pausa— ¿Que solo somos una plaga que hay que exterminar?

—Nunca he conocido a uno que me hiciera pensar lo contrario —replicó Eithne con aspereza.

— ¿A cuántos has conocido?

Ella guardó silencio. Rhys no era el primer fae que había visto, ni el primero contra el que había peleado, pero sí el primero con el que se había parado a… hablar. Hablar de verdad. Nunca había intercambiado tantas palabras con ningún ser inmortal como con él. Nadie la había hecho aquellas preguntas que removían algo dentro de ella y que la incomodaban no solo por los sentimientos que hacían aflorar, sino por las preguntas que comenzaban a zumbar dentro de ella. Preguntas para las que no tenía una respuesta.

Su falta de palabras habló por sí sola. Rhys aprovechó para contraatacar con más preguntas.

—Y los humanos, ¿qué os dan a cambio? —preguntó avanzando un paso, lo que hizo que Eithne recuperase la compostura— ¿Os agradecen todo lo que hacéis por mantenerlos a salvo, por vuestros esfuerzos por preservar este mundo limpio de corrupción inmortal? —al no obtener respuesta, el fae prosiguió— ¿A caso los humanos no se hacen lo mismo unos a otros? ¿Solo los masacramos los feéricos o se destrozan también entre ellos? —Eithe apretó los dientes en silencio. Rhys dio otro paso hacia ella— ¿Os hacen ofrendas y os dedican festividades como a sus dioses, cualquiera que sea que estén adorando en estos tiempos?

—No se trata del reconocimiento —respondió ella finalmente, negando con la cabeza—. No tiene nada que ver con eso.

—Y, ¿el respeto? ¿Os respetan, por lo menos?

Eithne siguió meneando la cabeza, un gesto con el que pretendía aclarar sus ideas, pero después del golpe que se había llevado, lo único que conseguía era aturdirla más. Ella… ella solo quería que aquel fae se callase. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que eso ocurriese; callarlo ella o que él hiciera que dejase de escuchar para siempre.

Sin embargo, lo que hizo fue atacar con palabras.

—Vivimos ocultas, muy pocos saben de nuestra existencia, y es mejor así. No deberían cargar con esto. Nadie debería conocer que existís, porque cuando eso ocurre solo implica cosas malas, terribles. Vosotros… Traéis destrucción, todo lo que tocáis…

Boqueó antes de cerrar la boca de nuevo. Las palabras escocían en su garganta, reverberaban en el interior de su cabeza. Un justificación, eso era el discurso que acababa de soltar, y ella lo sabía.

—Los humanos nos buscan a propósito muchas veces —replicó Rhys tras una pausa—. Quieren lo que les ofrecemos, y aun cuando no nos buscan a propósito, si nuestros caminos se cruzan son muy conscientes de que no somos como ellos. Saben de sobra que somos los buenos vecinos, los seres del mundo de abajo, saben lo que hacemos, lo que les hacemos —dijo, levantando cada vez más la voz. Una voz que con cada palabra se clavaba con más fuerza en el pecho de Eithne—, y lo aceptan. Son ellos los que ponen obstáculos a vuestro deber, más que nosotros. Sois las niñeras de un mundo que no quiere ser cuidado, espinita, ¿no te das cuenta?

— ¡CÁLLATE!

El grito retumbó en el claro. El eco chocó contra las piedras, rebotando por las colinas bajas y de picos pulidos por los siglos. Un aleteo lejano y un graznido lo acompañaron su rugido.

Eithne parpadeó para apartar la molesta humedad que había vuelto a aparecer en sus ojos. La espada, de pronto, pesaba mucho en su mano.

—Creo que eres una persona que tiene mucha rabia contenida dentro, Eithne.

El sonido de su nombre dicho por él caló dentro de ella. No de una forma desagradable, sino simplemente extraña. Desconocida. No había socarronería en la manera en la que lo dijo. Había… ¿dulzura?

Eithne lo contempló con cautela, esperando a que continuase, física o verbalmente, pero Rhys se limitó a mirarla con una expresión demasiado compleja como para que ella consiguiera ponerle un nombre.

—Y, ¿qué se supone que debería hacer con ella? —preguntó con falsa ironía.

—Quemarla antes de que ella te queme a ti —contestó Rhys con sosiego—. Porque es lo que está haciendo.

Eithne apretó los labios. Era cierto. Hacía mucho que ella sentía algo por dentro que quemaba, pero no de la manera en la que ardería un fuego, no. Era una quemazón fría, una avalancha de nieve que se precipitaba desde el siempre precario equilibrio de su paciencia, arrasando con su calma mal disimulada y… estallaba. Simplemente estallaba y ella sentía la necesidad de gritar, de moverse, de hacer algo que la consumiera, pero nunca era suficiente. Nunca desaparecía del todo. Siempre quedaba una lumbre fría recogida en un lugar muy oscuro dentro de ella, esperando

hasta el siguiente empujón que la llevase hasta el abismo.

Sus labios se movieron sin que ella pudiera evitarlo, confesando en un susurro:

—No sé cómo hacer eso.

El silencio que siguió a sus palabras fue ensordecedor. La voz que lo interrumpió, sin embargo, era pausada y… amable.

— ¿Te sientes bien peleando?

Los ojos de Eithne se desplazaron hasta Rhys, alerta de nuevo. Él no había avanzado en su dirección, por lo menos no de manera literal, física, pero ella lo sentía peligrosamente cerca, de una manera que la incomodaba.

Los ojos azules de Rhys no perdían detalle de ella.

—Antes, cuando me heriste y viste la sangre, te gustó, ¿no es cierto?

La sealgair se puso más tensa. ¿A dónde quería ir a parar?

Rhys se pasó la lengua por los labios antes de continuar.

—Si tu manera de sacar tu ira fuera es peleando contra un feérico, no tengo problema en hacer eso contigo.

Eithne no dijo nada. El silencio se instaló de nuevo entre ellos. Aquello… aquello sonaba como un ofrecimiento por su parte. Ofrecerse a… ayudarla. Que descabellado. El golpe que el fae le había dado, aunque ya no hacía eco dentro de su cabeza, debía de haber sido más fuerte de lo que creía.

Si el fae le hubiera dicho que en su mundo el agua llovía de la tierra al cielo, se habría sorprendido menos que con aquellas palabras. Tal vez las estaba mal interpretando. Sí, era eso. Tenía que serlo. La otra opción era que estuviera delirando, y de momento prefería descartarla.

—No voy a entrar en tus juegos disfrazados de oferta, inmortal —replicó con un tono glacial.

—Lo cierto es que sí que era una oferta.

Eithne volvió a quedarse callada, completamente anonadada. Sabiendo que no tenía sentido tratar de entender lo que pasaba dentro de la cabeza de un feérico, preguntó:

— ¿Por qué? ¿Qué sacas tú de esto?

Rhys no contestó. Sus ojos se desplazaron hasta las aguas mansas y oscurecidas. El cielo se había encapotado y el ambiente estaba más fresco. Una brisa suave le lamía la cara, caldeada por la batalla, y movía también algunos cabellos sueltos de la trenza de Eithne alrededor de su rostro sudado.

Estaba a punto de llamar su atención con un golpe de voz cuando él volvió a hablar.

—Porque yo no he venido aquí a hacerle daño a nadie —dijo clavando su mirada de color cobalto en ella—. No soy ningún ser de luz que nunca se ha manchado las manos de sangre, pero tampoco soy la criatura despiadada que has descrito antes.

Rhys calló y Eithne se quedó expectante. Se negaba a pensar tenía simplemente la finalidad de hacerla cambiar de opinión. A los feéricos, mayores o menores, les daba igual lo que los mortales pensasen de ellos.

—No saco nada con tu muerte, Eithne —prosiguió el fae—. Bueno, nada más que unos bonitos dientes con los que hacer un collar, claro —bromeó. Se pasó la lengua por los labios para enfatizar sus palabras—. Tú lo has dicho, si yo lo quisiese, ya estarías muerta.

Ella no contestó. Rhys apartó los ojos de nuevo, con una sonrisa floja estirando sus labios.

—Vete a casa, espinita, y reconsidera mi oferta. Estaré aquí cinco días. Si en ese tiempo no apareces en este loch —dijo señalando con su dedo corazón la tierra que pisaba—, interpretaré que la has rechazado y que la próxima vez sí será una pelea a muerte entre tú y yo.

Eithne dudó, mordiéndose los labios. No podía irse. No podía fiarse de él. Era un ser del mundo de abajo. Solo lo movían sus instintos más primitivos. Las criaturas como él eran tramposas, mezquinas y despiadadas. Nadie debía confiar en ellas bajo ningún concepto, ni siquiera pararse a escucharlas como ella había hecho. Entonces, ¿por qué dudaba?

La cabeza empezaba a darle vueltas de nuevo cuando volvió a hablar.

—No puedo volver oliendo a feérico, herida y con las manos vacías otra vez.

Rhys la miró dubitativo durante un instante antes de dirigir su mirada al lago de agua salada que había presenciado aquella insólita reunión entre una hija de Morrigan y uno de los hijos de los dioses feéricos. Eithne se

estremeció cuando una sonrisa astuta curvó sus labios e hizo aparecer el hoyuelo junto a su boca.

—Creo que también puedo ayudarte con eso.

Capítulo 5

Cuando cazadora y yegua cruzaron al trote las puertas de serbal de cazador que guardaban el asentamiento, el sol hacía ya rato que se había puesto. El cielo tenía el azul profundo y oscuro de los ojos de Rhys y las estrellas lo salpicaban como motas de nieve. Era una noche inusualmente despejada para tratarse de finales de invierno.

Eithne portaba con ella el pelaje aterciopelado de un selkie, fresco y todavía algo sangrante, enrollado en su regazo.

—Lo encontré dentro en una trampa junto a un loch. Supongo que fue cosa de algún humano tratando de atrapar a su amada cuando la vio desaparecer en el agua —dijo con sorna cuando lo depositó a los pies de Nuala como si se tratase de una ofrenda, haciendo alusión a casos similares de los que las sealgair tenían constancia—. Un cerdo inmortal menos.

No dio más explicaciones y su tía pareció quedarse conforme con sus palabras. Quemaron esa misma noche la piel que Rhys le había dado, en una hoguera en el centro del pueblo, acompañando el momento con cantos a Morrigan en agradecimiento por haber permitido esa caza. Nuala le pasó un cuenco que contenía una bebida empleada en momentos como aquel, de la cual la afortunada cazadora que se había manchado las manos debía beber primero. A Eithne el líquido le supo amargo.

Apenas durmió esa noche, ni las dos siguientes. Las palabras de Rhys bailaban dentro de su cabeza, uno y otra vez, todo el día y toda la noche. Le había dado cinco días para elegir. La mañana del tercero, salió de nuevo enfundada en su traje de caza.

Las manos le temblaban y las sentía entumecidas mientras agarraba las riendas, y no por el frío de la mañana. Mientras trotaba a lomos de Ròsan no dejaba de repetirse que había sido una estúpida. Le había mostrado sus emociones y sus pensamientos de manera descarada, inconsciente. Como si fuera una humana ingenua que se encontraba por primera vez con uno de esos seres. Pero… había visto algo en sus ojos. Aquellos ojos de un azul imposible. Algo que no se podía fingir si nunca se había experimentado.

Si finalmente la había engañado y se dirigía directa a una trampa, poco le importaba. La idea de morir a manos de un feérico la asustaba, sí, pero era como debía de ser. Sería una muerte honrosa. La que una buena sealgair se merecía.

¿Era ella una buena sealgair? Sacudió aquellas ideas de su mente con un

cabeceo. La necesitaba despejada.

La familiar vista del loch surgió ante ella. El lago tenía un deje de magia permanente, y no solo en un sentido figurado. Las vistas de aquel lugar, bordeados de colinas siempre verdes, salpicadas de blanco en los meses más fríos, eran verdaderamente mágicas, pensaba Eithne. Y luego estaba el regusto que acompañaba el aire fresco y salado del loch. El sabor de tierra mojada y metal.

En ese lugar tan al norte en la que apenas vivían humanos, algunos inmortales medianamente pacíficos y que no causaban demasiados problemas, como los selkies, lo usaban de hogar en los meses de verano. Cuando Eithne llegó, el sabor del poder era más potente de lo habitual. Y estaba entremezclado con un aroma que recordaba al de las flores machacadas.

Sus ojos encontraron a Rhys sentado en una roca al lado de la orilla, con la espada desenvainada sobre las rodillas. Pudo ver desde donde se encontraba cómo una sonrisa traviesa le estiraba los labios antes de levantarse con un movimiento ligero y poderoso al mismo tiempo. Eithne desmontó de la yegua e hizo que se fuera.

Se mantuvieron a una distancia prudencial, midiéndose con las espadas desenvainadas. Eithne seguía preguntándose qué era exactamente lo que estaba haciendo allí.

—Sabía que acabarías viniendo —dijo él rompiendo el silencio.

—Tomo nota de que los fae también tenéis habilidades de clarividencia —espetó la sealgair.

Él rió con suavidad. El sonido se extendió por el cuerpo de Eithne, arrullando su sangre. Cerró los dedos con más fuerza sobre la empuñadura. El dibujo de zarzas se clavó en la palma de su mano.

— ¿Por dónde quieres empezar, espinita?

—Porque dejes de llamarme espinita —soltó con un gruñido—. Es Eithne, o sealgair, o cazadora. Pero no espinita. Ni tampoco niña —añadió levantando la punta de su espada, señalándolo con una advertencia en sus ojos.

Rhys sonrió un poquito más.

—No voy a prometerte nada. Vas a tener que ganártelo.

Ella frunció el ceño. Rhys comenzó a acortar la distancia que los separaba repentinamente, cogiéndola por sorpresa. Se detuvo cuando Eithne separó

los pies, plantándolos firmemente en el suelo y levantando por completo la espada.

—Sin muerte, sin heridas graves —advirtió él con un tono más serio en esta ocasión—. La sangre… está permitida, si quieres —añadió con los ojos oscuros por la excitación—, pero si uno de los dos quiere parar, se para. Sin preguntas, sin vacilar.

Sonaba simple, razonable. Sonaba como cualquier sesión de entrenamiento que Eithne había tenido con sus compañeras.

¿De verdad iba a hacer aquello? ¿Iba a pelear con el fae como si este fuera… un compañero? ¿Un igual?

Eithne dejó de respirar durante un instante. Había ido hasta allí por algo y se dio cuenta, en aquel momento, de que no había sido con la intención de morir ni de matar. Se había levantado temprano y había cabalgado hasta aquel lugar frío porque sentía… curiosidad. Una curiosidad que podía acabar matándola, pero curiosidad al fin y al cabo.

El pecho le dolía cuando volvió a respirar, pero su voz no vaciló cuando habló.

—De acuerdo, empecemos.

Ambos cumplieron las normas ese día; no hubo muerte, ni apenas heridas. Solo alguna pequeña magulladura que curaría rápido. Fueron con cuidado y tampoco hubo sangre. Ni ese día, ni en ninguno de los siguientes encuentros que tuvieron.

Capítulo 6

Rhys retrasó un par de días más de lo planeado su vuelta a Elter. Se sentía mareado y a punto de desfallecer cuando lo hizo. El lazo que lo unía a su mundo y que tiraba de su pecho con insistencia cuando pasaba demasiado tiempo alejado de él estaba a punto de ahogarlo, pero Rhys había sentido otra necesidad casi igual de apremiante para quedarse en el reino mortal un poco más. La conocer a aquella extraña guerrera con sangre feérica, Eithne. Espinita.

Una pequeña sonrisa tironeaba de las comisuras de sus labios cuando pensaba en ese apelativo. El nombre del clan al que pertenecía le sentaba bien a su personalidad. Sin embargo, a veces tenía la sensación de que la cazadora no era una simple espina afilada y molesta, sino un zarzal entero. Lo que más lo intrigaba era descubrir si esas púas estaban proyectadas solo hacia afuera, hacia cualquiera que se acercase demasiado a ella, o si también las había colocado a su alrededor. Apuntándola a ella.

Rhys se mordió el labio, tratando de no distraerse con su recuerdo. Ahora que su cuerpo había recuperado parte de su fuerza, caminaba por Tierra de Nadie, un lugar en el que ni siquiera un feérico mayor que había sido entrenado desde su nacimiento para la lucha podía distraerse. Sentía las miradas que le lanzaban los inmortales que no le debían pleitesía a ningún Hijo Predilecto sobre su cuerpo, observándolo desde los árboles, desde la maleza, desde los agujeros de los troncos. Podía notar como tanteaban su poder, sopesando si se encontraría lo suficientemente cansado como para poder atacarlo y quitarle las pieles que llevaba consigo. La suya incluida.

Rhys no era un desconocido para los feéricos salvajes. Había comenzado a dejarse caer por la tierra sin dueño mucho tiempo atrás, cuando todavía era un niño al que le quedaba mucho por aprender, movido por la curiosidad. Por el anhelo casi enloquecedor de saber qué había más allá de Llanrhidian y de lo que conocía. La necesidad de descubrir si había algo más en aquel mundo mágico que no fuera la violencia y el que parecía el inevitable destino de morir en un campo de batalla defendiendo unas ideas por las cuales nadie le había pedido opinión. Ahora, también lo conocían por ser el hijo que había renegado de la sangre que corría por sus venas.

El joven fae sintió una punzada en su interior, pero la aplacó con la misma rapidez que con la que había aparecido. Estaba acostumbrado a aquella espina clavada hacía mucho tiempo atrás, y ya sabía cómo lidiar con ella. O eso pensaba.

Cruzó la Tierra de Nadie sin contratiempos. Cuando llegó a la Casa de la Sombra y la Niebla, su poder y sus colinas lamidas por una bruma

vaporosa le dieron la bienvenida. La única que señal que indicaba cuándo se había llegado al territorio gobernando por uno de los hijos favoritos de Padre y Madre era el cambio en la esencia que envolvía el lugar.

La Casa de la Sombra y la Niebla sabía a una mezcla de entre día y noche; al rocío de las primeras horas de la mañana y a la humedad del comienzo de la penumbra. Rhys no sabía explicarlo de otra manera. Nunca se le habían dado bien las comparaciones; lo suyo, curiosamente, era el arte de separar la piel de la carne, dejando expuesto lo que había debajo. Un trabajo mecánico que no requería pensar demasiado, ideal para él. No porque no se le diera bien cavilar, sino porque a veces lo hacía con demasiada intensidad.

Cuando llegó a Llanrihian, el cielo comenzaba a teñirse con las tonalidades de la miel y la sangre. Dejó las pieles en uno de los pequeños alojamientos que había a las afueras de la ciudad principal de la región, Irea, en el que no pasaba más tiempo del necesario, y se dirigió a uno de sus lugares favoritos. Un lugar en el que sabía que estaría solo, pues las últimas horas del día lo volvían especialmente frío y ventoso. Así fue como lo recibieron los acantilados recortados en piedra negra y el mar que los esculpía; con aire gélido a pesar de que la primavera se acercaba, aguijoneándole la piel como las espinas de una zarza.

Bajó por la pared escarpada con cuidado, después de contemplar la inmensidad teñida de los colores del atardecer. Rhys se acomodó en un saliente, con la espalda apoyada contra la piedra oscura, una pierna doblada y otra colgando del borde. Se quedó allí, dejando que el sonido del mar a sus pies lo arrullase, que calmase lo que llevaba revolviéndose en su interior desde que las palabras de la oferta habían salido de su boca. El chapoteo del agua le ayudó a ordenar sus pensamientos, pero no a comprenderlos del todo.

No terminaba de entender por qué las palabras de la joven cazadora lo habían molestado tanto. No cuando lo que había dicho era cierto, por lo menos para la mayoría de los feéricos. Rhys no iba a decir que Eithne estuviera equivocada al decir que los inmortales usaban el mundo de arriba como una especie de patio de recreo macabro en el que desatarse y dejarse llevar por sus instintos más primitivos con unos seres que sabían que no tenían nada que hacer contra ellos. Pero no todos era así; él no era así. Y le molestaba que ella hiciese aquellas generalizaciones basándose solo en lo que le habían enseñado y en lo poco que había conocido. Que además defendiese a los humanos de la manera en la que lo hacía, como si fuesen seres completamente indefensos e ingenuos que en ocasiones no se buscasen los problemas en los que se metían… como si fuesen seres plenamente inocentes.

Dejó escapar un resoplido molesto, arrancando un brote de hierba que había a su lado. Por alguna razón que desconocía y que tampoco

terminaba de importarle demasiado, estaba dispuesto a hacer que la espinita cambiase de opinión. Puede que lo que le habían trasmitido sus palabras hubiera provocado aquel acto tan temerario por su parte. Citarse a solas con una cazadora de feéricos… No era de los que buscaban la muerte de forma activa, pero tampoco era de los dudaban ante un buen desafío.

Eithne tenía pinta de serlo, con toda aquella rabia mal contenida en su interior, tan al borde del abismo, de hacerse daño a sí misma y a quienes la rodeaban.

Rhys apretó los dedos con fuerza alrededor de la hierba joven y su olor vegetal llenó su nariz. Esa fragancia le hizo pensar en el aroma de la sealgair, el que la caracterizaba como tal, y el que había prendido de su aliento. Manzanas de invierno.

El recuerdo de su respiración desbocada le trajo una vez más el de sus palabras desesperadas y ardientes. Le sonaban tan… propias. Sus sentimientos, tan familiares.

Ella era una hija de Morrigan y él un hijo de Dannu. Rhys sabía lo que era pertenecer por sangre a un pueblo con una historia única y legendaria forjada milenios atrás. Una historia que no había hecho más que agrandarse con el paso de los siglos y con las acciones de sus descendientes, que llevaban consigo ese cuento oscuro y salvaje con orgullo. Lo que se esperaba de uno por haber nacido entre sus gentes, el haber sido criado por ellos, bajo sus tradiciones, sus creencias. Sus consignas y sus dogmas. Comprendía lo que se sentía cuando se formaba parte de una raza que vivía para la lucha y la violencia, para sentir la sangre corriendo excitada por todo su cuerpo mientras veía la de sus contrincantes derramarse ante uno, salpicarle. Sentirla y olerla y saborearla hasta creerla propia. Conocía la excitación que había detrás de eso, pero no creía que merecía arrebatar una vida por ella.

La única vez que había entrado en combate bajo las órdenes de Kendrick y de su padre le había servido para darse cuenta de lo que era. La tara dentro de la perfección. La vergüenza. El traidor. La mancha en su historia. El guerrero que había vomitado cuando el fragor a su alrededor había terminado, cuando el olor de la sangre y la muerte se habías asentado y le había llenado la nariz y la boca.

Un joven Rhys de veintisiete años que todavía no había pasado por la Turas Mara no había sido capaz de contener la arcada ni las lágrimas que les escocían en los ojos. Esa fue la señal de que algo fallaba en él.

Y aquella contienda ni siquiera había sido una guerra de verdad. Solo un malentendido con la Casa del Agua y el Cristal en cuanto a los límites tradiciones de los territorios, que se habían alterado décadas atrás debido

a un acuerdo entre los Hijos Predilectos de entonces. Solo los dannan habían representado a la Sombra y la Niebla porque eran quienes se encontraban más cerca de la Casa más septentrional de Elter.

Su padre se había acercado a él, lo había rodeado con el brazo por los hombros y le había repetido una y otra vez que se acostumbraría. Pero Rhys no había querido hacerlo. La idea de decepcionar a los suyos le dolía, pero más lo había hecho la acidez de la bilis que había subido por su garganta.

El sonido amortiguado de unos pasos tras él hizo que se llevase una mano a la daga que tenía prendida del cinturón, pero los separó cuando percibió de quien se trataba. Alzó la cabeza a tiempo de ver el rostro de su padre, idéntico al suyo, asomar por el borde del acantilado.

— ¿No pensabas venir a saludar a tu familia? —dijo Gwilym a modo de saludo antes de comenzar a descender hasta donde se encontraba su hijo.

—Solo quería estar a solas un rato —respondió Rhys haciéndole hueco a su padre.

— ¿Tienes compañía en el mundo mortal?

Rhys no miró a su padre cuando contestó, sino que centró su atención en el mar azul oscuro delante de él y a sus pies. No se había dado cuenta de en qué momento se había tornado del color de sus ojos.

—Ya sabes la respuesta.

Gwilym se encogió de hombros.

—Podía ser que hubieras encontrado a alguien con quien cazar. Últimamente no nos cuentas nada —añadió tras una breve pausa.

—Porque no hay nada que contar, papá —dijo Rhys con suavidad, pero tratando de que se notase que no quería seguir por ese camino.

Hacía mucho tiempo que la soledad no lo molestaba, pero eso no quería decir que le gustase recrearse en ella. Gwilym no pareció entenderlo, o no quiso hacerlo, por lo menos, esa fue la sensación que tuvo Rhys con la siguiente pregunta que le lanzó.

— ¿Piensas seguir con esta vida para siempre? —levantó las manos ante la mirada que le dirigió su hijo— Solo es una pregunta.

— ¿Qué tiene de malo? —preguntó Rhys con un tono pausado que le había

escuchado tanto a su padre como a Kendrick en muchas ocasiones.

—No me contestes con otra pregunta, Rhys —advirtió Gwilym empleando exactamente la misma entonación.

Rhys sonrió, pero el gesto no llegó a iluminar sus ojos. Se quedó callado, contemplando el firmamento cada vez más oscuro. Las estrellas brillaban entre la algodonosa capa de nubes nocturnas y la luna era poco más que el filo curvado de una hoz; estaba empezando a pasar de la fase nueva a la creciente.

—No lo sé —contestó Rhys finalmente, todavía sin mirar a su padre—. Por ahora no quiero nada más.

Gwilym se recolocó a su lado, pegándose más a su hijo. Rhys sintió la daga que llevaba prendida en su cinturón clavarse contra su cuerpo a través de la funda. Miró de reojo y vio que su padre iba vestido con ropa formal, no con la que se ponía habitualmente para entrenar en los campos al norte de Irea. Aquella ropa negra de corte elegante con llamas azules y las cuatro fases lunares bordadas con hilo azul cobalto en los puños de las mangas era la ropa de las reuniones formales. Rhys no tuvo tiempo de preguntar por qué iba así vestido.

—Necesitamos instructores en los campos de entrenamiento.

—No.

—Morgan…

Rhys apretó los dientes al escuchar ese nombre. Su segundo nombre. No lo odia en sí, pero le recordaba demasiado a su época como guerrero, cuando tanto su padre como sus compañeros y aquellos que habían sido sus amigos se referían a él con ese nombre. Un apelativo al mar que tanto le gustaba. Un nombre que hacía referencia a una etapa que quería dejar atrás de una maldita vez.

—No.

Las negativas salieron firmes y sin vacilación de su boca. No había forma de que su padre lo hiciera cambiar de opinión. Hacía años que no se acercaba a los campos de entrenamientos y esperaba que siguiera siendo así durante mucho tiempo. Solo una necesidad imperiosa lo haría poner un pie allí de nuevo.

—Lo haríais bien —prosiguió Gwilym.

—Ya lo sé. Pero dudo mucho que nadie quisiera que yo le enseñase a ser

un buen guerrero dannan.

Gwilym negó con la cabeza.

—Acabarán olvidando…

—Nunca lo harán —sentenció Rhys, esta vez cruzando su mirada con la de su padre—. Lo sabes. Aunque sea tu hijo. Ni siquiera han perdonado a Lea.

—Tu hermana ha sabido hacerse un hueco de nuevo entre los danann.

—Tal vez yo no quiera hacer lo mismo —soltó Rhys sin poder contener la acidez que cargaba cada una de sus palabras.

—Rhys…

—Necesito tiempo —cortó el joven dannan con el mismo filo agudo con el que separaba la piel del resto del músculo.

Gwilym apretó los labios. Padre e hijo intercambiaron una larga mirada, los ojos de ambos del mismo azul cobalto oscuro que el cielo. Se comunicaron sin palabras, dejando claras sus posturas. El primero en apartar la mirada fue Gwilym.

Rhys dejó escapar un suspiro entrecortado, sintiendo cómo se aliviaba la presión de su pecho. Parpadeó con una ráfaga de brisa fresca que trajo consigo el salitre del mar e hizo que los ojos le escocieran y se humedecieran.

Después de un largo silencio en el que la noche siguió cayendo sobre padre e hijo, Rhys volvió a hablar.

—He visto a Kendrick antes de venir aquí —dijo con una voz levemente ronca—. ¿Siguen intentando descubrir que ha ocurrido con los sidhe? —su padre asintió sin palabras— ¿Alguna idea?

Gwilym resopló con contrariedad.

—Las mismas que al principio.

Los sidhe habían comenzado a desaparecer de las Casas alrededor de un año y medio atrás. Había empezado en los territorios del sur, de una manera muy discreta, a cuentagotas. Los gobernantes llevaban cuentas rigurosas de cuántos esclavos sidhe disponían en sus tierras, no solo de aquellos que trabajaban directamente para la villa palaciega, sino también de los que trabajaban en la capital o en las demás ciudades, o al servicio de los nobles. Eran un recurso más que costaba dinero, como las cosechas

de trigo o los animales de carga, así que era conveniente estar al tanto de cuantos morían y cuantos nacían, para calcular si sería necesario comprar más a las Casas vecinas.

En un primer momento se había achacado su desaparición a un mal recuento durante un periodo de escasez de grano que había derivado en la muerte de muchos de ellos. Pero no había cadáveres por ningún lado; simplemente, se esfumaban en la noche. Los guardias apostados en las entradas de los túneles en los que vivían no habían conseguido evitar esas misteriosas desapariciones nocturnas. Todo comenzó en la Casa del Fuego y la Arena, pero se fue extendiendo como una plaga al resto de Casas sureñas. Después de que terminase la parte más cruda del invierno, comenzó en las del norte, primero en la Sombra y la Niebla, luego en el Agua y el Cristal. Las desapariciones habían ido sucediéndose como un deshielo cuando los días comienzan a ser más cálidos, del sur al norte.

Al final de la última primavera no quedaba ningún esclavo sidhe en Elter, o eso se sospechaba. El continente era muy grande y los archipiélagos que lo bordeaban, numerosos, pero no lo suficiente como para poder ocultar a miles de feéricos mayores. No habrían sobrevivido en la Tierra de Nadie ocultos durante mucho tiempo; los feéricos salvajes los habrían encontrado y se lo habrían comunicado a los señores de las Casas, con la intención de conseguir algún tipo de remuneración por aquel favor, por supuesto.

En cuanto al mundo humano… era una posibilidad, pero los fae la veían muy remota. A las sealgair no les habrían pasado desapercibidos tantos feéricos mayores en su mundo, y no los habrían dejado vivir. Los sidhe no habrían tenido nada que hacer contra ellas, ya que no se les dejaba pasar la Turas Mara. Así tenían una esperanza de vida considerablemente menor; en buenas condiciones, podrían llegar casi a los dos siglos, pero con la vida que llevaban ninguno llegaba a vivir más de cinco décadas. Así, no llegaban a desarrollar ni la mitad de sus poderes naturales como feéricos mayores, lo que los hacía mucho más fáciles de controlar y someter. O eso habían pensado los fae durante siglos.

—Estén donde estén, o lo que sea que haya ocurrido con ellos, espero que encuentren la paz que se merecían —dijo Rhys sin vacilar.

Él había visto sidhe en muy contadas ocasiones, ya que en Llanrhidian no abundaban. No pintaban demasiado en un pueblo guerrero y acostumbrado a funcionar bajo sus propias normas, alejándose todo lo que podían de las tradiciones y los mandatos de la Casa. Rhys los había visto en contadas visitas a la capital y siempre se que sus ojos reparaban en ellos, algo en su interior se encogía.

—Han desafiado al destino que les encomendaron los dioses —replicó Gwilym, pero sin ningún tipo de acritud, como Rhys había escuchado en

otros al referirse a la desaparición de los esclavos.

El dannan más joven hizo una mueca.

—O quizás los dioses han cambiado de opinión con respecto a sus hijos menos favoritos.

Rhys notó que su padre que encogía de hombros a su lado.

—Solo el tiempo lo dirá.

Rhys se quedó callado. No tenía ni idea de a dónde habían podido ir los sidhe, ni tampoco le importaba demasiado, siempre y cuando no quisieran volver con la intención de darle la vuelta a la historia que habían vivido.

Las guerras no solucionaban nada; solo dejaban la tierra pintada de rojo sangre y gris ceniza, y el mundo hecho un amasijo de escombros similares a un cadáver en descomposición, con los huesos pelados y las vísceras asomando. Pero los sidhe eran hijos de los mismos dioses que los demás feéricos, eran hermanos de los fae en cierto modo. Y todos ellos se caracterizaban por su gusto por la sangre y las cenizas, desde aquellos que habitaban Tír na nÓg hasta los que pisaban el suelo de Elter.

Los dos dannan se quedaron contemplando en silencio la noche caer sobre los límites de su tierra, el mar tonándose negro como el cielo y salpicándose de puntos plateados. Cada uno perdido en sus pensamientos.

—El mar tiene algo misterioso y fascinante, ¿no crees? —dijo Gwilym tras un largo rato, con voz queda. Emocionada, incluso.

Rhys notó sus labios estirarse en una sonrisa soñadora, casi enamorada.

—Cualquier masa de agua, en realidad —contestó en el mismo tono—. Los loch donde cazo los selkies tienen algo mágico, a parte de los feéricos que viven en ellos. Pero no hay nada como el mar —sentenció en un susurro.

Volvieron a quedarse en silencio, arropándose discretamente para protegerse del creciente frío de la noche. La primavera llegaría dentro de poco, los días cada vez eran más largos y más cálidos, con las nubes más algodonosas y menos compactas y grises. Sin embargo, cuando llegaba la noche, el frío seguía mordiendo las mejillas y arrancando temblores de los que se atrevían a enfrentarse a él. Sobre todo, a quienes se encontraban cerca del mar.

—Es lo que más echo de menos cuando estoy en el mundo mortal —dijo

Rhys en un susurro apenas audible—; está demasiado lejos de la Beinn Nibheis.

Capítulo 7

Los encuentros entre la sealgair y el fae no se producían todos los días, aunque no porque ellos no quisieran. No se lo dijeron en voz alta ni tampoco se permitieron pensarlo siquiera. Eithne tenía días de patrulla obligatorios y otros en los que debía montar guardia con sus compañeras para proteger el poblado, de día o de noche. Rhys pasaba tiempo en Elter en sus propios asuntos.

No había promesas de verse al día siguiente; simplemente, cada uno se acercaba al loch de encuentro cuando podía. Si el otro estaba, peleaban. Siempre había lucha. Solían pelear con las espadas y solo se detenían a regañadientes cuando uno pedía un descanso o el sol comenzaba a desaparecer entre las colinas y a teñir el agua con los colores del fuego. Probaron a enfrentarse una vez con las manos desnudas, pero no volvieron a repetir la experiencia. Había algo extraño en el hecho de tocarse de esa manera, piel contra piel. Hacía que se acercasen de una forma que los hacía ser más conscientes el uno del otro, de lo que su adversario era. Su olor, su poder, su sangre. El acero ponía una distancia más cómoda y segura entre ellos.

Cada vez más a menudo, hablaban.

El primero en abrirse había sido Rhys. Eithne le producía una curiosidad que le picaba debajo de la piel y lo irritaba. Quería conocerla, saber más de ella. Él fue quien dio el primer paso porque sabía que si no lo hacía, ella nunca hablaría. Además, él tenía menos que perder. Nadie de su familia o incluso de Elter tenía porqué enterarse de lo que hacía en el mundo de arriba, que se dedicaba a juguetear con una sealgair cuando no estaba cazando. Quería que confiase en él. Por alguna razón, quería que compartiese más con él de lo que le había dejado ver la primera vez que se habían enfrentado en aquel loch.

Rhys le contó que pertenecía a los dannan cuando le mostró una técnica de lucha especial de su pueblo con la espada. No esperaba que Eithne conociese a los dannan, ni mucho menos la mirada de perplejidad que le dedicó cuando las palabras salieron casuales de su boca. El pueblo de la diosa Dannu, el que muchos consideraban una raza diferente dentro de los fae, hacia la que sus propios congéneres de especie mostraban recelo y en ocasiones desprecio, apenas salía nunca del territorio de la Casa a la que pertenecían, y mucho menos fuera del mundo inmortal. Se mostraban contestos con habitar la tierra que les pertenecía dentro de la jurisdicción de la Sombra y la Niebla, al servicio del Hijo Predilecto que ocupase en ese momento el trono de la Casa. Un pueblo tranquilo, cerrado y casi hermético a los que no llevaban la sangre de Dannu en sus venas y, al mismo tiempo, la comunidad más grande y eficiente a la hora de llevar a

cabo el arte de matar y de luchar en la guerra.

—Amo a mi pueblo —dijo Rhys sentado a orillas del loch, con la espada reposando junto a sus pies—, adoro estar en casa, pasar tiempo en sus tierras. Pero no quiero esa vida, la que se supone que un dannan debería llevar solo por el hecho de serlo. Mis padres lo respetaron, aunque eso haya hecho que mi padre tenga que buscarse a otro sustituto para que ocupe su puesto cuando él ya no esté.

Eithne lo miraba con cautela, mordiéndose el interior de la mejilla. Ella también se había sentado, pero todavía tenía la espada en la mano y su posición era menos relajada que la del fae.

Rhys se pasó la lengua por los labios antes de continuar.

—Mi padre es Gwilym Fforddludw, general de la legión danann. El puesto ha pertenecido a nuestra familia durante muchos siglos; nadie recuerda un tiempo en el que no fuera un Fforddludw quien estuviese al mando de la legión y también de la comunidad —la miró con su característica sonrisa socarrona en los labios, con una sombra de aflicción detrás de ella—. No eres la única rara dentro de una familia, espinita.

Eithne no arrugó la boca al escucharlo referirse a ella de esa manera. Aquel apelativo parecía haber dejado de molestarla.

—Sí, pero tu padre lo aceptó, ¿no? No te castigó por ello.

—No, no lo hizo. Mi hermana Lea y yo no hemos salido como él se esperaba —dijo con una carcajada sincera—, pero siempre nos ha permitido seguir el camino que deseásemos. Sin embargo, eso no quiere decir que no tuviésemos que soportar alguna mirada decepcionada del los que en teoría eran nuestros amigos; esa familia con la que no compartimos sangre.

— ¿Qué fue lo que hizo tu hermana?

—Casarse con el Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla.

La sonrisa de Rhys se amplió un poco más. Que los Maira fuesen sus señores y gobernantes no quería decir que los dannan fuesen a aceptar que una de los suyos se uniese a él en matrimonio y mezclase su sangre y su linaje con el de quien consideraban su opresor. Aunque ella fuese la hija de su general, el único que se encontraba por encima de ellos además del propio Hijo Predilecto.

A pesar de que Rhys era un niño cuando su hermana les había anunciado a sus padres sus intenciones de casarse con Kendrick, todavía recordaba perfectamente el revuelo que había causado, no solo dentro de su

pequeña familia, que la habían respetado y apoyado, sino en toda su comunidad. Recordaba a la perfección cómo había dejado claro que lo que estaba haciendo era informándoles de lo que iba hacer, no pidiéndoles permiso.

A Lea no se le daban bien ese tipo de formalismos, sobre todo cuando sabía lo que quería.

—Unos hijos rebeldes, los de tu padre —dijo Eithne.

Rhys rió con suavidad.

— ¿Y tú, espinita? ¿Eres la única oveja negra dentro de las sealgair?

Eithne tardó en contestar, sopesando su respuesta. Rhys la vio trazar un dibujo retorcido con la punta de su espada por el rabillo del ojo.

—No sé si la única, pero creo que el hecho de pertenecer a un clan con cierto nombre como el del Espino Negro y además ser la sobrina de la Nighean Stiùiridh de mi poblado no me ayuda a pasar desapercibida.

Rhys guardó silencio un momento, esperando sin presionarla. Eithne le dio un bocado sonoro a la manzana que tenía en la mano libre y masticó despacio antes de volver a hablar.

—Estropeé mucho las cosas cuando tenía que haber demostrado mi valía como sealgair, y con mucha gente mirando. No sé si algo así ocurrió antes, porque no se habla del asunto. No porque no esté permitido, sino porque nadie quiere recordarlo. La que menos, mi tía. Tengo la sensación de que fue más humillante para ella que para mí —añadió casi con un hilo de voz.

Rhys quería preguntarle qué había hecho, pero no lo hizo. La expresión de ella le dijo lo suficiente como para no hacerlo. No era el momento, pero al menos había conseguido que le contase algo, que se abriese, aunque lo que le había dicho no lo sorprendió del todo. Por las palabras que habían intercambiado en sus dos primeros encuentros, podía imaginarse que algo así le había ocurrido.

La contempló en silencio, mientras ella se comía la manzana, perdida en sus pensamientos. Nunca había envidiado la posición de Kendrick como Hijo Predilecto, pero siempre había tenido curiosidad por saber cómo sería tener la capacidad de poder meterse en la mente de quienes estaban a su alrededor y poder escudriñar sus pensamientos. Aquel fue uno de esos momentos.

En las raras ocasiones en los que no se encontraban luchando o discutiendo, o en los que Eithne bajaba la guardia y se perdía en sus

pensamientos, la sealgair parecía tremendamente joven. Rhys calculaba que no debía de tener mucho más de veinte años, pero cuando perdía su postura erguida y orgullosa, con los hombros cuadrados para hacerla parecer de mayor envergadura, parecía una chiquilla. Una muchacha a la que le habían dado una espada para defender un mundo al que no pertenecía del todo y que jamás le agradecería los sacrificios que hacía por él. Solo su diosa, donde quiera que se encontrase, sabría lo que había hecho y decidiría si podía pasar el resto de la eternidad descansando a su lado. Una vida de deberes recompensada en la muerte.

No era muy diferente a lo que pensaban muchos feéricos, sobre todo los fae y los danann. Rhys tampoco había simpatizado nunca demasiado con esa idea. Los inmortales estaban hechos a imagen y semejanza de sus Padres, y eran caprichosos. Nadie le aseguraba que por muy buen guerrero que fuese se ganaría la entrada Mag Mell cuando su anam se desligase de su cuerpo tras la muerte. Rhys prefería vivir día a día de acuerdo con sus propias ideas y deseos. Ya tendría tiempo de rendir cuentas con quien fuera necesario el resto de la eternidad.

Acarició el filo de la espada de Eithne con el suyo propio, trayéndola de vuelta de la tierra de los recuerdos e invitándola a pelear un poco más.

Capítulo 8

Ese fue el comienzo de más confesiones a medias que fueron haciéndose mutuamente con el paso de los días. Rhys fue quien más se lanzó.

Le contó cómo había empezado a adentrarse en el mundo mortal, al principio por simple curiosidad y cómo luego había acabado siendo su medio de vida. Le habló de la única guerra en la que había peleado y que para él había sido suficiente para el resto de su vida, un año antes de haberse enfrentado a la Turas Mara. Compartió con ella el descubrimiento de cómo la caza le podía ayudar como sustitutivo de aquella violencia, paliando sus anhelos interiores de lucha y acción desenfrenada. También le contó cosas más ligeras, como algunas tradiciones de los danann.

Eithne era cautelosa con lo que compartía. Le confesó que su madre había muerto siendo muy joven, pero no le dijo nada de que tuviese una hermana pequeña. Dejó entrever lo duro que había sido para ella perderla porque, aunque también se había mostrado decepcionada con aquel lamentable error del pasado que seguía sin contarle, su madre no la había mirado como otras había hecho. Le habló también de algunas costumbres sin demasiada importancia y, sin darse cuenta, le contó sobre la existencia del flùr le fuil. Rhys sabía que las sealgair tenían un ritual de iniciación, como buen pueblo guerrero que eran y podía imaginarse en qué consistiría, pero la dejó hablar igualmente.

— ¿Qué fue lo que mataste tú? —le preguntó después de que ella le narrase los pormenores del florecer de sangre de las cazadoras.

—Un kelpie.

Rhys silbó por lo bajo.

—Son muy difíciles de matar —reconoció—. Conozco guerreros experimentos que se lo pensarían más de dos veces antes de molestar a una de esas criaturas. Yo incluido.

Un kelpie no era ninguna broma. Esos seres endemoniados con aspecto de caballo enorme de un color verde tan oscuro que parecía negro y la boca con dos hileras de dientes afilados del tamaño de un dedo índice no entraban dentro del calificativo de feéricos mayores, pero Eithne siempre había pensado que deberían hacerlo. Eran condenadamente listos y despiadados, casi imposibles de matar en el agua, su medio natural.

—Tu familia debió de sentirse muy orgullosa cuando te iniciaste con una muerte así —prosiguió Rhys cuando ella se quedó callada.

Eithne podía que su mirada de color cobalto no perdía detalle, aunque ella estuviera con la atención puesta en la manzana a medio comer que tenía en su mano libre. Cuando hablaban, Rhys solía guardar la espada, pero ella no se sentía preparada para hacer eso todavía. Eithne sopesó su respuesta con cautela.

—Se sorprendieron mucho —se limitó a decir antes de dar otro mordisco.

Miró el loch de aguas grisáceas mientras se perdía en sus recuerdos. No había ido al río en el que sabía que habitaba aquel kelpie con la oreja derecha cortada con intención de matarlo. Había ido allí más bien con la idea contraria, esperando que fuese aquel ser el que acabase con ella. Por aquel entonces, Eithne desconocía lo potente que llegaba a ser el instinto de supervivencia cuando alguien era empujado al límite.

Cuando llegó al campamento después de haberse arrastrado penosamente hasta él, muerta de frío, empapada hasta la médula, dolorida hasta en los lugares más insospechados y con una dentellada en el brazo que le había dejado una marca permanente, las miradas de perplejidad le resultaron reconfortantes. El bálsamo que su corazón había necesitado los días que siguieron a su fiasco inicial. Sobre todo, la mirada de estupefacción de Nuala cuando vio que portaba con ella el corazón todavía caliente de la criatura, junto con la cabeza de aspecto equino. Una primera muerte espectacular, sí.

Pero no era un fae, pensó ella.

Poco después de esa conversación, Eithne comenzó a dejar a la yegua atada cerca de donde ellos entrenaban y hablaban. Rhys no iba a hacerle daño, Eithne estaba segura, y le daba más seguridad tenerla a la vista que dejarla vagando por el bosque hasta el anochecer.

La primera vez que Eithne hizo eso, Rhys se acercó con cautela a Ròsan mientras descansaban. La yegua olisqueó la mano que él extendió hacia ella, con las orejas erguidas, curiosa. No se acercó más al fae, pero tampoco se alejó de él. Eithne los miraba sentada en el suelo, comiendo de nuevo una manzana, sin la chaqueta negra que componía su traje de combate. Los días iban haciéndose poco a poco más cálidos y la ropa empezaba a sobrarles después de pelear.

Rhys también se había quitado la suya y se había arremangado la túnica humedecida de sudor que llevaba debajo, marcando los músculos que había bajo su piel. Músculos duros, estilizados y elegantes, no especialmente abultados; el cuerpo de un guerrero. Su brazo izquierdo, aquel con el que imprimía más fuerza al pelear, tenía el mismo diseño de llamas y astros nocturnos que las armas que portaba.

— ¿Sabes montar? —le preguntó contemplando la interacción entre la yegua y el inmortal.

Rhys negó con la cabeza.

—En Elter los caballos no son especialmente comunes. No los hay de manera natural, y nadie los usa para pelear en el campo de batalla, ni tampoco para labores del campo. Algunos aun los tiene como animal de recreo, pero son pocos. Los ven demasiado humanos, por decirlo de alguna manera.

Un eufemismo para decir que los consideraban animales demasiado débiles como para ser merecedores de la atención de los inmortales.

Eithne gruñó por lo bajo. Adoraba a su yegua castaña de crines claras. Era su amiga desde que la había criado siendo una potrilla torpe de patas demasiado largas a las que le había costado un poco acostumbrarse. La única que tenía y que no la juzgaba por sus meteduras de pata o por no dar la talla cuando le tocaba hacerlo.

—Es muy bonita —escuchó decir a Rhys—. Y muy noble. Que te espere de esa manera siempre en el bosque ella sola, hasta que tú la llamas… Muchos que no son animales no harían eso.

Eithne estaba de acuerdo con su comentario, pero no le dio la razón en voz alta. Se limitó a seguir con su manzana, demasiado dulce para su gusto en aquella época del año. Poco le quedaban ya a las manzanas que a ella más le gustaban, ribeteadas de franjas ácidas.

Todos y cada uno de los músculos de su cuerpo se tensaron cuando escuchó un siseo repentino proveniente de donde se encontraban su yegua y el fae.

Rhys estaba un poco más cerca de Ròsan, mirándose y frotándose las yemas de los dedos de la mano derecha con el ceño fruncido. Eithne ya se había levantado, la espada preparada en su mano, pero se detuvo al comprender lo que había ocurrido. Rhys había tocado las hebras vegetales de madera de serbal de cazador que Eithne entretejía cada poco tiempo en las crines de su yegua.

— ¿Por qué le pones esa mierda en las crines? —preguntó en un tono bajo, pero sin reproche.

—Para que pueda ver a los feéricos, además de sentirlos. Y repeler a cualquier inmortal que intente atacarla, o tocarla siquiera —añadió.

Rhys le lanzó una mirada significativa, todavía frotándose los dedos heridos. Eithne le aguantó la mirada, pero pudo ver que tenía las puntas

de las yemas enrojecidas, aunque ya comenzaban a curarse.

—No voy a hacerle daño a la yegua —dijo Rhys.

—En estas tierras hay más… inmortales —replicó despacio, evitando emplear la palabra hadas, que había tentado su boca; una palabra que los feéricos detestaban y que hacía que les hirviera la sangre de manera peligrosa—, no solo tú, fae. Preferirían entretenerse con algún humano descuidado, pero no desperdiciarían la posibilidad de pasar un rato divertido con cualquier otra criatura de este mundo. Sobre todo si saben que hay alguien que la estaría buscando y que haría lo que fuera por ella —añadió bajando la voz.

— ¿Por eso llevas ese cordel en el cuello? ¿Otro arma a mayores? —preguntó Rhys tras una pausa.

Eithne asintió con la cabeza, llevándose mecánicamente la mano a la garganta. Las hebras de serbal estaban humedecidas por el sudor y hacían que su piel picase con el roce.

—Las sealgair nunca llevamos protección suficiente cuando salimos de caza —dijo mirando al inmortal.

El invierno terminó y la primavera también fue consumiéndose poco a poco. Los días se hicieron más largos y cada vez sudaban más cuando peleaban. La ropa comenzaba a sobrarles al mismo tiempo que las palabras salían con más facilidad de sus bocas, como si les quemasen en la lengua.

Eithne tenía que hacer frente cada vez a más distracciones cuando su espada chocaba con la de Rhys. Procuraba no despistarse con el cuerpo húmedo, elegante y estilizado que se dibujaba debajo de la tela fina de la camisa del fae, un cuerpo que despertaba en ella sentimientos que no había experimentado antes por ningún hombre. Las palabras que intercambiaban antes y después de cada encuentro zumbaban en su cabeza de manera insistente, incluso cuando debería estar centrada en los movimientos de su atacante. Movimientos expertos que no hacían más que evidenciar su destreza como guerrero, aunque él le había contado que nunca había llegado a terminar la formación que impartían los dannan. Una habilidad a la que Eithne habían enseñado a admirar y buscar. Y eso era lo que la joven cazadora hacía; disfrutaba de la contienda, verbal o físico, moviéndose al ritmo que Rhys le marcaba o siendo ella quien lo guiaba a él. Bailaban el uno alrededor de la otra, en un compás antiguo y salvaje, una y otra vez.

Sin darse cuenta, Eithne empezó a sonreír cuando el hormigueo de la acción comenzaba a extenderse por su cuerpo. Con el paso de sus encuentros, esa sonrisa fue haciéndose más y más grande. Perdida en sus

emociones, en todas ellas, como solía ocurrirle, no se dio cuenta de que Rhys le devolvía el gesto.

Capítulo 9

Eran mediados de junio cuando después de haber estado más de una semana sin coincidir, Rhys se descubrió a sí mismo rezando brevemente porque ella apareciese en el loch. Hacía mucho que no rezaba ni le pedía nada a Dannu, fuera de las muestras de respeto que le ofrecía en los días señalados. Evitaba hacerlo por miedo a que la diosa se ofendiese; nunca había sido su mejor hijo, el más devoto o el que más honraba su figura. Pedirle nada en momentos de desesperación podría tomarlo como una gran ofensa. ¿Quién sabe cómo podría reaccionar? Los dioses eran entidades tan caprichosas…

La ligera presión que se había instalado en su pecho esa mañana se deshizo cuando sintió a la sealgair y a su yegua llegar. Los cascos del animal apenas hacían ruido contra el suelo seco y compacto, pero pocas cosas pasaban desapercibidas para el oído de un feérico. Sin embargo, lo que primero había llegado hasta Rhys era el olor de la cazadora. La nébeda era lo que más destacaba, extendiéndose por la nariz de Rhys, arrullando su sangre y sus instintos. La manzana, que era lo que sospechaba que diferencia a Eithne del resto, también llegó hasta él, pero a modo de recuerdo. La joven siempre se comía una de esas frutas entre una pelea y la siguiente, compartiendo siempre con Ròsan.

La sonrisa traviesa que había comenzado a asomar en su boca se congeló cuando distinguió con claridad los rasgos de la cazadora. La mirada de Eithne transmitía cansancio y preocupación, su postura montada sobre Ròsan no era erguida y altiva. Cuando su mirada de color verde oscuro salpicada de motas de color acero se cruzó con la de Rhys, el brillo desafiante al tiempo que divertido no asomó en sus ojos.

Rhys no desenvainó la espada a modo de bienvenida como salía hacer. Ese día no quería pelear. No quería resolver los problemas que ella tuviese con violencia, así que en lugar de proceder al ritual de siempre, lo que hizo fue preguntar:

— ¿Ocurre algo?

Eithne, que acaba de desmontar pesadamente de la yegua, negó con la cabeza, su vista clavada en el agua del loch. Tampoco había desenvainado la espada ni ninguna de las múltiples armas que llevaba. La luz del sol arrancaba destellos dorados a su melena castaña trenzada; algunos mechones estaban mal sujetos y enmarcaban su rostro pálido y salpicado de pecas.

Rhys esperó con paciencia hasta que ella habló.

—Mi tía ha decidido adelantar el flùr le fuil de mi hermana. Quiere que sea este verano.

—Entiendo que estés nerviosa por ella pero, por lo que me contaste, es un gran momento para una sealgair —dijo con cautela, evaluando todo lo que pasaba por su cara—. Un motivo de orgullo y celebración.

Una nueva cazadora completa y preparada para salir del poblado y cazar con el resto de sus hermanas. Para las demás compañeras aquello merecía un festejo, pero no para Eithne, comprendió Rhys.

—Es una niña. El flùr le fuil suele tener lugar después de cumplir los dieciséis años si ya se ha tenido el primer sangrado. Gwynie cumplirá catorce el mes que viene —aclaró Eithne con un hilo de voz.

—No creo que tu tía mandase a tu hermana a matar a su primer feérico sola si no creyese que era capaz de hacerlo. Es su sobrina…

—Nuala quiere que mate a un fae —cortó Eithne.

Un silencio pesado se instaló entre los dos. Rhys no pudo evitar pensar en la temeridad que suponía dejar que una niña que nunca había tenido una experiencia real entrando en combate con un inmortal se enfrentase sola a un feérico mayor. Aunque, pensándolo bien, no era muy diferente a lo que él había vivido, seis años atrás, peleando contra el Agua y el Cristal sin haber alcanzado la inmortalidad completa y sin más experiencia que la que había vivido en los campos de entrenamiento dannan.

—Entonces será mejor que no me acerqué por aquí el próximo mes —dijo Rhys, intentando sonar irónico.

Pero Eithne no respondió a la broma con un bufido o tratando de contener una sonrisa, como siempre ocurría. En lugar de eso, se tapó la cara con las manos, sus hombros temblando. Comenzó a sollozar quedamente. A Rhys se le encogió el corazón al verla de esa forma. En los meses que la conocía, Eithne había mostrado muchas emociones delante de él, entre ellas, el pesar y la tristeza. Pero por muy doloroso que le resultase el recuerdo de las cosas que le contaba, nunca la había visto llorar. Hasta ese momento.

Se acercó a ella, dubitativo, y colocó una mano sobre su costado. Eithne se estremeció ante su contacto y levantó la vista para mirarlo a través de las pestañas mojadas. Se quedó muy quieta durante un instante interminable. Rhys podía notar sus músculos tensos y duros a través de la ropa que los separaba, preparados para actuar. Para dar un salto y alejarse de él todo lo que podía, pensó. Pero Eithne no se apartó.

Rhys dio un paso cauteloso hacia ella, colocando la otra mano en su costado contrario.

—Eithne…

La joven apretó los puños en sus costados y cerró los párpados con más fuerza, provocando un desbordamiento de lágrimas calientes. Cuando la primera de ellas, resbaló por su barbilla y tocó el suelo, Eithne salvó la distancia que los separaba y se precipitó en los brazos del fae con un sollozo.

Rhys la recibió contra su cuerpo sin decir nada, estrechándola con cuidado, rodeando su cintura con los brazos y apoyando la barbilla en su coronilla. A pesar de que Eithne era bastante más baja que él, Rhys nunca la había visto como una mujer pequeña. Sin embargo, en esos momentos de primer contacto amable entre ellos, con ella temblando y sacudiendo sus cuerpos, la sintió tan frágil…

Se sentía extraño, estar en contacto de aquella manera tan íntima y estrecha, pero a Rhys no le molestó. Dejó que Eithne llorase y que le mojase la ropa, que se apretase contra él como si fuera si único punto de apoyo para poder seguir en pie. El olor de ella lo rodeó y le llenó la nariz y la boca; el aroma penetrante y salvaje de la nébeda que tenían todas las sealgair acompañado de algo dulce a lo que no era capaz de poner nombre y que estaba seguro que solo pertenecía a Eithne, algo que se mezclaba con su característico aliento a manzana.

El abrazo duró una eternidad, y al mismo tiempo duró un suspiro. Rhys hubiera dejado que Eithne se quedase abrazada a él por siempre si ella así lo hubiera querido. Su corazón comenzó a latir con más fuerza dentro de su pecho repentinamente pequeño al ser consciente de ese pensamiento. De que su contacto, a pesar de que hacía que le cantase la sangre bajo la piel, no le desagradaba ni le producía rechazo. Todo lo contrario. Ahí, con los brazos alrededor de Eithne, creando un escudo protector entorno a ella, se dio cuenta de que era así como llevaba mucho tiempo queriendo tocarla.

Capítulo 10

Eithne se sentía totalmente aislada del mundo entre los brazos de Rhys. Se sentía a salvo allí, en brazos del que por naturaleza era su enemigo. Allí, Nuala no podía mandar a su hermana pequeña a matar a un fae. El rostro de Gwynie seguía presente detrás de sus párpados cerrados e hinchados, sus palabras valientes pero dubitativas martilleaban en su cabeza dolorosamente. Su hermana pequeña era buena luchadora, sobre todo con la ràsair sliasaid, la espada corta que rotaba sobre sí misma para quedar guardada y ser portada en una funda atada al muslo, pero también era un ser muy dulce y lleno de luz. Eithne se había dado cuenta de cómo fruncía el ceño ante los detalles escabrosos y cómo se estremecía con la visión de la sangre y los cuerpos mutilados. Tenía miedo de que su hermana muriese si se enfrentaba a un fae, pero no solo eso; Eithne estaba aterrada de que su hermana fallase como lo había hecho ella. De que demostrase que no servía para quitar la vida como se esperaría que una sealgair lo hiciese.

La presión de unos labios firmes y cálidos sobre su frene fue lo que hizo que finalmente levantase la cabeza. Se topó con unos ojos de color cobalto llenos de ternura y compasión, emociones a las que ella no estaba acostumbrada y que no esperaba encontrarse en los ojos de un feérico. Pero Rhys la había sorprendido en tantas cosas…

—No me habías dicho que tuvieses una hermana —dijo apartando las lágrimas que seguían cayendo de sus ojos y que manchaban sus mejillas arreboladas.

No había reproche en esas palabras, pero Eithne no pudo evitar sentirse un poco culpable igualmente. Se removió entre sus brazos, pero no salió de su amparo. No quería hacerlo. Nunca. Eithne quería permanecer allí dentro. Por siempre.

—No te culpo de ello —dijo él apartándole un mechón de la frente—. Puedo entender porqué no lo hiciste.

Eithne se estremeció con su contacto. Había tantas cosas que no le había contado… Y deseaba hacerlo. Deseaba…

Lo deseaba a él.

Lo había deseado durante mucho tiempo, puede que no de la manera en la que sentía ahora, pero Rhys siempre había sido como una hoguera para su cuerpo. Calentaba su estómago cuando sus sentidos procesaban lo que era, sus dedos cuando los cerraba entorno a la espada antes de enfrentarse a él, sus piernas antes de moverse hacia él. Su pecho, cuando hablaban después de cada pelea y ella se sinceraba contándole lo que

bullía en su cabeza. Y ahora, en la entrada a su cuerpo que había entre sus piernas.

Sin ser del todo consciente de lo que hacía, Eithne se puso de puntillas y presionó sus labios contra los de Rhys. El fae dio un respingo en el sitio y se separó un instante, sus ojos azules clavados en los verde grisáceos de ella, más abiertos de lo normal.

Eithne abrió la boca mientras comenzaba a separarse de él, con las mejillas ardiendo de vergüenza y algo más visceral que no supo identificar. Fue a pedirle disculpas, pero sus labios no tardaron en volver a quedar cubiertos. Rhys pasó una mano por detrás de su cuello, con cuidado de no tocar el cordel de hebras de serbal de cazador, e inclinó hacia atrás la cabeza de la joven.

El beso fue profundo, cálido. Abierto. Eithne no se esperaba la suavidad de los labios de Rhys y la gentileza con la que los movió sobre los suyos, a pesar del hambre que hacía que su cuerpo temblase. Sus caricias en la espalda, en las mejillas, en cuello, su simple tacto en cualquier parte de su cuerpo, hicieron que Eithne cerrase los dedos con fuerza sobre la tela de la camisa y tirase de ella. Quería quitársela. Le estorbaba de una manera casi delirante.

Cuando tanto Eithne como Rhys se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo entre ellos, dentro de ellos, a ninguno de los dos le importó. Un fae y una sealgair, los antagonistas de una historia casi tan antigua como la brecha que unía los mundos a los que ambos pertenecían, habían sellado sus destinos mucho antes de ese momento.

Un fae y una sealgair, seres totalmente diferentes que nunca antes se habían sentido tan en sintonía con otra criatura como se habían llegado a encontrar el uno con la otra.

Un fae y una sealgair condenados por los suyos muchos años atrás, repudiados, rechazados. ¿Qué más daba un estigma más en su conciencia?

El beso se fue haciendo cada vez más intenso, sus manos se exploraron por encima de la ropa, más atrevidas con cada caricia. Cuando fueron capaces de separarse y advirtieron lo expuestos que estaban, Rhys la condujo a una de las colinas cercanas que cerraban el paraje del loch sin mediar palabra, y Eithne no hizo preguntas. Se desplazaron entre la maleza y los árboles frondosos con pasos rápidos, cogidos de la mano, moviéndose como dos sombras escurridizas.

La mente de la cazadora, ligeramente embotada por el calor y la excitación, tardó en procesar lo que estaba haciendo y la temeridad que implicaba. Estaba siguiendo a un inmortal al interior del bosque para

hacer… aquello de lo que se les advertía a las chiquillas humanas, jóvenes, inexpertas y anhelantes de sentirse deseadas por alguien con la belleza y el carisma de un feérico mayor.

Eithne dudó cuando una zarza le tiró de la manga de la camisa que llevaba puesta, parcialmente desabotonada y arrugada. Miró la nuca de Rhys que seguía avanzando resuelto delante de ella, sus cabellos negros y revueltos… por los dedos de la joven. Se detuvo cuando sintió que ella se quedaba rezagada y se volvió a mirarla. Sus ojos azules estaban casi consumidos por sus pupilas dilatada. Eithne lo vio apretar la boca y fruncir el ceño, consciente de sus dudas. Abrió la boca para hablar, pero ella no le dejó. La cazadora apretó la mano del fae con más fuerza y no volvió a vacilar.

Rhys le mostró una gruta escondida tras un hechizo que hacía parecer que estuviese sellada. El hechizo estaba controlado por él y solo respondía ante su toque; un encantamiento muy antiguo que había conseguido gracias a una criatura que nadie en Elter sabía exactamente qué era, pero al que todos recurrían en busca de artificios como aquel y sabiduría, si podían pagar los precios que pedía. El Coleccionista, le llamaban. En ese momento, a la sealgair le importaba bastante poco aquella información.

Eithne se dejó guiar al interior de la gruta sintiendo el cosquilleo de la magia en su nariz. La roca gigante volvió a deslizarse en su sitio y Rhys sacó de uno de los bolsillos de su pantalón una piedra de luz que activó con el toque de sus manos. Se veía tremendamente pequeña en la palma de su mano, pero su luz de color blanco iluminó la gruta con eficiencia.

La cavidad escavada en la roca era muy amplia, la piedra del alto techo era irregular, tallada de una manera que solo podría haber sido llevaba a cabo por la mano experta de la naturaleza, formando un intrincado dibujo. Con un breve vistazo, Eithne se dio cuenta de que aquel lugar, oculta a la vista de mortales e inmortales, se había convertido en algún momento en una especie de refugio privado en el que Rhys dormía cuando pasaba varios días allí y donde despiezaba, limpiaba y curtía las pieles de los selkies que cazaba.

Ese día, la caverna daría cobijo a algo muy diferente.

Rhys cogió a Eithne de nuevo por la cintura y la atrajo otra vez hacia sí, más vacilante que antes. La carrera por el bosque los había dejado con las respiraciones más pesadas y los corazones golpeando con más fuerza dentro de sus pechos. El olor de Rhys se había intensificado, su poder de feérico mayor extendiéndose por la garganta de Eithne, haciendo que la sangre de su cuerpo bullese dentro de ella.

Eithne notó que las manos de Rhys temblaban sobre su cuerpo.

— ¿Hasta dónde quieres llegar? —preguntó con la frente apoyada en la de la joven.

El susurro resonó dentro de la cueva y Eithne lo sintió retumbar en su interior, volviéndolo todo más real.

La sealgair tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta.

—Hasta el final.

Echó las manos hacia atrás y se desató el cordel que rodeaba su cuello, su última protección contra los hechizos de ocultamiento o contra un ataque inesperado. Lo dejó caer al suelo terroso en silencio, sin apartar su mirada de Rhys. Él no desapareció. Lo que sí fue desapareciendo fue la ropa que se interponía entre sus cuerpos. Las armas que llevaban encima, que no eran pocas, tintinearon contra la piedra. Rhys se tomaba su tiempo para acariciar cada nueva zona de piel desnuda que quedaba a la vista y la besaba antes de que frescor de la cueva pudiera hacerlo. La acariciaba despacio, con manos firmes y seguras. Sus labios eran suaves y gentiles, cálidos sobre la piel de Eithne. Su lengua acompañaba cada uno de los besos que depositaba sobre ella.

En su cuello. En sus hombros. Entre sus pechos. En su abdomen. En la encrucijada de sus piernas. En sus muslos.

Eithne se estremecía con cada beso. El poder de Rhys hormigueaba sobre su piel y llenaba sus sentidos. Ella también lo tocaba a él, pero no con el mismo descaro.

Cuando ya no quedó nada que cubriera el cuerpo de Eithne, Rhys dio un paso atrás, también completamente desnudo, y la observó con detenimiento. Mucho detenimiento. Y con los ojos oscurecidos de deseo.

Eithne cerró los puños en sus costados, tratando de soportar su examen, pero al final no pudo evitar cruzar los brazos sobre su cuerpo. Los ojos de Rhys subieron a su cara con rapidez ante ese gesto.

—No te escondas de mí, Eithne —dijo con voz ronca—. Eres preciosa —susurró acortando la distancia que los separaba y volviendo a colocar las manos en sus caderas. Sus labios rozaron el lóbulo de su oreja—. Y no tienes ni idea.

Eithne dejó escapar un gemido cuando las manos de Rhys le acariciaron las nalgas y subieron por sus costillas, por sus pechos sensibles y se deslizaron por detrás de su cuello. Rhys deshizo su trenza sin prisa, con los labios sobre su cuello, haciéndole cosquillas con su aliento y

provocando un temblor que recorría todo su cuerpo. Los dientes de Rhys la rozaron con suavidad en la piel sensible que unía su cuello y su hombro, y Eithne volvió a gemir, esta vez con más fuerza.

Cuando su melena de ondas castañas quedó libre, Rhys la guió hasta el montón de pieles que los aguardaba. Eithne se tendió sobre ellas de espaldas y Rhys se arrodilló entre sus piernas separadas. Desde su posición, Eithne podía admirar el cuerpo del fae. La luz mágica perfilaba los músculos de su cuerpo, las sombras que proyectaban haciéndolos más notables. Más hermosos, incluso.

Rhys dejó que Eithne se tomase su tiempo recorriendo sus hombros anchos, su torso duro, su vientre surcado de músculos ondulantes, su… Eithne sintió que la garganta se le secaba. Sus manos se movieron mecánicamente a la zona expuesta y mojada entre sus piernas.

— ¿Te gusta la que ves? —ronroneó Rhys con una sonrisa ladeada.

Eithne se quedó muy quieta, las mejillas arrebolándose al ser consciente de lo que estaba haciendo. No tardó en extender una de sus manos hacia Rhys con un gesto invitador, mientras la otra tanteaba aquel punto de placer extremadamente sensible. Rhys cubrió el cuerpo de Eithne con el suyo y comenzaron una nueva danza, desconocida y al mismo tiempo extrañamente familiar.

Hacía mucho que habían comenzado a desnudarse el uno a la otra. Estar piel con piel fue el paso más natural después de lo que había compartido en los últimos meses. La intimidad de verse y tocarse sin ropa ni armas de por medio, acariciarse con las manos desnudas, ella repasando con los dedos los músculos definidos bajo la piel de él, admirando el extraño tatuaje que tenía en el antebrazo izquierdo; él trazando cada curva sinuosa del cuerpo de ella, deteniéndose un poco más en la marca en forma de pluma que descubrió entre sus omóplatos cuando le dio la vuelta para admirarla también desde esa posición. Con las manos, con los labios. Los murmullos de placer llenaron una gruta acostumbrada a albergar el siseo de la piel siendo desgarrada por el cuchillo y de la respiración de un único ser durmiendo.

La respiración de Eithne se volvió más rápida cuando se dio cuenta de que Rhys había comenzado a descender por su cuerpo, y a dónde se dirigían sus labios y sus dedos. Por inercia, sus piernas se separaron más y sus caderas ondularon, intentando que la boca de Rhys llegase más pronto al lugar donde necesitaba sentirla. Rhys rió contra su piel, su aliento lamiendo la piel mojada y sensible.

— ¿Estas tratando de decirme algo, espinita?

Eithne alzó las caderas hacia él otra vez, pero Rhys se apartó, sus dedos rondando la zona más sensible de su cuerpo, pero sin llegar a tocarla.

—Dilo. Dime lo que quieres, Eithne.

Escuchar su nombre hizo que le hirviese la sangre de una manera no muy diferente a cuando peleaban. Se revolvió sobre las pieles, su cuerpo tenso, con todas las sensaciones a flor de piel. La respiración de él sobre su cuerpo, su dedo subiendo y bajando por el interior de su muslo, sus ojos de color cobalto sin perderse detalle de sus reacciones y su sonrisa… Aquella condenada sonrisa de depredador jugando con su presa.

—Joder, Rhys, lámeme de una maldita vez.

Rhys rió, sorprendido por la rudeza de sus palabras, pero no se demoró en darle lo que le pedía, sin perder la sonrisa de los labios. Eithne notó como esta se ensanchaba más todavía cuando tuvo que pasar un brazo por encima de su abdomen para aguantarla quieta en su sitio. Eithne cerró los ojos, arqueando la espalda y ensortijando los dedos en el pelo revuelto de Rhys.

Se abandonó por completo a lo que le daba; a su lengua, que subía y bajaba en el lugar exacto donde tenía que hacerlo, y a sus dedos atentos que entraban y salían de su cuerpo con un ritmo cada más rápido. Sus sentidos se llenaron con sus propios gemidos, de los ronroneos juguetones de él, del olor del inmortal y del suyo propio, y del poder de Rhys. Tenía la boca llena de ese sabor a tierra y metal, cada centímetro de su cuerpo envuelto y lamido por el aroma que había odiado desde que había nacido. En aquel momento, lo que le hacía sentir era deseo, excitación. Y protección.

Rhys no le dio tregua mientras los temblores de su cuerpo aumentaban, las emociones la embargaban, su cuerpo llegaba al límite y caía hecho pedazos. Su grito final de placer rebotó en la piedra de la gruta y en el interior de su propio cuerpo durante largo rato. El mismo tiempo que tardó en regresar del limbo al que se había ido. Cuando lo hizo, con su respiración más pausada y su cuerpo sin apenas temblores, se encontró a Rhys tumbado de nuevo a su lado, de costado, apoyando sobre el codo. Mirándola. Con aquella maldita sonrisa.

—No tienes ni idea de lo expresiva que eres, ¿verdad, espinita?

Las mejillas de Eithne volvieron a incendiarse. La risa del fae vibró a su lado, donde su cuerpo la tocaba, pero también donde no. Eithne apartó la mirada, repentinamente cohibida por lo que le había dejado hacerle a su cuerpo. Por haber permitido que la desarmase de aquella manera tan

íntima.

Una mano cálida y firme empujó su barbilla hacia arriba e hizo que sus ojos se encontrasen con los de Rhys.

—No te escondas de mí, Eithne. Por favor —murmuró, sus ojos oscuros llenas de deseo, pero también de repentinas dudas—. Si quieres que paremos…

—No —dijo ella con un hilo de voz apenas audible, pero que resonó en el interior de la cueva de la misma manera que lo habían hecho sus gemidos y sus jadeos momentos antes. Alto, claro. Y sincero.

Rhys volvió a tumbarse sobre ella, cubriéndola y acomodándose entre sus piernas separadas. Eithne sintió el roce de su erección entre sus piernas, en aquella zona a la que le había dedicado tantas atenciones momentos atrás. Sus caderas se movieron hacia las suyas en un acto reflejo, su humedad rozando la punta sensible. Rhys jadeó y pegó las caderas a las de Eithne, colocándose de tal manera con un movimiento acertado se deslizaría en su interior.

—Nunca he estado con… un hombre.

Para Eithne, lo que Rhys había hecho entre sus piernas no era ninguna novedad. Había estado con mujeres antes de aquella manera tan íntima como se encontraba ahora con él. Los pocos hombres con los que había tenido contacto no habían despertado en ella lo mismo que Rhys; ni siquiera podía compararse.

No era tonta, sabía cómo funcionaba aquello entre un hombre y una mujer, por lo menos a nivel teórico. Y a pesar de no haberlo experimentado nunca, lo deseaba. Deseaba lo que sabía que debería venir a continuación. Y la intimidaba. Y Rhys… Rhys no era un hombre. Era un fae.

Él la miró un momento antes de sonreír y acariciarla sobre las costillas, pasando los dedos por su vientre. Los callos le hicieron cosquillas de nuevo en la piel desnuda.

—Yo tampoco —contestó él.

Eithne resopló y Rhys sonrió un poco más. Le dio un beso húmedo con el que Eithne pudo probar su propio sabor antes de moverse sobre ella. La cogió de la mano y la guió hacia abajo, hasta su miembro. Ella cerró los dedos alrededor de él; era sorprendentemente suave y al mismo tiempo duro, mojado por la humedad de Eithne.

— ¿Sabes cómo…? Ah —gimió cuando Eithne comenzó a mover la mano arriba y abajo, despacio, apretando con cuidado. Sí, sabía lo que tenía que hacer.

Observó su rostro mientras lo excitaba, quedándose con sus gestos, con lo que le daba más placer y lo hacía exhalar con más fuerza. Después de unos momentos, le resultó bastante intuitivo. Ahora le tocaba a ella admirar aquella cara perfecta contraída por el placer. El color cobalto de los ojos de Rhys, que ya había comenzado a desaparecer, quedó casi totalmente engullido por las pupilas dilatadas. El gemido de agónico placer que escapó de sus labios cuando lo frotó contra su humedad hizo que Eithne diera un respingo.

Él gruñó antes de apartarle la mano a regañadientes de su cuerpo. La volvió a besar en el cuello, el pecho, los senos, antes de mirarla de nuevo a los ojos y preguntarle:

— ¿Estás segura de que quieres esto?

—Sí —respondió, sin temblor ni vacilación en su voz.

El beso que Rhys le dio a continuación fue duro, profundo. Deslizó los dedos de nuevo entre sus piernas y la acarició, deslizando uno de ellos en su interior, comprobando que estuviera preparada. Eithne gimió contra su boca, clavándole las uñas en los hombros.

Rhys giró sobre un costado y la llevó con él, haciendo que ahora quedase ella encima. Un movimiento rápido que hizo que el mundo alrededor de Eithne se desdibujase en los márgenes durante un instante. Rhys le acarició las caderas y las nalgas mientras la acercaba a él, a su miembro, pero no la presionó. La estaba dejando elegir el momento y la fuerza con la que quería que fuera su primera unión, la primera que ella tendría con un hombre. El pecho de Eithne se hizo un poco más pequeño ante aquel gesto.

Tragó saliva antes de volver a cogerlo con una mano y colocarlo de manera que cuando bajó sobre él, se deslizó en su interior con un solo movimiento. Despacio, sin detenerse hasta que notó que ya no podía tener más de él dentro de ella. Sintió un pequeño pinchazo que le hizo fruncir la boca y las cejas. Los dedos de Rhys se deslizaron por sus costillas cuando vio aquel gesto, trazando círculos con las yemas de sus dedos. Su poder fluyó hasta Eithne, arrullándola mientras ella no se movía; se había quedado muy quieta, saboreando aquellas sensaciones nuevas y al mismo tiempo familiares. Rhys estaba inmóvil debajo de ella, respirando pesadamente. Conteniendo a duras penas las ganas que tenía de mover las caderas hacia ella.

Eithne se apartó el pelo de cara en un gesto resuelto que a Rhys lo excitó más de lo que ella pretendía y tuvo que clavar los dedos en sus caderas para no moverse. Ella rio, sorprendida por su reacción; Rhys apretó los dientes ante las sensaciones que la vibración del cuerpo de la sealgair le transmitía al suyo.

Eithne lo contempló un momento más antes de comenzar a moverse adelante y atrás con cuidado, vacilante, pero al mismo tiempo llena de curiosidad. Habría esperado sentir muchas cosas al tenerlo en su interior, pero poder no era una de ellas.

El dolor inicial desapareció y solo quedó el calor, calor allí donde la tocaba con las manos, donde sus cuerpos confluían y parecían ser uno solo. Un calor que fue subiendo por todo su cuerpo a media que se balanceaba sobre él. Subía por su vientre, sus costados, su pecho y su garganta, caldeándola desde el interior, haciendo que las punzadas del aire fresco de la cueva fuesen más agudas. Y más excitantes.

Rhys se deleitaba viéndola desde su posición, la claridad de la piedra de luz trazando sombras sensuales y misteriosas sobre su cuerpo. Sus movimientos, para ser inexperta, eran tremendamente resueltos y placenteros. Pero había algo que quería hacer.

— ¿Te importa si me muevo yo ahora? —le preguntó con voz ronca.

— ¿No lo hago bien? —dijo Eithne deteniéndose, con una sombra de timidez en su voz.

Rhys le acarició un costado y uno de sus senos, un gesto de ternura ante su vulnerabilidad.

—No, para nada. Te mueves de una manera increíble —la mano que la acariciaba se colocó entre sus pechos, sobre su pulso acelerado—. Es solo que me gusta un poco más… fuerte. Más duro —dijo con su mirada clavada en la de ella, brillantes por la luz mágica y por algo más que hizo que Eithne contuviese el aliento.

La cazadora apenas vació un instante antes de asentir.

—Si te hago daño, dime que pare —le pidió Rhys.

No se movió y no apartó su mirada intensa de Eithne hasta que hizo un gesto de asentimiento.

Le pidió que se inclinase hacia él, colocando las manos sobre sus hombros y sus antebrazos rozando su pecho. La melena de Eithne formó una cortinilla de hebras suave cuando lo hizo y la piel sensible de su torso rozó la de Rhys, húmeda y cálida. La agarró con más fuerza por las caderas e

hizo que las alzara sobre él, separándose, pero sin llegar a salir de su interior.

Eithne lo miró, expectante. Los ojos de color cobalto de Rhys no se veían diferentes; solamente, quizás, más divertidos y juguetones si cabía. Había una pregunta en ellos y una promesa. Eithne lo besó por toda respuesta. Cuando sus labios se separaron, Rhys movió las caderas hacía arriba sin dejar de sujetarla y se hundió en Eithne con fuerza.

Ella gritó. En un primer momento, el dolor del principio volvió, pero fue reemplazado rápidamente por placer. Un placer profundo que comenzaba a formar de nuevo un nudo en su interior, un nudo que se apretaba con más fuerza con cada una de las embestidas rápidas y duras que él le daba. Eithne no tardó en perderse en las sensaciones conocidas, pero mucho más intensas.

Cerró los dedos con fuerza sobre las pieles moteadas que tenía debajo y echó la cabeza hacia atrás, perdiéndose en las sensaciones que los movimientos de él le producían. Nunca había sido tan consciente de su cuerpo como en el aquel momento y al mismo tiempo, no estaba segura de donde terminaba y comenzaba el de Rhys.

Sus gemidos y jadeos resonaron en el interior de la gruta, rebotando contra las paredes, haciendo eco en su interior, en su sangre, al igual que la respiración Rhys debajo de ella. Cada vez se movía más rápido y más fuerte. El sudor perlaba la piel de ambos.

Rhys colocó una mano en su cuello, con los dedos bajo su barbilla y le obligó a orientar su rostro hacia él.

—Mírame —lo escuchó murmurar. Eithne trató de hacer lo que le pedía, pero sentía su cuerpo había dejado de pertenecerle—. Mírame, Eithne.

El sonido de su nombre hizo que la joven obedeciese por fin. La visión del rostro de Rhys mutado por el placer, el azul cobalto consumido por sus pupilas negras, estuvo a punto de volver a llevarla al orgasmo. La maravillaba ser capaz de producirle aquello. Ella, que nunca hacía nada bien, que decepcionaba a todos quienes la conocían, que no servía para lo que había nacido…

Los movimientos duros y casi frenéticos, acompañados del la vibración que golpeteaba su piel hipersensible, hicieron que perdiera el hilo de sus pensamientos.

—Rhys… —gimió antes de caer de nuevo en el éxtasis.

—Solo un poco más. Solo… Joder, Eithne —gruñó antes de volver a bajarla

una última vez sobre él.

Su cuerpo se quedó muy tenso debajo del de ella, la espalda ligeramente arqueada y los dedos clavados con fuerza en la carne de sus caderas y en la de su garganta. Eithne gimió sorprendida cuando notó un líquido cálido derramarse en su interior.

Lo desmontó con cuidado cuando volvió a tener un mínimo de control sobre su cuerpo y se quedó tendida a su lado, mirando el rostro relajado de Rhys hasta que él se dio cuenta de su mirada y le sonrió. Cogió una de las mantas que había junto ellos y la pasó por encima de los dos. No se le escapó la mueca que ella hizo cuando se acomodó a su lado.

— ¿Te he hecho daño?

—No —negó ella con la cabeza—. Me ha dolido, pero me ha gustado —se humedeció los labios hinchados por los besos y se acurrucó contra él, buscando su calor—. ¿A ti te ha gustado? —preguntó con evidente inseguridad.

—Sí, sí que me ha gustado —contestó Rhys pasando las dedos con suavidad por su mejilla—. Ha sido… diferente.

Eithne tardó unos instantes en comprender a que se refería. Su poder, las sensaciones que le producía a ella estar cerca de un feérico y a él de una sealgair, su contacto. Había sido diferente a lo que ambos solía sentir durante el contacto íntimo de aquel tipo y al mismo tiempo… al mismo tiempo había sido tremendamente familiar. El deleite que los embargaba cuando luchaban no era igual de intenso que lo que acababan de experimentar, pero las sensaciones que les producían no eran demasiado diferentes. La euforia, la urgencia por chocar el uno con la otra, por estar en contacto, moverse juntos. Una estampa vista desde otra perspectiva.

Capítulo 11

La mano de Rhys bajó dentro de la manta, dejándola apoyada en las costillas de Eithne. Tenía miedo de que se apartase de él después de lo que habían hecho.

Él no estaba seguro de lo que sentía luego de haber estado con una sealgair de esa manera. Después de haberse acostado con ella. Después de haberla deseado y de haber disfrutado de su contacto, haberlo buscado y sentir que no tenía suficiente. El olor de ambos seguía en el aire y los sonidos que ella había proferido mientras la penetraba le seguían haciendo eco en los oídos.

Rhys la acarició, trazando diseños intrincados sobre su piel caliente, pero Eithne no lo miraba. Estaba hecha un ovillo a su lado, con la mano extendida hacia su cuello, pero sin llegar a tocarlo. El silencio que se había instalado entre ellos después de reconocer en voz alta que habían disfrutado comenzaba a resultar pesado. Quería que hablase, que le dijese algo, lo que fuera.

Pero no se esperaba lo que Eithne confesó de pronto.

—Mi primera muerte iba a ser la de un fae.

Rhys se quedó muy quieto; no porque la confesión le hubiese resultado chocante, sino porque esperaba que ella siguiese hablando. Pero no lo hizo.

—Me dijiste que tu primer feérico había sido un kelpie —comentó con voz pausada.

—Y lo fue. Pero no estaba planeado.

Ella estiró un poco más la mano y tocó la cadena que llevaba Rhys al cuello. Cerró los dedos en torno a la uña negra de selkie, con cuidado de evitar la piel del fae. Rhys esperó.

—Como hija del clan del Espino Negro y sobrina de la Nighean Stiùiridh de nuestra aldea —continuó susurrando—, se esperaba de mí que tuviese un gran rito de iniciación, que la primera vez que me manchase las manos con la sangre de un inmortal fuese un gran momento. ¿Qué hay más grande para nosotras que un fae? —preguntó dándole vueltas a la uña feérica entre sus dedos.

Rhys pudo imaginarse como terminaba aquella historia sin que ella se lo

contase.

—Y cuando llegó el día, cuando me vi sola delante de aquella mujer… aquella hembra fae… Ella… no estaba haciendo nada malo —exhaló temblorosa—. No sé si antes en algún momento hizo daño a humanos, no lo sé y nunca lo sabré. Solo estaba recogiendo madera de serbal de cazadores y resina en el bosque —su ritmo hablando aumentó y su cuerpo comenzó a temblar bajo la mano de Rhys—. Las demás pelearon contra ella y la hirieron antes de dejármela a mí para que la rematase, pero… me miró de una manera que… — tragó saliva, tratando de contener el llanto— y me suplicó.

Eithne hizo una pausa, perdida en el recuerdo de los ojos color miel de aquella fae, lacrimosos por el dolor y el miedo, clavados en ella mientras se sujetaba el brazo roto y machacado por la pelea.

—Me suplicó, y los fae nunca suplican. Nunca suplicáis —puntualizó con voz cruda—. Dijo que tenía una hermana pequeña en Elter, que estaba aquí para conseguir la madera de las cazadoras, venderla en el mundo de abajo y poder cuidar de ella.

Eithne se mordió el labio un momento antes de continuar, rezando, si es que después de lo que había hecho en aquella cueva con Rhys todavía podía pedirle algo a Morrigan, para que el llanto no escapase de su garganta.

—No sé si era cierto, puede ser que estuviese mintiendo, nunca lo sabré —repitió esas últimas palabras con un deje desesperación—. Me quedé paralizada, viendo como sangraba y cómo me miraba con aquellos ojos… No parecía que fuese mucho mayor que yo, y cuando me dijo aquello pensé en Gwynie, en mi hermana, en que yo… — cerró los dedos con fuerza sobre el colmillo, hasta sentir que comenzaba a perforarle la piel— yo me moriría si algún día se quedase sola… si no hubiese nadie que pudiera cuidarla. Empezaron a temblarme tanto las manos que se me cayó la espada al suelo.

La habían abrumado tantos sentimientos que apenas había podido respirar. Los bordes del mundo se habían tornado borrosos, reduciéndolo todo al joven rostro que tenía ante sí. Luego, vinieron los gritos de sus compañeras cuando se dieron cuenta de que había fallado.

—Ella no intentó atacarme. Podría haberlo hecho, podría haber intentado desestabilizarme con el poco poder que le quedase, pero… solo se levantó e intentó correr.

Había intentado correr. No hizo falta que Eithne especificase más. La inmortal apenas había conseguido ponerse en pie cuando una flecha la atravesó por el costado y la volvió a tirar uno cuantos pasos más allá de

Eithne.

—Fui incapaz de hacerlo. Y eso me ha perseguido siempre. Nunca he podido olvidarlo; tampoco me lo han permitido.

Rhys comprendió. Nadie de su poblado le había permitido olvidar aquel error, aquella vergonzosa muestra de debilidad hacia un ser que sufría y que probablemente no hubiese supuesto una amenaza real para los humanos.

—Seguramente no te mentía —habló ahora Rhys acariciando su melena con cautela—. Las guerras dejan muchos huérfanos, y tal y como quedan destruidas las cortes y los territorios después, algunos se aventuran en este lugar para buscarse la vida. En todas las Casas se les paga muy bien a quienes consiguen madera de serbal de cazadores para intentar hacer armas, o por lo menos algún artilugio de tortura. Cuando tú te enfrentaste a tu florecer de sangre, era especialmente apreciada en el Agua y el Cristal.

El ejército de la única Casa que se encontraba al norte de la Sombra y la Niebla había empleado flechas hechas con serbal de cazadores durante la batalla en la que Rhys había participado. Aquella que le había hecho darse cuenta de que no quería llevar una vida de guerrero.

No había ningún tipo de reglamento que estipulase qué armas podían usar los feéricos, pero emplear aquellas que eran más propias de las sealgair infringía una especie de código moral entre los inmortales. Pero cuando se trataba de actuar con ética, los feéricos podían ser tremendamente flexibles, sobre todo si el placer de la sangre caliente en las manos y el fragor de la batalla estaban implicados. Mientras Padre y Madre no se ofendiesen, todo estaba permitido.

Eithne se quedó muy quieta entre sus brazos, todavía sin dirigirle la mirada. Una exhalación temblorosa salió de su boca.

—No hiciste nada malo, Eithne —dijo Rhys, sus dedos pasando arriba y abajo despacio por su costado.

—Entonces, ¿por qué todo el mundo me ha tratado como si fuese un maldito monstruo? Como si… como si hubiese cometido el crimen más horrible de este maldito mundo…

Las lágrimas caían ahora desbordadas por sus mejillas, mojando la cama en la que hacía un momento habían hecho el amor. Rhys la acercó hacia sí, envolviéndola como había hecho antes en el claro, tratando de protegerla de lo que le hacía daño, aunque esto se encontrase en su interior. Su olor a sealgair, a nébeda y algo más salvaje a lo que no podía

poner nombre, llenaron su nariz.

—Porque llamar a alguien o a algo monstruo es arbitrario y tú te pusiste en la piel de lo que para sealgair es uno. Trataste de mirar más allá, comprenderlo. Te aproximaste demasiado —susurró Rhys acariciando la piel desnuda del hombro de la cazadora—. Quizás para tus compañeras eso signifique… que tú también eres uno —dijo con sinceridad, tratando de hablar con dulzura, pero negándose a mentirle—. Pero eso no quiere decir que hicieses nada malo, Eithne. Recuerda que los monstruos los crea cada uno de nosotros, cada pueblo, cada nación y cada especie. No se nace siéndolo —finalizó con los labios apoyados en la frente húmeda de la joven cazadora.

Ella no respondió. El silencio se volvió a instalarse entre ellos hasta que Rhys preguntó:

— ¿Te arrepientes?

Hubo otra pequeña pausa antes de que Eithne hablase.

—Cuando pienso en las palabras que me dijo, cuando me habló de su hermana... —sorbió por la nariz al tiempo que meneaba la cabeza—. No me arrepiento. No me arrepiento de no haber sido yo la responsable directa de la muerte de dos niñas inocentes, aunque fuesen inmortales —hizo una pausa para tragar saliva y aclararse la garganta—. A veces siento las miradas de las demás sobre mí y puedo escuchar cómo murmullan sobre ese día. Cuando Nuala me mira esperando a que cometa un error para echármelo en cara, cuando me trata con condescendencia, como si fuese estúpida y fallar y hacer las cosas mal fuese lo más natural para mí, porque… porque soy una sealgair defectuosa… —se calló un instante en el Rhys la sintió tragar saliva— en esos momentos, todo es muy complicado. Se me hace difícil vivir en un lugar donde me tratan así. Pero en esos instantes, de lo que me arrepiento es de no haber sido capaz de dejar que el kelpie me matase cuando consentí que me arrastrase con él al agua —finalizó con voz estrangulada.

A pesar de haber ido al río decidida a dejar que el caballo acuático acabase con ella y la devorase si así lo deseaba, su sangre de cazadora había hecho que por inercia llevase una daga en el interior de sus botas.

—No sabía que el instinto de supervivencia podía conseguir que una sealgair como yo fuese capaz de matar una criatura así, en el estado en el que me encontraba. Nadie se lo esperaba —puntualizó con asomo de sonrisa—, pero tampoco cambio demasiado.

Rhys calló, incapaz de no imaginársela. Mucho más joven de lo que era ahora, su rostro aniñado todavía más redondeado y plagado de pecas, asustado y desconcertado. Cubierta de una sangre que no era suya,

mirando a un destino que no deseaba. Negándose a él, dándole la espalda a su diosa sin poder evitarlo. Ofreciéndole su vulnerabilidad a quienes quisieran tomarla y hacerla añicos. Una imagen que le resultaba dolorosamente conocida y que hizo que la acercase más hacia él.

—Creo que no ha sido una conversación muy acertada para después de… esto —dijo Eithne entrelazando sus piernas con las de Rhys—. Lo siento.

—No, no hagas eso —replicó él acariciándole la melena, deshaciendo los nudos que tenía con los dedos—. No te disculpes por abrirte así conmigo. Puedes hacerlo siempre que quieras. Me gusta que lo hagas —finalizó con una sonrisa curvando sus labios.

Sus dedos siguieron pasando con ternura por su pelo castaño, deteniéndose para deshacer los enredos con cuidado. Pasaron unos instantes silenciosos que a Rhys se le hicieron eternos, aguardando que ella dijese algo sobre el último comentario que él había hecho. Pero eso no ocurrió. No sabía que Eithne no era capaz de terminar de procesar esas palabras, lo que había detrás de ellas. Rhys decidió volver a hablar, sintiendo que el mutismo solo interrumpido por el sonido del agua de un riachuelo corriendo cerca de ellos lo estaba ahogando.

— ¿Te arrepientes de lo que hemos hecho?

—No —contestó Eithne casi al instante— ¿Tú te arrepientes? —preguntó ahora ella, sin mirarlo a la cara.

Rhys colocó un dedo bajo su barbilla y le obligó a alzar el rostro. Sus ojos verdes brillaban a la luz de la piedra mágica con la humedad que había en ellos.

—No eres la única criatura defectuoso aquí, espinita.

Eithne trató de sonreír sin que la tristeza que sentía por dentro se reflejase en su gesto, pero no lo consiguió. Rhys lo vio y la besó. La besó largamente, con dulzura, apretándola tanto contra él cuanto pudo, deseando poder hacer por ella más que darle aquellos momentos robados que habían tenido en los últimos meses. Pensando ahora que quizás lo único que había conseguido era hacerle más daño, recordándole que no era una cazadora como las demás, que no sentía de la misma manera que las otras, que se cuestionaba cosas que no debería.

Rhys no sabía que para Eithne las sesiones de lucha y las conversaciones que habían compartido desde que se conocieron, junto con lo que acababan de hacer en aquella gruta, aunque habían dolido y habían removido muchas cosas en su interior, habían sido algunos de los

momentos más felices y plácidos que había tenido desde que había dejado vivir a aquella fae sin nombre.

Capítulo 12

Eithne sangró una semana después de haber estado con Rhys por primera vez, y eso la llenó de alivio. Había decidido no tomarse nada para prevenir el embarazo por dos razones; por una parte, no estaba segura de que pudiera quedarse embaraza de él (fae y sidhe no podían tener descendencia entre ellos, aunque con los humanos sí). Además, no tenía manera de conseguir un tónico sin que le hiciesen preguntas que ella no quería responder. Nuala la interrogaría si se enteraba de que se lo había pedido a la sanadora, y Eithne no sería capaz de mentirle.

Después de esa primera vez, sus encuentros casi dejaron de dedicarse a la lucha, y pasaron a otro tipo de contacto cuerpo a cuerpo. En la intimidad de la gruta, Rhys le descubrió muchas cosas nuevas a Eithne sobre su cuerpo, variantes de sensaciones que ya había experimentado antes con mujeres.

No se cansaban el uno de la otra. Los días no tenían suficientes horas para estar juntos, tocándose, riéndose, fundidos como uno solo. Para amarse. Pero eso, nunca se lo dijeron en voz alta aquel verano. Porque no lo sabían, aún no, o no querían reconocerlo.

Las confesiones que intercambiaban los abrían en canal, los exponían de una manera a la que ninguno estaba acostumbrado. Se deseaban, les gustaba estar juntos, pero amarse… eso no les estaba permitido. Podían ser los más alienados y desnaturalizados de sus congéneres, pero que las criaturas más predestinadas a odiarse de la creación sintiesen amor por la otra parte… Eso eran palabras mayores. Incluso después de lo que compartieron al día siguiente de que la hermana pequeña de Eithne se hubiese convertido en una sealgair completa.

A Eithne no se le había permitido formar parte de la expedición que acompañaría a Gwynie ese día. Tuvo que quedarse en el poblado, esperando, con las interminables horas del día pasando a cuenta gotas. No fue hasta que el sol trazó líneas color sangre entre los árboles que las centinelas anunciaron su llegada.

Cuando vio a su hermana pequeña, Eithne lloró. Lloró de alegría al ver que, a pesar de que la niña venía hecha una piltrafa, la trenza medio desecha, con un ojo medio cerrado y cojeando, estaba viva. Viva y con un corazón sangrante en la mano derecha. Lloró de felicidad porque su hermana había conseguido matar a un fae, y porque los ojos de quienes la acompañaban relucían de orgullo.

A Eithne le hizo feliz que su hermana, su pequeña y dulce Gwynie, no fuera como ella, que no hubiese vacilado y hubiese quitado una vida. Era una sealgair de verdad, una a la que nadie juzgaría ni pondría en duda su

identidad como guerrera y cazadora. Pero al mismo tiempo, mientas la abrazaba, sintió que el corazón se le resquebrajaba en mil pedazos diminutos dentro del pecho.

Su hermana no había fallado.

Al día siguiente, Eithne salió con Ròsan con la excusa de ir a comprar algunas cosas a un pueblo relativamente lejano, en el que dijo se quedaría a dormir. Le contó todo a Rhys, cómo se había sentido al darse cuenta de lo que Gwynie había conseguido, la mezcla amarga del orgullo, el alivio y el dolor dentro de ella. Él la escuchó en silencio, con la barbilla apoyada en su cabeza y un brazo por debajo de sus hombros. Se encontraban tendidos sobre las pieles en las que compartían sus cuerpos desnudos, parcialmente vestidos. De momento.

Cuando llegó, Eithne dejó que Rhys la desnudase poco a poco, deshaciéndose de las capas de ropa y también su vacilación inicial al hablar. Todavía seguía costándole empezar a expresar lo que la consumía por dentro, no porque no se fiase de Rhys, sino porque no lo hacía de sí misma. De la explosividad con la que saldrían esos sentimientos. El fae parecía saber guiarla, tirando poco a poco de la hebra deshilacha de sus emociones, soltándola poco a poco.

Ahora, los dos se encontraban muy pegados y con muy poca ropa. Eithne tenía la uña de selkie que colgaba del cuello de Rhys entre sus dedos, rozando la piel de su pecho. Se sentía tremendamente cansada después de todo lo que le había contado, pero liberada al mismo tiempo.

— ¿Cómo se siente tu hermana? —preguntó Rhys acariciando su costado con el pulgar.

—Contenta, supongo —contestó Eithne después de sopesar la respuesta—. No se lo he preguntado directamente, pero es así como tiene que ser.

Ella esperaba sinceramente que así fuera, por el bien de la pequeña.

—Y, ¿tu tía? —prosiguió Rhys.

Eithne no pudo contener una mueca que arrugó sus labios. Solo le había echado un breve vistazo a su tía para comprobar el gesto de su boca, lo cerca o lo lejos que aquel lunar se encontraba de sus labios. Había sido una mirada muy rápida en la que había evitado a toda costa cruzarse con sus ojos. Estaba feliz por Gwynie y porque las demás estuvieran conformes con lo que había ocurrido, pero no quería ver el reproche en sus ojos por lo que su hermana había conseguido y ella no.

—Creo que si tuviera que usar solo una palabra para definir la cara de mi tía cuando cruzaron la entrada del campamento, sería alivio. En el fondo

sabía que no fallaría —añadió tras un largo silencio solo interrumpido por el murmullo cercano del agua—. Gwynie es más fuerte de lo que parece. Es una persona que siente mucho y es muy empática, pero sabe afrontar lo que tiene que hacer. En eso no nos parecemos en nada —finalizó con un suspiro.

Rhys no dijo nada, cosa que Eithne agradeció. Se limitó a acunarla contra su cuerpo largo rato, mientras la respiración de la cazadora y los latidos de su corazón recuperaban su ritmo normal. Eithne se revolvió entre los brazos de Rhys cuando sintió sus labios besarle la frente. Sus dedos bajaron por su costado, acariciándole la cadera. Su cuerpo entero reaccionó ante la vibración de su poder, hormiguean, pidiéndole más. Levantó la cabeza para que sus bocas se encontrasen, fundiéndose en un beso largo, tierno al principio, pero que no tardó en cobrar profundidad. Eithne colocó una mano en la nuca de Rhys para pegarlo más ella y para indicarle, sin palabras, que quería más. Lo sintió sonreír contra su boca antes de comenzar a complacerla.

Rhys se giró para poder quedar tendido de costado y tener mejor acceso al cuerpo de Eithne, que se movió para quedarse boca arriba. Los dedos del fae la acariciaron sin prisa, dejando un reguero sensaciones electrizantes allí donde la tocaba. Rhys solo separó sus labios de los de Eithne cuando sus dedos se deslizaron por dentro de la poca ropa interior que le quedaba, cubriendo la zona más sensible de su cuerpo. Eithne gimió y Rhys suspiró contra su cuello, comenzando a tantear el calor entre sus piernas.

La cazadora cerró los ojos y entrelazó los dedos en el pelo negro y sedoso del fae, abandonándose a las sensaciones. A los dedos atentos y cuidadosos entre sus piernas, al poder feérico que golpeaba su cuerpo con suavidad, en pequeñas oleadas, como las ondas del mar lamiendo una playa. Un poder que le llenó la boca y la nariz. Tierra y metal.

Eithne abrió los ojos cuando dos dedos se deslizaron en su interior. Su cuerpo se tensó, pero no de la manera en la que ella deseaba en ese momento. Su cabeza comenzó a trabajar muy deprisa, zumbando como un enjambre de abejas. Cerró los dedos en torno al antebrazo de Rhys mientras él seguía moviendo su mano, entrando y saliendo de ella, firme y duro, al mismo tiempo que le besaba el cuello, el hombro. Rozándola con los dientes en la piel sensible. Demasiado sensible.

Eithne trató de evadirse de nuevo, pero no era capaz. Había algo que fallaba… en ella.

Su voz sonó débil y estrangulada cuando habló.

— ¿Qué estamos haciendo, Rhys?

Él se quedó muy quieto. Sus dedos dejaron de moverse, pero todavía permanecieron en su interior. Se apartó de su cuello y levantó la cabeza para mirarla. La luz mágica que se encontraba cerca de ellos proyectó luces y sombras en el atractivo rostro del fae. Rhys la miró un momento, escaneando el rostro de la joven con sus ojos azul cobalto oscurecidos. Eithne a veces tenía la sensación de que podía leerle la mente cuando la miraba de esa manera tan intensa. No estaba segura de si eso la asustaba o de si la hacía sentirse agradecida.

—Desafiar a los dioses, espinita —dijo Rhys finalmente con voz ronca, una sonrisa que no le llegó a los ojos extendiéndose por sus labios—. Es lo que mejor se nos da —añadió antes de bajar la cabeza de nuevo y volver a dedicar sus atenciones al cuello de Eithne.

—Los dioses siempre reclaman justicia —susurró ella—. Tarde o temprano, siempre lo hacen.

Rhys volvió a quedarse inmóvil. Esta vez, no levantó la cabeza al momento, sino que se quedó respirando sobre la piel de Eithne. Ella miraba los patrones que formaba la luz en el techo de la cueva; formas oscuras y siniestras que parecían acecharlos desde lo alto.

Rhys retiró los dedos de su interior con cuidado antes de buscar su mirada.

— ¿Quieres que paremos?

Eithne dejó de prestarles atención las figuras vigilantes que había sobre ellos y miró al fae.

—No —susurró para que no pudieran oírlos y buscó su boca.

Rhys dejó que lo besara, pero no le devolvió el gesto con la misma pasión. Eithne se separó de él, fue a pedirle disculpas por haber roto el momento que habían estado compartiendo, pero él se adelantó a hablar.

—Ven —dijo alejándose de ella y levantándose—, quiero enseñarte algo.

Eithne sintió frío cuando su cuerpo dejó de estar pegado al de Rhys, y siguió notándolo aun cuando él le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. El inmortal se quitó la poca que le quedaba con movimientos rápidos y cogió la piedra de luz mientras Eithne lo imitada. Le tendió la mano y Eithne no dudó cuando se la cogió.

Caminaron en semi penumbra, siguiendo el riachuelo que discurría por el interior de la gruta y se salía al exterior por entre las rocas que Rhys

usaba para ocultar la entrada de la cueva. Ahí era donde Eithne se lavaba a conciencia tras sus encuentros, procurando que no quedase ningún rastro en su cuerpo de lo que había hecho con Rhys antes de volver a su aldea.

Él no se privaba de mirarla mientras lo hacía, siguiendo los movimientos de sus manos sobre su cuerpo todavía tibio y levemente tembloroso después de haberse acostado. La primera vez, Eithne no pudo evitar sonrojarse y apartar la mirada, intentando que el agua la cubriera todo lo posible. En las siguientes ocasiones, no se había azorado ante su intensa mirada de color cobalto. Dejaba que la mirase, buscaba que lo hiciera, deteniéndose en los lugares apropiados. Causando que en más de una ocasión Eithne tuviera que volver a empezar todo el proceso.

Los ojos de la cazadora se agrandaron por la sorpresa cuando delante de ellos apareció una piscina natural. Las aguas que la alimentaban se escurrían por la pared más alejada, modelando la roca a su paso. La piedra que cubría el techo, abovedado y tallado por el paso del tiempo, tenía alguna grieta en algún punto que permitía que se colase algo de luz exterior, iluminando la formación cubierta de agua y confiriéndole un color azul cerúleo intenso en el centro. Eithne no podía apreciar su profundidad desde donde se encontraba, pero sí podía ver que era tremendamente amplia.

—De aquí viene el agua que alimenta al loch —dijo Rhys a su lado.

—Pensaba que era de origen marino.

—Parte del loch lo es, por lo menos la entrada a él. No estoy seguro de que el agua del mar llegue tan adentro en la tierra. Pareces decepcionada —dijo mirando el rostro de la joven con una ceja enarcada.

Eithne se mordió el labio antes de contestar.

—Nunca he visto el mar —confesó en voz baja, un poco cohibida—. No está demasiado lejos de aquí, pero nunca me he acercado. Me gusta pensar que las aguas de los loch de la zona son como una extensión de ellos, un pequeño regalo en tierra para quienes no se atrevan a acercarse a él. Es extraño —dijo tras una pausa, sintiendo los ojos de Rhys sobre ella, tratando de comprender sus extrañas palabras—, pero le tengo miedo y al mismo tiempo me fascina. Debe de ser imponente estar delante de toda esa inmensidad azul.

—Lo es. No es algo que pueda explicarse con palabras si nunca se ha visto —replicó el fae con la atención puesta de nuevo en la piscina creada por la mano de la naturaleza—. Ahora vengo.

Rhys le pasó la piedra de luz a Eithne y le soltó la mano, desandando el camino que acaban de hacer. La joven se quedó contemplando el agua dulce a una distancia prudencial, como si en su interior hubiera algo que pudiera coger y arrastrarla para devorarla, como un kelpie. Esta vez no quería que ninguna criatura mágica y acuática la ahogase y la hiciera desaparecer.

Rhys no tardó en volver. Traía consigo algo pequeño, un papel doblado, le pareció a Eithne. Rhys cogió la luz y la colocó de manera que ella pudiera ver con claridad de qué se trataba.

—Es la costa de Llanrhidian —dijo Rhys tendiéndole el dibujo hecho en un papel grueso—. Mi hermana me dio este dibujo para que siempre pudiera llevarla conmigo.

Pintado con lo que Eithne suponía que eran acuarelas, el dibujo mostraba un litoral escarpado, tallado en roca oscura, elevado sobre un mar de color azul oscuro. Un tono no muy diferente al de los ojos del inmortal que estaba allí con ella. Eithne pasó los dedos por el perfil de la costa, por la piedra lamida por las aguas caprichosas durante siglos de manera incansable. Se tomó su tiempo antes de tocar la pintura azul que representaba el mar. Tenía diferentes tonos, pero todos eran oscuros y misteriosos. Pequeños trazos más claros simulaban el movimiento de las olas. Era un dibujo tan exquisitamente hecho que Eithne casi pudo imaginárselo delante de ella en la realidad, con la brisa salada besándole las mejillas.

—Es hermosa —susurró con la vista clavada en el boceto, surcando las olas con sus dedos.

—Lea pinta muy bien, pero esa imagen no termina de hacerle justicia.

Eithne dejó escapar un sonido de sorpresa. Puede que el hecho de que lo que tuviera delante fuera un lugar del mundo de abajo lo volviera todavía más intrigante.

Dio un respingo cuando sintió un brazo deslizarse por su cintura desnuda y atraerla al cuerpo cálido de Rhys.

—Cuando vuelvo a Elter, a veces desearía tener un dibujo tuyo para llevarte conmigo, Eithne —murmuró, rozándole la oreja con los labios—. Pero pasaría lo mismo que con esta imagen; no reflejaría lo extraordinaria que eres.

Eithne resopló poniendo los ojos en blanco.

—Eso lo dices porque soy tan defectuosa como tú —soltó casi sin pensar.

Iba a retractarse de sus palabras, pero entonces notó una risa grave a su lado, haciendo vibrar su cuerpo de un modo sensual y placentero.

—Puede. Tal vez los dioses nos hayan puesto en el camino del otro por eso, para completarnos.

—O para que seamos más conscientes de esos defectos.

Rhys chaqueó la lengua antes de quitarle el dibujo de las manos. Eithne apretó los dedos inconscientemente sobre el papel, deseando poder quedarse aquella imagen consigo.

—Estás muy negativa esta tarde, espinita —dijo Rhys dejando el dibujo en el suelo, junto con la piedra de luz.

La condujo hacia el borde de la piscina con una mano apoyada en la parte baja de su espalda. Rhys se adentró en el agua hasta que esta lo cubrió por las rodillas y se giró para tenderle su ayuda a Eithne, que miró con gesto suspicaz.

—Lo único que hay aquí que puede morderte soy yo y ambos sabemos que no sería ningún problema —dijo el inmortal con una de sus sonrisas ladeadas y un dejo travieso tiñendo sus palabras.

Eithne le hizo un gesto poco educado antes de entrelazar sus dedos con los de Rhys y meter un pie en el agua. Se estremeció, dejando escapar un siseo entre dientes. Estaba muy, muy fría. Se detuvo de nuevo, vacilante.

—Vamos, espinita, prometo no dejar que te congeles.

Eithne fue a soltar un comentario mordaz, pero mientras alzaba su mirada hacia Rhys, sus ojos se pasearon por el cuerpo masculino y desnudo que tenía delante, apenas a dos pasos de ella.

Eithne nunca había visto a un hombre completamente desnudo aparte de Rhys, pero estaba bastante segura de que ninguno podía compararse con él. Alguien como él no podría caminar nunca entre los mortales haciéndose pasar por uno de ellos; solamente con sus ojos cualquiera podría darse cuenta de que no era un ser del mundo de arriba. Hermoso hasta casi resultar hiriente. Y su cuerpo… Eithne siempre sentía que la boca se le secaba cada vez que la ropa desaparecía y dejaba a la vista su desnudez. Como en ese momento, provocando un pequeño incendio dentro de la joven que se extendía por todo su cuerpo, derritiéndola, anhelando acercarse más a él, aunque su calor pudiera quemarla.

Los ojos de Eithne se detuvieron en una parte de su anatomía especialmente… interesante. No tenía con que compararla, pero de nuevo estaba bastante segura de que sus proporciones era más que envidiables. Era una parte con la que ella disfrutaba especialmente, tanto cuando era él quien la empleaba para darle placer a Eithne como cuando ella le dedicaba sus atenciones con sus manos o su boca. Esos pensamientos hicieron que su cuerpo comenzase a caldearse y que, por lo tanto, el agua alrededor de sus tobillos se sintiera todavía más condenadamente fría.

Rhys, por lo que Eithne veía, no parecía especialmente afectado.

— ¿Ves algo que te guste? —le escuchó decir. La sonrisa era perfectamente patente en su tono de voz, así como las promesas que escondía.

Ojalá no me gustase tanto, inmortal pensó ella para sí, tratando de devolverle una sonrisa gemela a la de él.

Eithne caminó con cuidado de no pisar el borde de los escalones naturales esculpidos en la roca áspera. Rhys se desplazó hacia atrás, guiando a Eithne, indicándole los lugares apropiados para poner los pies. Cuando se encontraba aproximadamente en el centro de la laguna, donde el agua le llegaba a Eithne por los hombros y a Rhys por debajo del pecho, se detuvieron. Él le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. Eithne entrelazó los brazos tras su cuello y apoyó la mejilla en su pecho. El golpeteo rítmico del corazón inmortal llenó sus oídos.

Era curioso, pensó mientras le acariciaba el cabello de la nuca, que hubiera llegado a pensar que los seres como Rhys no podían tener corazón y que se hubiera encontrado con uno que tenía el más verdadero de todas las personas a las que había conocido. El que más próximo había sentido al suyo en veintidós años.

—A mí me gustan esos defectos —susurró repentinamente Rhys, pegado a su cuello, su aliento cálido provocando pequeños temblores a Eithne—. Todos y cada uno de ellos, sobre todo los que pinchan.

No hizo falta que le especificase a qué se refería. Eithne resopló con falsa exasperación, sin apartarse de él.

—Eres un idiota.

—Y te encanta —replicó acariciando la parte baja de su espalda con las manos y su cuello con los labios—. ¿Sabes otra cosa que me encanta? Que sabes a manzana, toda tú. Bueno, toda no —murmuró mientras movía una de sus manos hacia delante y comenzaba a deslizar los dedos por un lugar especialmente sensible en la anatomía de la cazadora—, pero me gusta

igualmente.

Eithne no pudo evitar que una risa sincera escapase de sus labios. Ese sonido fue contagioso para el fae, cuya risa grave y sensual reverberó dentro de su pecho. Sus manos descendieron más y tomaron a Eithne de la parte alta de sus muslos, donde estos se unían con sus nalgas y la levantaron. Ella le rodeó la cintura con las piernas, dejándola en una posición… interesante.

Eithne echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, sus dedos entrelazados por detrás del cuello de Rhys, y sumergió su larga melena en el agua, arqueando la espalda. Una sonrisa bailaba en su boca mientras el aire fresco de la gruta lamía la piel del cuello y del pecho, que había quedado repentinamente expuesta, ahora que no estaba en contacto con la de Rhys. Eithne se inclinó hasta que notó el agua fría lamiéndole el nacimiento del pelo en la frente.

Ronroneó de placer sintiendo los dedos fríos de agua subir por su pelo y lamerle la piel. No le habría importado quedarse así para siempre, o por lo menos durante más tiempo del que disponían. Con Rhys pegado a ella, rodeándola con sus brazos. Sujetándola. Protegiéndola.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, el fae acarició su pelo con suavidad dentro de agua, sin soltarla, tironeando de las hebras mojadas con suavidad. Eithne sonrió, pero levantó la cabeza para mirarlo, arrastrando con ella la pesada masa de cabello empapado que ahora se escurría por su espalda, dejando un rastro frío. Cuando sus ojos se toparon con lo de Rhys, la joven inhaló con fuerza.

El color de las aguas que los rodeaban se reflejaba en sus ojos, haciéndolos de un color todavía más oscuro, casi negro. La intensidad con la que él la miraba le resultó sobrecogedora. Con la misma intensidad con la que se observa una maravilla de la naturaleza, un milagro. Imposible que sea real. Imposible estar contemplándola, tocándola. Temeroso de que en cualquier momento, desapareciese

—No tienes ni idea de lo hermosa que eres —murmuró subiendo una de las manos con las que la sujetaba para acariciarle la mejilla. Eithne se inclinó hacia ella, dejando reposar el rostro en la palma de su mano sin apartar la mirada de la suya—. Te sorprende incluso que me lo parezcas.

Eithne rodeó el dorso de la mano de Rhys con sus dedos.

—Nadie me lo había dicho nunca —susurró— y yo no soy de las que está contemplando su reflejo día y noche para asegurarme de que mi cabello resplandece y mi piel tiene el tono rosado adecuado. Las sealgair no

podemos permitirnos esas vanidades.

Rhys negó con la cabeza, sin dejar de mirarla de aquella forma que hacía que el corazón de Eithne se sintiese demasiado grande para su pecho.

—No te hace falta mirarte en un espejo o en reflejo del agua, espinita. Solo tienes que pararte a escuchar lo que tienes aquí dentro.

Su mano se deslizó de su mejilla hasta su pecho, pasando por su cuello, presionando con mucha suavidad para que sintiese el poder que había debajo de su piel inmortal. La dejó reposar entre sus senos, su poder vibrando y expandiéndose desde su mano hasta la caja torácica de Eithne, llegando a su corazón. Este comenzó latir con más fuerza, desbocado.

Eithne volvió a inclinar la cabeza hacia atrás, incapaz de seguir aguantando la mirada de Rhys ni la visión de su rostro, ahora con una de aquellas sonrisas socarronas y traviesas tironeando de sus mejillas, haciendo aparecer aquel hoyuelo al lado de su boca que…

—Rhys… —gimió cuando sintió el calor de su boca sobre uno de sus pezones.

Sus dientes la rozaron y ella volvió gemir, hundiendo los dedos en su pelo negro y húmedo. Rhys dejó escapar un ronroneo aprobatorio que se extendió por todo el cuerpo de Eithne. Su reacción no se hizo esperar. Onduló las caderas contra el cuerpo de Rhys, dentro del agua. Quería que la bajase, solo un poco. Tal y cómo estaba colocada, con las piernas abiertas, rodeando su cintura, solo necesitaba que la hiciera descender levemente sobre su cuerpo y lo tendría dentro de ella. Pero Rhys tenía otros planes.

Alejó su boca de ella después de darle un mordisco suave sobre su pecho sensible y la hizo mirarlo, con una mano en su cuello.

—Te prometo una cosa, espinita —dijo con aspereza contra los labios de Eithne—. No voy a dejar que se te olvide ni por un instante lo preciosa y extraordinaria que eres, ni que esos defectos que parecen afectarte tanto, te hacen ser así. No voy a permitirlo, Eithne.

Antes de que ella pudiera replicar, su boca ya estaba cubierta por la de Rhys. La besó mientras la llevaba de nuevo a la orilla, sin soltarla. Eithne notó como el agua dejaba de cubrirle la espalda y las piernas, hasta solo rozarle las pantorrillas. Fue entonces cuando Rhys la soltó, depositándola sobre uno de los escalones naturales que llevaban hasta la laguna, cubierto de agua.

—Date la vuelta y arrodíllate —dijo con voz ronca.

Eithne no se demoró en hacer lo que le pedía. El suelo áspero y rugoso aguijoneó sus rodillas y las palmas de sus manos, pero no le importó. Escuchó el chapoteo del agua tras ella cuando Rhys hizo lo mismo. No tardó en sentir su cuerpo pegado al suyo, su pecho contra su espalda, sus muslos tras los de ella y su erección rozándola. Rhys le acarició la espalda, empujándola hacia delante con suavidad hasta que Eithne quedó apoyada sobre los antebrazos. Se mordió el labio inferior, su cuerpo temblando por la anticipación.

El agua tras ellos se estremeció con el gemido que escapó de su boca cuando por fin lo tuvo dentro de ella. Eithne cerró las manos hasta convertirlas en puños, deseando tener algo a lo que poder agarrarse. Sentía alivio al tenerlo por fin en su interior, pero sabía que no la había penetrado todo lo que podía.

La cueva entera se quedó en silencio, esperando a lo que vendría a continuación. Aquel lugar ya era conocedor de los gustos de los dos seres que habían comenzado a compartirse de una manera más íntima desde hacía unos meses, aparados por su quietud y su oscuridad.

Rhys le acarició los costados, apretando los pulgares contra sus costillas, produciéndole un cosquilleo electrizante bajo la piel. Eithne se movió debajo de él, buscando fricción, pero Rhys no le dio lo que quería. Le gustaba jugar, tomarse su tiempo con ella. Eithne todavía estaba aprendiendo a desenvolverse en ese campo, a disfrutar de retrasar el placer final que haría que su cuerpo y su mente se resquebrajasen en mil pedazos y la llevase muy lejos durante largo rato, oscilando en el limbo del mundo presente y el cielo.

Rhys comenzó a moverse por fin, a entrar y salir de ella sin prisa. Le apartó la melena a un lado para poder besarle el cuello, los hombros, entre los omóplatos. Eithne se estremecía cada vez que sus labios rozaban su marca de cazadora. Aquella mancha con forma de pluma, deshilachada en los bordes. La suya era diferente a la de las demás sealgair, o eso le habían dicho, porque nunca había podido vérsela. Estaba rota, con una cicatriz de color claro que ella no recordaba haberse hecho partiéndola por el medio, en dos mitades. La huella imperfecta que Morrigan había dejado en ella, igual de defectuosa. La primera vez que Rhys había puesto sus labios sobre ella, a Eithne le había resultado turbador en cierto modo. Un desafío descarado. Ahora, era de los lugares que más placer le daban. Y Rhys lo sabía.

Eithne dejó escapar un sonido de aprobación cuando sintió su lengua sobre aquel lugar prohibido. Un sonido que se intensificó cuando sus dedos comenzaron a moverse sobre otra zona que aunque no estaba prohibida, sí era peligrosa por las reacciones que despertaba en Eithne.

Reacciones que arrastraban a Rhys con ella al placer.

Eithne clavó las uñas en el suelo de piedra dura con más ahínco a medida que los movimientos de Rhys se hacían más fuertes. Su respiración se hizo más pesada sobre su piel caliente, contra la que salpicaban gotas de agua fría de la laguna en la que seguía parciamente metidos.

Eithne supo que el fin se acercaba no solo por lo abrumador que se había vuelto el placer que sentía sino porque Rhys había comenzado a murmurar en aquel idioma antiguo de los feéricos, vagamente similar al que hablaban los mortales del mundo de arriba, pero más melódico. Más sensual. No tenía ni idea de lo que le decía, y tampoco le importaba. Como también le daban igual que las sombras que la luz de la piedra mágica proyectaba en las paredes parecían estar observándolos.

A Eithne le habían importado demasiado muchas cosas a lo largo de los años. Ahora, solo quería pensar en sí misma. Y en Rhys. Ese fue el último pensamiento racional que tuvo antes de que él la empujase con sus embestidas al punto de no retorno y Eithne estuvo perdida.

Profirió un grito de liberación que rebotó contra las paredes y en su alma cuando el mundo a su alrededor se hizo mil pedazos y el alivio por fin llenó su cuerpo, todos sus sentidos. Apenas sintió el de Rhys dentro de ella pocos instantes después, pero sí fue consciente del peso de su cuerpo fuerte sobre su espalda y su respiración en su cuello.

—Recuerda lo que te dije, espinita —consiguió decir a duras penas con voz entrecortada—. Recuérdalo. Por favor.

Siempre, pensó ella incapaz de hablar. Por siempre.

Capítulo 13

El cielo llevaba largo rato teñido de negro y salpicado de estrellas cuando Eithne le preguntó a Rhys si le gustaría ir a dar un paseo con ella, a caballo. Deseaba salir a la noche, sentir el aire fresco sobre ella, despejándole la cabeza. Rhys se mostró sorprendido ante su oferta, pero no dudó en aceptarla.

Ròsan había comenzado a quedarse en el interior de la gruta mientras ellos estaban en ella. Se quedaba en la entrada, pastando tranquilamente los musgos y las hierbas que allí crecían, donde la luz del sol permitía su existencia. La yegua se había acostumbrado al fae y toleraba su presencia sin alterarse, dejando que la acariciase mientras comía alegremente una de las manzanas que Eithne llevaba siempre en la alforja. Cuando montaron sobre ella, Rhys detrás de Eithne, rodeándole la cintura con ambas manos, el animal trotó alegremente con ambos a su grupa.

Las tierras altas eran preciosas de día, los tonos verdes, marrones y grises luciéndose en todo su esplendor. Pero de noche, cuando todo se cubría con el manto de la oscuridad, aquel lugar era mágico. Y no solo por la presencia de seres inmortales venidos de otro mundo. El halo de misterio que rodeaba a las colinas, los claros y las agrupaciones de árboles fascinaba a Eithne, aunque ella apenas había estado un par de veces fuera de la muralla de serbal que protegía su poblado cuando el sol caía. La noche era el momento de mayor actividad de los feéricos. Nadie sabía con certeza a que se debía; puede que el cielo oscuro los incitase a ser más salvajes y cometer sus fechorías con más descaro. Puede que se tratase de la influencia de la luna y que tuviera en ellos un efecto similar al de las mareas.

Cabalgaron casi en silencio, atentos a lo que pudieran encontrarse acechando entre las ramas de los árboles o entre la maleza. Eithne no estaba demasiado preocupada por encontrarse a alguna de las suyas; las sealgair rara vez salían de noche, y no solían alejarse demasiado de sus poblados entonces. Eithne no conocía la existencia de ninguno en esa zona, situada considerablemente al norte de la montaña que separaba el mundo de arriba y el de abajo. Rhys nunca había llegado tampoco tan al norte, internándose tanto en las tierras altas. Cuanto más se alejaba de la brecha que unía el mundo mortal con Elter, algo dentro de él se removía y se debilitaba. Ahora, con los brazos alrededor de Eithne y la barbilla apoyada en su coronilla, sentía ese lazo molesto dentro de él urgiéndole a dar vuelta, a no separarse tanto de su mundo, tirando y apretando sus pulmones y su corazón con insistencia. Pero a Rhys no le importaba, o por lo menos no lo suficiente.

El calor del cuerpo de la cazadora contra el suyo aliviaba cualquier molestia que pudiera sentir. Incluso su poder, aquel atisbo de su herencia

inmortal, lo reconfortaban. Seguía provocando un hormigueo que se extendía por todo su cuerpo, pero ahora no le resultaba desagradable como antes. Lo instaba a moverse, a pasar a la acción… pero no aquella con la que había comenzado su relación.

Ahora, cada vez que ese cosquilleo aparecía, lo que deseaba, lo que necesitaba, era acercarse a ella todo lo que podía. Y eso implicaba desnudarla. En todos los sentidos.

Eithne había aprendido a dejarse hacer. Le había costaba, a veces vacilaba, pero por lo menos, lo intentaba. Le dejaba tocarla, acariciarla. Apenas notaba el filo punzante de sus espinas cuando se acercaba demasiado. Porque Eithne apenas las usaba contra él.

Para Rhys, todo eso merecía algún que otro desagradable tirón dentro de su pecho.

Se inclinó un poco hacia delante y aspiró el olor de Eithne, la nébeda y la manzana entremezcladas en su pelo, prendido ahora en su ropa, en sus dedos. Eithne echó la cabeza hacia atrás para mirarlo, con una sonrisa en los labios. Rhys vio las estrellas reflejadas en sus ojos.

—No está mal salir un poco de la gruta de vez en cuando, ¿no?

— ¿Qué tiene de malo la gruta?

—Nada. Le tengo cariño —dijo ella con picardía—. Pero esto también es agradable, ¿no crees? Dar una vuelta y ver un poco de mundo…

Juntos. Dar un paseo a caballo juntos, admirar lo que les rodeaba, aunque fuese bajo la luz plateada de la luna y la oscuridad de la noche tiñéndolo todo de sombras. Moviéndose entre ellas, tratando de ser invisibles. Las ramas de los árboles sobre sus cabezas los cubrían parcialmente de las estrellas, que parecían pequeños agujeros recortados en el manto oscuro del cielo, a través de los que cualquiera podría observarles.

— ¿Te apetece cambiar de aires, espinita?—dijo él, los labios pegados ahora a su cuello, respirando sobre él. Sus manos habían ascendido de su cintura hasta sus pechos.

Eithne se tensó bajo su contacto y estiró el brazo hacia atrás para atraer el rostro de Rhys hacia el de ella. Sus labios se juntaron y sus lenguas danzaron juntas. Eithne sospechaba que nunca podría tener suficiente de aquello, de cualquier cosa que Rhys pudiera y quisiera darle. La manera en la que su cuerpo reaccionaba a su contacto así se lo decía, moviéndose hacia él sin poder evitarlo, como una flor siguiendo el sol.

Ròsan se quedó quieta al ver que se revolvían encima de ella y soltó un relincho suave de protesta.

— ¿Quieres hacerlo aquí? —preguntó ella cuando reunió voluntad suficiente para separar sus labios de los de él.

Rhys iba a contestar, pero Eithne se tensó debajo de él, y giró la cabeza como un látigo hacia delante. Estaba alerta, sus ojos muy abiertos y sus pupilas dilatadas por la excitación, pero no solo la que Rhys le producía. Se movían frenéticamente de un lado para otro entre las sombras, buscando.

Empujó el cuerpo de Rhys hacia atrás, clavándole un codo en el abdomen y separándolo de ella lo suficiente como poder alargar el otro brazo hacia su espalda y coger el arco con velocidad y precisión. Luego, con los mismo movimientos rápidos y precisos, cogió una flecha.

Había detectado un feérico cerca. Entremezclado con el ya familiar poder de Rhys, había percibido otro por encima, más sutil y con un regusto más ácido. La oscuridad de la noche reducía el bosque a su alrededor a sombras que temblaban y parecían estar vivas. La visión de Eithne era buena, pero no tanto como la de un inmortal. Podía sentirlo, con aquel sabor cítrico en su paladar, pero no podía distinguirlo entre las sombras…

Los ojos feéricos de Rhys vieron al feérico antes que Eithne. Le susurró la posición en la que se encontraba y los ojos de la cazadora se deslizaron rápidos a donde él le indicaba.

Un pixie. Un maldito pixie se lo había quedado mirando, embobado, con la mandíbula caída y los ojos como platos, levitando en el aire al lado un sauce.

Rhys convocó su poder. Trató de darle forma y convertirlo en una lanza afilada, pero le costaba controlarlo y moldearlo. Eithne fue más rápida. El pixie, conmocionado por la visión que tenía ante sí, apenas reaccionó cuando la sealgair apuntó en su dirección y dejó escapar la flecha. Lo atravesó con un golpe sordo, clavándolo en el centro del abdomen. Su chillido de dolor cortó la quietud de la noche.

Eithne y Rhys desmontaron rápidamente. Cuando llegaron a su altura, la sealgair y el fae vieron que el pixie aun vivía. Sangraba por la boca y se agarraba la flecha que había traspasado su cuerpo hasta salir por su espalda, como una espina entre sus alas.

La criatura quiso decir algo, un barboteo húmedo salió de su boca, pero Rhys ya tenía una daga desenvainada en la mano. La cabeza del pixie se separó del resto de su cuerpo con un ligero crujido y el sonido de la carne

cortada.

Eithne se quedó mirando la carnicería ante ella con un ligero temblor de manos. Los ojos desorbitados y oscuros del pixie miraban sin ver las ramas largas y colgantes como cabellos. Por lo menos, no se habían quedado clavados en ella con una mezcla de sorpresa y repulsión.

—Lo siento— dijo Rhys pasándose la mano por el pelo—. Joder, ha sido culpa mía. Debería haberlo notado, los pixie son…

Eithne levantó la mano para cortarlo. No había sido culpa suya, por lo menos no todo. Ella también había fallado; para empezar, había sido idea suya lo de salir a dar una vuelta los dos juntos, por el bosque, de noche, aun sabiendo que era el peor momento para hacer algo así, pues era cuando más poblado de criaturas se encontraba. Tampoco había notado la presencia del pixie hasta tenerlo muy cerca. No, la culpa la tenían los dos.

—Lo hemos matado.

La sangre corría por las sus venas a toda velocidad, ensordecerá en sus oídos. Miró de reojo a Rhys, que se había quedado muy quieto, contemplado el cadáver mutilado del pixie. Puede que se debiera a la luz plateada de la luna, pero Eithne habría jurado que estaba más pálido de lo normal.

Habían matado juntos. Un fae y una sealgair habían matado juntos a un feérico, un ser con el que Rhys compartía mundo, hogar. Con el que tenía una unión más fuerte que con la cazadora. O por lo menos, así debería ser.

—Habría ido a Elter y habría contado que nos vio —replicó Eithne con voz sorprendentemente firme y pausada—. Podría haberte reconocido.

Lo vio tragó saliva en silencio. Eithne podía imaginarse que el padre de Rhys era conocido entre los feéricos. Estaba segura de que una figura como la suya, siendo el general de la legión más poderosa de Elter, sería popular, y por lo que Rhys le había contado, él y Gwilym se parecían mucho físicamente. El pixie podría haber sacado conclusiones.

Pensó en las consecuencias que las palabras del pixie podrían tener si se extendían por Elter. Puede que al principio no lo hubieran creído. Los pixie tenían dama de muchas cosas, ninguna de ellas buena. No eran mentirosos, pero si muy dados a exagerar los acontecimientos, más incluso que el resto de los feéricos. Pero con la fama de Rhys... Muchos no lo creerían, pero otros…

Eithne también pensó en sí misma. El pixie no iría a su campamento a delatarla, pero los rumores del mundo inmortal podían extenderse por el de arriba. Y Eithne, con su reputación, sería la primera en estar en el punto de mira. Nuala no tardía en imaginarse quién era la cazadora tan perturbada como para siquiera besar un fae.

—Deberíamos volver… —escuchó decir a Rhys en medio de la espiral de sus pensamientos.

—No —espetó ella con firmeza—. No, esto… —se mordió el labio y cabeceó—. Esto no va a arruinarnos la noche, ¿vale?

—Eithne, no creo que pueda levantar un escudo mágico que pueda protegernos a los tres, para intentar evitar miradas como…

—Bueno, pues si vuelven a vernos ya sabemos lo que tenemos que hacer, ¿no? No ha sido complicado.

Rhys se la quedó mirando, las palabras duras y frías flotando entre ellos. Eithne apartó la mirada al darse cuenta de cómo habían sonado. Lo gélidas, calculadoras y despiadadas que eran, pero ella era una sealgiar. Matar feéricos era su labor. Poco importaba el cómo o las motivaciones que hubiera detrás, aparte de librar al mundo mortal de una de aquellas criaturas. Nadie le había explicado nunca que Morrigan prefiriera que detrás de sus cacerías hubiera algo más que frío odio y aversión.

Los ojos azules de Rhys la contemplaban con cautela. No con miedo, ni siquiera con sorpresa, pero sí con… recelo, tal vez. No estaba segura de qué era lo que reflejaba aquel comienzo de cielo nocturno de color cobalto. Lo que sí sabía era que no soportaba verlo en Rhys.

De nuevo, sus espinas asomaban y herían a quién más cerca se encontraba de ella.

—Quiero estar contigo —comenzó a decir, dando un pauso vacilante hacia Rhys, que no se apartó—. Esto estaba siendo… perfecto —suspiró—. No quiero que nos lo arruinen, yo…

Eithne apartó la mirada. Escocía. Aquellas malditas espinas escocían. Rhys, aun con sus sentidos adormecidos después de tantos días en el mundo de arriba, podía sentirlo. Le hacía daño. Pero no por él, sino por Eithne, por su propio dolor.

Rhys dio un par de pasos hacia la cazadora, salvando la distancia que los

separaba.

—Yo tampoco quiero eso —le puso una mano bajo la barbilla y la obligó a mirarlo—. Pero no podemos ir matando a todo feérico que nos encontremos por el camino, Eithne.

La cazadora no fue consciente de la mirada que le dirigió al fae, pero sí percibió el cambio en su cuerpo y en su poder. Rhys se había quedado muy quieto, tenso y listo para lo que viniera acompañando aquella mirada de brillo salvaje y descarnado. No estaba acostumbrado a ver aquella fiereza cuando no había espadas entre ellos.

—No estoy diciendo que este tenga que ser nuestro último paseo —dijo acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Me estaba gustando, de verdad. Pero llevo mucho tiempo en el mundo mortal y no puedo mantener un escudo protegiéndonos ni estar completamente atento a todo lo que nos rodea. Ni siquiera pude modelar mi poder para matar al pixie. Otro día podemos volver a salir, de día, mejor, será más seguro —esbozó una sonrisa juguetona en sus labios antes de finalizar, con aquel hoyuelo travieso adornando su boca—. Sigo queriendo hacerte el amor fuera de esa gruta.

Eithne resopló y dejó que la atrajese hacia él y la envolviera entre sus brazos. Sus ojos se desplazaron hacia el cadáver maltratado del pixie y su boca formó una mueca de asco y disgusto. De todos los feéricos a los que se había enfrentado, aquellos seres alados, sardónicos y fastidiosos la irritaban especialmente.

El odio frío y animal que se había extendido por su cuerpo fue diluyéndose poco a poco con el calor que el cuerpo de Rhys le transmitía. Se aferró a él, escondiendo la cara en su pecho. Aspiró su olor, su poder, la tierra mojada y el metal de todos los inmortales, pero el de él acompañado de un toque más florar y del salitre del mar.

Días antes de que le hubiera enseñado el dibujo que su hermana había hecho de la costa de Llanrhidian, Rhys le había contado que en Elter vivía pegado al mar. Sabía que le gustaba despertarse con el murmullo del mar batido todos los días, antes incluso de que el sol despuntase. Eithne grababa en su memoria todas las cosas que él le contaba, pero ese detalle se había cincelado en el hueco que tenía para el fae en su interior. Quizás porque ella nunca había estado en presencia del mar abierto y porque la simple idea de una masa de agua que parecía infinita la fascinaba, o porque ese hecho explicaba el aroma de la piel de Rhys. Aroma que ella adoraba sentir a su alrededor. Aroma que empezaba a entremezclarse con el de la sangre.

Iba a protegerlo, se dijo antes de que se apartasen y volviesen a junto de la yegua. Iba a protegerlo a él y a lo que habían creado, ese vínculo que

había crecido entre ellos sin que ninguno de los dos se hubiese dado cuenta. No le importaba lo que tuviera que hacer, la sangre que tuviera que derramar, se dio cuenta cuando olió la sangre enredándose entre el salitre marino.

Capítulo 14

—Entonces, ¿llegan esta tarde?

—Eso es lo que dijo Nuala. ¿No estás emocionada?

—Por Morrigan, claro que sí. Hace tanto tiempo que no estoy con un hombre…

—Pero, no querrás ser madre ya, ¿no?

— ¿Qué? No, claro que no, pero darle una alegría diferente al cuerpo no está nada mal.

Eithne escuchaba la conversación que estaban manteniendo dos sealgair tres cuadras más allá de donde ella estaba cepillando a Ròsan, mientras esta comía alegremente una manzana.

Una partida de fiosaiche, hombres que como las sealgair eran descendientes de sidhe y humanos, iba a visitarlas y a quedarse con ellas unos días. Algunos venían a ver a sus hijas después de mucho tiempo, casi un año, si Eithne no recordaba mal. Otros, venían a entregar a las niñas, todavía bebés, que habían tenido con humanas en los pueblos en los que vivían. Otros tantos, viajaban hasta allí a probar suerte en dejar descendencia entre las sealgair, si alguna los aceptada en su cama. También se llevarían a los niños que habían nacido desde la última vez que habían estado en el campamento.

Los fiosaiche no tenían permitido vivir con sus congéneres femeninas. Eran un estorbo. No servían como luchadores y cuando notaban la presencia de un inmortal demasiado cerca, muchos tenían ataques de ansiedad o de locura. No eran capaces de controlar los escasos poderes que su sangre feérica les había concedido, no como las sealgair. Pero sí servían para aumentar el número de estas a las filas de la lucha contra los seres del mundo de abajo, y para eso casi siempre eran bienvenidos.

Eithne siempre procuraba estar de guardia cuando venían. No tenía nada en contra de ellos, simplemente no le generaban ningún tipo de interés. Ni siquiera ahora que Rhys le había mostrado lo que un hombre podía ofrecerle.

—Eh, Eithne, he oído que Ewan viene con ellos —le dijo una de ellas asomándose por encima de la pared de la cuadra.

La interpelada hizo una mueca con la boca. Ewan era un poco mayor que ella y se conocían desde niños. El joven siempre había sentido una fascinación por Eithne que ella no entendía, y esta no había desaparecido

incluso después de enterarse de su fallo durante su flùr le fuil. La última vez que había estado en su poblado la había hecho sentir particularmente incómoda. Por aquel entonces, Eithne compartía lecho ocasionalmente con Ayla, otra cazadora de su misma edad, y no pensaba que se sentiría atraída nunca por otra persona que no fuese de sexo femenino. Había intentado darle una oportunidad al fiosaiche en esa ocasión, pero no había sentido la suficiente confianza como para tener su primera vez con un hombre como él. Demasiado rudo, demasiado directo. La había hecho sentirse como un premio que ganar, un objeto. A Ewan no le había sentado especialmente bien su descarado rechazo, y se lo había hecho quedar bien claro.

— Ningún hombre va a querer ponerte la mano encima, Eithne, y mucho menos para tener hijos contigo después de lo que has hecho. Deberías sentirte afortunada de que yo esté dispuesto a hacerlo —le había dicho con una mirada cargada de desprecio y malicia.

— ¿Vas a dejar que el pobre se vaya otra vez sin haber probado tu feminidad? —preguntó una de sus compañeras con sorna, devolviéndola a la realidad.

Eithne resopló igual que lo hacia su yegua cuando la contrariaban

—Sí, esa es mi intención.

—Que cruel eres —replicó una de las guerreras con una sonrisa maliciosa—. El pobrecillo está desesperado por dejar descendencia entre las cazadoras. Es el único de los fiosaiche del Halcón Azul que aun no ha tenido hijos a su edad.

—Podría tenerlos con una humana —bufó Eithne acariciando el hocico de Ròsan, que secundó sus palabras con un relincho bajo.

—Oh, sabes cómo son los fiosaiche nobles —rio la guerrera—. Ninguno de los que pertenecen a uno de los tres clanes principales querría tener hijos con una humana cualquiera.

¿Pero sí con una sealgair como yo? se preguntó Eithne. O Ewan tenía algo personal con ella, o debía de estar muy desesperado.

Ewan no era poco agraciado, pero Eithne sospechaba que lo que a muchas les hacía dudar a la hora de compartir cama con él era lo que no se veía a simple vista. Lo que salía de su boca cada vez que la abría y la mirada de sus ojos azul grisáceo. A Eithne siempre le había recordado al animal que daba el nombre a su clan, inquisitiva y penetrante.

—Creo que para él es un reto lo de ser el primer hombre que se acuesta contigo —dijo la misma cazadora que había hablado por última vez,

poniendo los ojos en blanco con un gesto exagerado y cómico.

Eithne dejó escapar una carcajada sincera que apenas pudo contener.

Si Ewan descubría quién había sido el primer hombre que la tocaba en la había tocado en la intimidad, Eithne estaba más que segura de que se quitaría aquella obsesión por yacer con ella. De hecho, lo más probable es que ni siquiera volviera a ponerle los ojos encima. Aquellos nobles e inquietantes ojos de ave rapaz que parecían verlo todo…

—Bueno, pues va a tener que buscarse otra feminidad que estrenar, porque esta se niega a que ese pajarraco le ponga una de sus orgullosas plumas encima —replicó mirando a sus compañeros con una sonrisa traviesa que había copiando del feérico con el que compartía su cuerpo sin ningún tipo de obligación.

Las dos sealgair rieron, pero sus carcajadas se cortaron repentinamente. Eithne levantó la mirada y buscó con los ojos lo que había provocado aquel cambio brusco. La sangre se ralentizó en sus venas durante un instante cuando se encontró a Nuala en la puerta del establo. Llevaba sobre sus hombros un pesado manto blanco, largo hasta los pies, pero sin llegar a tocar el suelo. Desde donde se encontraba, Eithne solo podía ver un par de zarcillos espinosos de color negro en sus hombros, pero sabía que ese diseño se extendía por su espalda.

Nuala solo se ponía ese manto cuando tenían visita importante. Los fiosaiche no lo eran, pero otras Nighean Stiùiridh sí. Eithne no las había visto llegar, pero se imaginaba que las hijas líderes de los clanes principales pasarían allí la noche y se macharían por la mañana. Representantes de los clanes de la Bruma Roja, el Halcón Azul y también otras del Espino Negro, como Nuala. Estaban allí para evaluar la situación de los sidhe, suponía. No había pasado todavía ni un año y medio de su controvertida marcha a Cymru, pero eran feéricos, lo que significaba que en breves periodos de tiempo podían causar una gran destrucción, sobre todo una partida tan grande como la que se había ido a las tierras más al sur, donde no se había reportado nunca la presencia de inmortales.

Nuala había sido una de las muchas Nighean Stiùiridh que se había negado a dejarlos vivir, y mucho menos dejarlos marchar a un lugar tan alejado de la protección de las cazadoras. Había pagado su enfado con cualquiera que cometiese el más mínimo error en cualquier tarea durante las semanas siguientes, por poco importante que fuese. Eithne no había tenido la oportunidad de conocer a la sidhe que había comenzado aquella huía desesperada de las tierras de Elter, la chiquilla que le había devuelto la esperanza a su pueblo esclavo.

Una niña que se había atrevido a desafiar el destino que le habían encomendado los dioses siglos atrás por la derrota de sus antepasados en

la Gran Guerra Inmortal.

Awen. Eithne jamás olvidaría el nombre de alguien así.

Pero cuando la voz de su tía resonó en el interior del establo, dentro de Eithne, la joven cazadora casi olvidó como sostenerse en pie.

—Deberías de sentirte alagada de que un fiosaiche descendiente del clan del Halcón Azul se digne a mirarte, y más incluso que desee tocarte.

Sus palabras, frías, duras y afiladas como un pedernal, atravesaron el establo. Eithne sintió como el frío de comienzos del invierno le mordisqueaba las mejillas, rojas ahora ante las palabras de su tía.

Todos en el establo callaron; tanto los caballos como las dos jóvenes que estaban limpiando tres cuadras más allá de donde se encontraba Eithne. Demasiado curiosos para perderse ningún detalle y al mismo tiempo demasiado asustados como para emitir el más mínimo ruido que hiciese que la atención de la Nighean Stiùiridh se centrase en ellos.

—De hecho, creo que sería bueno para ti empezar a tener responsabilidades serias para con tu clan. Si no sirves para la caza y para eliminar los inmortales que corrompen este mundo —dijo despacio, su voz firme y peligrosamente tranquila—, quizás lo mejor sea que por lo menos, contribuyas dejando niñas para la causa.

Eithne se contuvo de morderse el labio. Muchas sealgair de su edad ya había sido madres como mínimo una vez. La esperanza de vida de las cazadoras no era grande. Muchas eran madres siendo muy jóvenes para poder dejar al menos un reemplazo que ocupase su lugar cuando ellas no estuviesen. Ella, con veintidós años, sí se había planteado la idea de ser madre, pero Eithne quería compartir aquello con alguien con quien sintiese cierto vínculo emocional; entre las sealgair, el padre no tenía ni parte ni arte, a no ser que el bebé fuese un varón. Eithne nunca había conocido al suyo, y ni siquiera estaba segura de que fuese el mismo que el de Gwynie. Nunca había aparecido ningún fiosaiche en la aldea que solicitase ver a las hijas de su madre.

Tampoco estaba segura de la aceptación que tendría en el clan una niña que llevase su sangre, aunque perteneciese al notable y respetado clan del Espino Negro.

La respuesta a ese último pensamiento le llegó de Nuala.

—El único problema es que esas niñas resulten ser tan… especiales como tú.

Especial. Ella era especial, sí, tal vez, pero lo que sabía con certeza era que Nuala era única buscando eufemismos con los que referirse a ella, a su deficiencia.

—Yo en tu lugar lo consideraría, Eithne. Ya no eres una niña. Gwyneth tampoco, ya no necesita que cuides de ella. Ha demostrado que se vale perfectamente sola y que es una sealgair capacitada para desempeñar su papel como tal.

La voz de Nuala era suave, lisa, como lo era la hoja de una daga e igual que esta, fría y cortante. Igual que esta, sabía donde clavarse, herir, cortar y hacer sangrar dentro de Eithne. La joven miró el lunar que su tía tenía al lado de su boca, gemelo al de Gwynie. Parecido al suyo. La tenue sonrisa que lo había movido hacia la derecha era condescendiente y cruel.

La Nighean Stiùiridh salió del establo después de aproximarse a una de las cuadras y coger a su yegua negra por las bridas. El aire gélido que dejó tras ella persistió largo rato. Caló dentro del cuerpo de Eithne, deseando encogerse sobre sí misma, hacerse un ovillo sobre la paja de la cuadra de Ròsan y acurrucarse a su lado para siempre. El animal cabeceó contra su pierna y le mordió el pantalón.

Eithne acarició su cálido cuerpo y siguió cepillándola con parsimonia, pero con un leve temblor en las manos. El establo continuó en silencio un buen rato; las chicas a tres cuadradas no cuchichearon nada entre ellas, por lo menos no lo suficientemente fuerte como para que Eithne las escuchase. Los caballos respiraban pausadamente y masticaban despacio. Las lágrimas que caían sobre la paja desde las mejillas de Eithne tampoco hicieron ruido.

Capítulo 15

El otoño acababa de dejar su primera nevada. Había sido ligera y antes de que el sol estuviese en todo lo alto, ya había terminado de derretirse. El suelo estaba enlodado y resbaladizo, con charcos de barro aquí y allá. Algunas plantas que no habían perdido sus hojas en otoño presentaban quemaduras por el frío de aquellos días. Rhys esperaba a Eithne sentado en la orilla del loch, dibujando arabescos con la punta de la boca en el suelo encharcada.

Llevaban quince días sin verse. Echando cuentas, Rhys se imaginaba que no se habría acercado hasta allí por su sangrado (las sealgair no abandonaban sus poblados cuando estaban en esos días, pues el olor de la sangre era un atrayente demasiado fuerte para cualquier ser que pudiese detectarlo). Llevaba en el mundo mortal tres días seguidos ya, y estaba empezando a pasarle factura; si ese día no venía, tendría que volverse a Elter y no sabría cuando podrían volver a coincidir. Las festividades de Samhain se acercaban, y no quería perdérselas. Además, el cumpleaños de su madre se acercaba y él quería estar con ella y su familia durante un par de días, así como darle el regalo que había preparado a medias con su hermana. Beinn Nibheis estaba a medio día de camino y cargado con las pieles que había reunido, le llevaría un poco más.

Un relincho lo sacó de sus ensoñaciones. Ròsan trotaba alegremente hacia él, con Eithne montaba encima.

—Empezaba a preocuparme que te hubiera pasado algo —le confesó después de saludar a la yegua con una caricia y de besar a la sealgair largamente.

—Hemos tenido visita de los fiosaiche —dijo con una mueca—. No he podido escabullirme. Nuala quería que… que me emparejase con alguno de ellos. No me he acostado con ninguno —se apresuró a aclarar.

—No tienes que darme explicaciones —dijo él pausadamente, con una ceja enarcada.

Nunca habían hablado sobre los términos de su… de lo que sea que hubiera entre ellos. Nunca se prometieron el uno a la otra ser la única persona con la que se acostasen. Rhys había tenido la oportunidad de hacerlo en Elter en varias ocasiones desde que había empezado a yacer con Eithne, pero las había dejado pasar. No porque sintiera que le debiera algo a Eithne, sino porque simplemente no lo deseaba. Su cuerpo había reaccionado al contacto de manera natural, pero nada más. Anhelaba sus encuentros con la cazadora y desearía poder tenerlos más a menudo, pero

no quería suplir esas necesidades íntimas con cualquiera. Solo con ella.

—Yo tampoco me he acostado con nadie más que contigo. No he deseado hacerlo.

Eithne se estrechó contra él con más fuerza, sin mirarlo. Rhys jugueteó con su trenza, respirando su olor. Su cuerpo tibio se sentía tenso contra el suyo, pero al mismo tiempo la postura hundida de sus hombros delataba su cansancio. Rhys no pudo evitar preguntar:

— ¿Ocurre algo?

En los meses que habían compartido juntos, Rhys estaba bastante seguro de que podía leerla como si de un mapa se tratase. Conocía sus reacciones cuando algo no iba bien, y las primeras señales que había aprendido a reconocer era cuando quería decir algo, pero no estaba segura de cómo hacerlo. El pequeño empujón que necesitaba para hablar era saber que él la escucharía, que estaba interesado en lo que fuera que la reconcomía.

Eithne respiró hondo contra él, llenándose los pulmones con aquel olor que tanto adoraba. Finalmente, murmuró:

—Yo… tuve un retraso. Sangré casi una semana más tarde de lo que me habría tocado.

Rhys se quedó callado. No movió ni un solo músculo, ni quiera para tensarse. Eithne se mordió el labio antes de decir en voz alta:

—Pensé que podría estar embarazada.

Rhys tardó unos instantes interminables en volver a sí mismo, perdido en todos los pensamientos frenéticos e imágenes casi surrealistas que pasan por su cabeza.

—Eso no es posible.

Su voz sonó más fría y analítica de lo que pretendía. Igual que un sanador ante un corte superficial sin importancia. Eithne lo soltó y resopló.

— ¿Cómo lo sabes? Que nunca se haya sabido de un fae y una sealgair que tuviesen descendencia no quiere decir que no pueda ocurrir.

—Tienes sangre sidhe en tus venas. No pueden tener hijos con los fae.

Rhys pudo notar el enfado bullir dentro de las venas de Eithne por el cambio que se produjo en el olor que desprendía, más fuerte y acre. El olor de la adrenalina. Podía imaginarse que sus dedos hormiguearían de la

misma manera que comenzaban a hacer los suyos al percibir su cambio de actitud. Pidiéndole que cogiera la daga que llevaba en el cinturón. Pidiéndole que pelease.

—Pero los humanos y los fae, sí, y yo tengo más sangre humana que sidhe.

Rhys se sorprendió con lo enojado que desprendía el tono de voz de la cazadora. Estaba contrariada. Como si… como si odiase aquella verdad expresada en voz alta. Como si la rechazase y se negase a creerla. Como si desease que fuese diferente.

Rhys abrió y cerró la boca un par de veces antes de preguntar por fin:

— ¿Cómo te sentiste cuando te diste cuenta de que habías sangrado?

Eithne apartó la mirada. Sus ojos se clavaron en las aguas tranquilas y enturbiadas del loch. La nieve sucia había llegado hasta el lago salino, manchando las zonas más cercanas a la orilla de un color pardo sucio. Era casi medio día y el cielo estaba encapotado, teñía el agua del loch de color gris oscuro. Los ojos de Eithne, casi siempre de un color verde intenso con manchas grisáceas, habían adquirido un color muy parecido al de esas aguas.

—Sinceramente —hizo una pausa para tomar aire, parpadeó unas cuantas veces y por fin, lo miró—, una parte de mí no quería que sangrase.

Rhys inhaló con fuerza. El pulso le palpitó en la garganta, en los oídos. Abrió y cerró los puños antes de pasarse la mano por el pelo y mirar él también loch.

— ¿Qué habrías hecho si te hubiese dicho que estaba embarazada? ¿Cómo te habrías sentido tú? —preguntó ella con un murmullo apenas audible.

Rhys se tomó un momento eterno para contestar. Primero tenía que aclarar sus ideas, y estas fluían demasiado rápido en su cabeza, creando un murmullo desagradable que, acompañado con el de su sangre en sus oídos, resultaba ensordecedor. La brisa dejó de correr, las hojas cesaron en sus murmullos sobre ellos. Todo a su alrededor parecía estar de repente en la más absoluta quietud, aguardando.

—Asustado. Muy asustado —confesó finalmente, su voz más grave que hacía unos instantes—. Joder, Eithne, un bebé… medio fae y medio sealgair… Joder. ¿Qué quieres que te diga? Me habría asustado —dijo, negando con la cabeza antes de volver a mirarla—. Pero no te abandonaría. No me iría y desaparecería y te dejaría sola con algo así

encima.

Eithne soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta y cerró los ojos. Ella también había estado asustada, aterrada, aguardando por su sangrado y esperando por la respuesta que él le diera, advirtió Rhys. Por lo menos en esta ocasión, el resultado final no le sentó como un puñetazo en el estómago. El alivio en sus bonitas facciones era patente.

—Si hubiera estado embarazada, habría querido quedármelo.

El tiempo volvió a detenerse a orillas de loch.

—Tienes que estar de broma —replicó Rhys con apenas un hilo de voz.

—No, no lo estoy —dijo Eithne. Su voz sonaba estrangulada por el nudo que se le había formado en la garganta—. Siempre he querido ser madre.

—Puedes ser madre. Con un humano o con un fiosaiche.

Eithne hizo una mueca de desagrado con la boca. Fue a replicarle, pero antes de que pudiera confesarse, Rhys volvió a hablar.

—Una sealgair no debería desear tener un hijo con un fae.

Eithne soltó una carcajada sardónica. Una carcajada muy similar a las que él dejaba salir cuando se reía queriéndose meter con ella, pero más amarga.

—Hay muchas cosas que una sealgair no debería desear o hacer.

Y aquí estoy yo, contigo, leyó en sus ojos. Allí estaba ella, después de todo. Anhelando algo que no debería. Una fruta prohibida, creía que le llamaban los humanos de la moderna religión a eso.

El interior de Rhys era un hervidero de emociones. Su cabeza daba vueltas, comenzaba a sentirse mareado. Las palabras de Eithne, todo lo que le había reconocido lo cogió totalmente por sorpresa. Sentía muchas cosas con todo lo que ella le estaba confesando, muy rápido, y no sabía… de todo ello, no sabía con qué quedarse, que era lo que predominaba.

Tomó aire profundamente, el sabor de aquel mundo mortal le llenó los pulmones de una manera pesada y desagradable. Cerró los ojos para intentar ordenarse, apretando el puente de su nariz. Cuando volvió a hablar, el murmullo todavía no había cesado, pero creía distinguir un mensaje predominante en todo aquel torrente que se desbordaba en su interior.

—Eithne, yo —se mordió el labio—. Lo siento. De verdad que sí, pero… pero no existe un mundo en el que esto funcione. En el que tú y yo podamos estar juntos, tener una familia. Eso… eso no es posible para un fae y una sealgair.

Las palabras lo quemaron en la lengua y en la garganta, según iban saliendo hacia fuera. Lo quemaron por dentro mientras las pensaba, sintiéndolas dolorosamente verdaderas. Cogió aire de nuevo antes de continuar.

—Pero que no exista no quiere decir que a mí no me gustaría que existiese.

Eithne levantó la vista para mirarlo, su rostro lleno de una luz brillante y sincera que le había visto en contadas ocasiones. El anhelo de sus ojos provocó que lo que acaba de decir se clavase con más fuerza en el pecho de Rhys.

— ¿Por qué no lo intentamos? ¿Por qué no intentamos crear tú y yo ese mundo, Rhys?

— ¿Estarías dispuesta a dejarlo todo? ¿Tu familia, tu comunidad, todo lo que conoces, por esto? ¿Por un fae?

Ella negó con la cabeza, una sonrisa triste curvando sus labios.

—Mi comunidad y mi familia me dieron la espalda a mí hace mucho tiempo.

Él tragó saliva y volvió a desviar la mirada hacia el loch. Aquel lugar los conocía, sabía lo que había entre ellos mejor incluso que la sealgair y el fae. Lo había visto todo de ellos a lo largo de los últimos meses, desde aquel segundo encuentro. Había presenciado las peleas y los golpes, las risas y los besos y las caricias. Había escuchado sus confesiones, las verbalizadas en voz alta y las que se habían quedado en su interior. Aquel paraje en el que los humanos creían que habitaba una criatura monstruosa solo era el hogar en el que había nacido una relación prohibida.

Ahora, era testigo de uno de sus momentos más complicados. El de aclarar las cosas y dejarse de medias verdades. El de tirar lo poco que quedaba de la barrera que separaba sus corazones. Solamente eran los cimientos, pero gracias a ellos el odio entre sealgair y feéricos había perdurado a lo largo de los siglos y los milenios. Era el momento de resistirse a destruir todo lo que habían creado juntos esos últimos meses, de impedir que la distancia se interpusiera entre ellos.

Rhys no quería que eso ocurriese. No después de todo lo que les había costado acercarse. No ahora que sentía que se ahogaría si la cazadora de los seres como él se daba la vuelta y nunca más volvía a verla.

Eithne, que también se había girado a mirar la masa de agua, preguntó en voz baja:

— ¿Tú lo harías?

Capítulo 16

Rhys siempre detestaba separarse de Eithne, pero en esta ocasión era diferente. Cruzar el portal para adentrarse en el mundo de abajo le resultó doloroso, incluso cuando su esencia salvaje revitalizó su cuerpo exhausto. Sin embargo, lo que más le dolía con diferencia era el pecho, sobre todo después de todo lo que le había confesado a Eithne, así como lo que ella le había dicho a él. Pero no era un dolor desagradable, sino todo lo contrario. Era el dolor de la liberación y del desahogo. El que precede al sentimiento abrumador y sin nombre cuando se es libre por fin.

El hecho de haberse criado entre los dannan hacía que fuera más proclive a expresar sus emociones, debido a la utilidad que tenían para moverse en el campo de batalla en sintonía con los demás guerreros. Sin embargo, él nunca había sido de los que lloraban. Ni siquiera recordaba la última vez que los ojos se le habían llenado de lágrimas. No porque le avergonzase, sino porque había pocas cosas que hicieran que su cuerpo estuviera dispuesto a malgastar agua de esa manera. Sin embargo, cuando se trataba de Eithne, nada era malgastado, ni siquiera el agua de sus lágrimas.

Adoraba a su madre, a su hermana y a su padre, pero si por él fuera habría acogido a la joven cazadora entre sus brazos y se habría quedado así largo rato. Días, si hacía falta. Por siempre.

Pero para ellos no habría un para siempre. Él era inmortal y tenía toda la vasta eternidad por delante. Ella no. Era una mujer mortal, una cazadora cuya esperanza de vida era todavía menor que la de los humanos a los que protegía con tanto celo. Muchas de su especie no llegaban a envejecer, ni siquiera a presentar canas grises en sus cabellos. Pero eso no era algo en lo que Rhys quisiera pensar ahora. No plantado delante de la puerta de casa de sus padres en Llanrhidian, que llevaban largas semanas sin verlo. Improvisarían, como habían estado haciendo hasta ese momento. Buscarían la manera de estar juntos.

Llamó a la puerta con los nudillos, pero fue la visión del rostro de su madre lo que lo sacó de la espiral que se había formando en su interior. La sonrisa de Maeve no era la más grande, ni tampoco la más brillante, pero sí la que transmitía una serenidad y una placidez infinitas.

Maeve estaba sola en la casa, a pesar de que pronto sería la hora de comer y el olorcillo del estofado y las castañas era patente aun con la puerta y las ventanas cerradas para que no entrase el frío. Rhys le preguntó por su hermana y por su padre mientras se sentaba en una de las sillas de la cocina, después de haberle dado un largo abrazo que casi lo

dejó sin aliento.

—Siguen dándole vueltas a todo ese embrollo con los sidhe —respondió su madre sentándose en la silla enfrentada a la suya—. La verdad, no sé qué pensar. No estoy segura de si deseo que aparezcan para que se sepa qué es lo que ha ocurrido con ellos y que todo el mundo pueda dormir tranquilo de una vez, o alegrarme de su desaparición.

—Esas son palabras muy atrevidas —replicó el joven, echando un vistazo anhelante a las castañas todavía calientes que reposaban sobre la encimera de la cocina.

—Lo sé —asintió Maeve siguiendo la mirada de su hijo—, pero siempre me dieron tanta pena… No entiendo por qué unos dioses desearían algo así para sus hijos.

—Los dioses son caprichosos. Igual que sus hijos —añadió Rhys bajando inconscientemente su tono de voz.

Maeve le dio la razón con una mirada discreta, pero significativa.

Para Rhys y para la mayoría de los feéricos, los dioses eran entes veleidosos que se aburrían con facilidad y que buscaban la excusa más trivial para pagar su apatía con sus hijos. Mientras tanto, todos los habitantes de Elter estaban seguros de que los observaban allá donde se encontrasen, buscando alguno de esos pretextos. Nadie quería llamar su atención más de lo debido o por razones desaconsejables. Por eso siempre susurraban cuando no se encontraban alabándolos con pompa. No era muy diferente a lo que los aristócratas de las villas palaciegas hacían con sus Hijos Predilectos, en realidad.

Bueno, al fin y al cabo, los fae eran hijos de sus padres.

— ¿Lele no ha venido? —preguntó Rhys mientras se levantaba y se acercaba a las castañas.

No pudo contenerse más. Llevaba sin probarlas desde el año pasado y eran de sus pequeños manjares favoritos. Su madre le echó una mirada reprobatoria, pero no dijo nada. Ya tenía edad más que suficiente para saber lo que le pasaría si se comía las castañas todavía calientes. A él no le importó; había estado muerto durante un tiempo considerable durante la Turas Mara, podía afrontar un malestar de estómago durante una tarde.

—Llegó hace no mucho y se fue a los acantilados —respondió Maeve—. Sabes lo mucho que los echa de menos cuando está en el palacio.

Rhys resopló.

—No es la única. Supongo que después me acercaré por allí y estaré un rato. Prometo no perderme cómo abres los regalos —añadió con una mirada traviesa.

Maeve negó con la cabeza.

—Tenéis una fascinación extraña con ese lugar. Vuestro padre, tu hermana y tú. Gwilym hacía lo mismo cuando tenía vuestra edad —dijo con una sonrisa soñadora que hizo que Rhys pusiera los ojos en blanco—; se escabullía a algún rincón en el que poder contemplar el mar durante horas para relajarse siempre que podía. No se lo digas a tu padre —añadió señalándolo de manera acusadora y lanzando una mirada significativa a las castañas—, pero he llegado a sentir celos de esa masa inmensa de agua salada.

Rhys no contestó al momento. Tenía la boca y la mente demasiado ocupadas saboreando las castañas. Cuando terminó de procesar las palabras de su madre, sintió una punzada dentro de su pecho.

—Es muy hermoso y no todo el mundo tiene el privilegio de verlo en persona al menos una vez en la vida.

Rhys tenía vista puesta en sus manos salpicadas de motas sedosas y marrones que se habían desprendido de las castañas, pero podía notar la mirada gris acero de su madre clavada en su espalda.

— ¿Conoces a alguien que no haya visto nunca el mar?

—Sí —contestó en el mismo tono con el que se había referido a los dioses momentos atrás.

No estaba seguro de si Padre, Madre, Dannu o quien quiera que estuviera echándoles un vistazo en ese momento lo había escuchado, pero Maeve sí. Como también sabía con certeza que podía colarse en las cabezas de sus hijos de la misma manera que Kendrick, aunque sin ningún desagradable pinchazo en la base del cráneo. Solo un tirón suave de palabras, sutiles y edulcoradas en su justa medida.

— ¿Hay alguna mujer en tu vida de la que quieras hablar, Rhys Morgan?

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba con mucha suavidad, apenas un tirón leve. Se mordió el labio inferior por dentro, un gesto que había empezado a copiar de Eithne. La joven cazadora era muy expresiva, pero sobre todo con su bonita boca.

Rhys se tomó unos instantes en contestar.

—Sí y no.

No quería mentirle a su madre, pero tampoco quería ahondar demasiado en la brecha que todavía estaba abierta en su interior. La fisura por la que habían supurado demasiados sentimientos y palabras de una manera muy repentina. Emociones que habían escocido como una herida con astillas de serbal de cazador. Ahora, necesitaba reposo y un bálsamo que no iba a encontrar en las tierras inmortales. Además, Eithne no era una mujer cualquiera. No la que su madre tenía en mente, al menos. Sin embargo, estaba seguro de que si algún día, por cualquier circunstancia, las dos llegaban a conocerse, cosa que Rhys daba por imposible, la fae y la sealgair congeniarían, igual que con su hermana. Lea estaría encantada de enseñarle los acantilados que la habían inspirado para dibujar el dibujo que Rhys le había enseñado.

Volvió a morderse el labio para cortar aquellos pensamientos. En un futuro, tal vez, pero de momento todavía muy lejano.

—De acuerdo —dijo Maeve cuando se dio cuenta de que no iba a sacarle nada más a su hijo—. Cuando te sientas preparado o lo necesites, ya hablarás de ella.

Rhys cogió otra castaña y comenzó a quitarle la piel dura y caliente. Necesitaba las manos ocupadas. Eso era lo que más le gustaba de las tareas de la caza; mover las manos y los dedos preparando las trampas y luego la labor de despellejar a las presas.

— ¿Estás muy enamorado?

Enamorado. Que palabra tan… romántica. Nunca había pensado en Eithne de esa manera. No de manera consciente, al menos.

La deseaba. Anhelaba su proximidad, el tacto de su cuerpo contra el de él, su aliento sobre la piel. Sus ojos velados por el placer. Sus uñas clavadas en su espalda mientras él la tocaba. Su nombre susurrado por los labios de la cazadora, con aquel acento típico de las tierras altas. Rhys adoraba el cuerpo de Eithne; siempre le había parecido tremendamente hermosa, incluso durante su primer encuentro, cuando ella había intentado matarlo con tanta insistencia.

Sin embargo, después de haberse acostado por primera vez con ella, Rhys se había dado cuenta de que adoraba el cuerpo de la cazadora porque era el recipiente en el que vivía. Adoraba el rosal que contenía su espinita. Se había percatado de esos sentimientos, sí, pero no se había atrevido a

darles demasiadas vueltas ni a ponerles nombre.

Ahora, su madre traía a la superficie aquellos sentimientos tan complicados y lo obligaba a encararlos en un momento especialmente… sensible después de todo lo que se habían dicho él y Eithne el último día que estuvieron juntos.

Rhys no dejó su tarea mientras contestaba.

—No estoy seguro de lo que siento, mamá —susurró.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Su madre era una presencia serena detrás de él. Destacaba contra la energía pulsante de su hijo, cuyas manos firmes comenzaban a presentar un pequeño temblor. La conversación que había tenido con Eithne junto al loch nublaba su visión. Las palabras de la cazadora resonaban dentro de su cabeza.

Eithne quería ser madre. Eso podía entenderlo. Lo sorprendía por lo joven que era, pero entendía que con la vida que llevaba, si quería dejar un recambio entre las sealgair, tenía que darse prisa.

Lo que no se había esperado ni por asomo era que desease compartir algo así con él. No solo por el hecho de que Rhys fuera un inmortal y ella una cazadora, sino por… por todo. Por él. Era consciente de que se había convertido en alguien importante para Eithne, pero no de esa manera.

Jamás se habría imaginado a dónde quería llegar con él. Rhys tampoco lo había sabido hasta que ella había expresado en voz alta lo que él sentía por dentro.

La voz de Maeve volvió a sacarlos de sus pensamientos.

—Cuando los Fforddludw amáis, lo hacéis de una manera muy intensa. Tu abuela decía que se debe a una maldición.

Los dedos de Rhys se quedaron quietos apenas una fracción de segundo.

—Papá dice que eso son tonterías —replicó sin mirar a su madre, conocedor de a qué se refería.

— ¿Y tú qué piensas?

A Rhys le temblaban las manos de una manera muy molesta que hacía que la carne del fruto se deshiciera en sus manos.

—No estoy seguro de que pueda opinar todavía.

—Ula decía que es una manera de sentir y de amar tan fuerte que acaba llevando a la muerte por esa persona especial, de una forma u otra —repuso Maeve, su voz suave y cálida impregnando cada palabra—. Todos los hombres Fforddludw están destinados a morir por amor, y las mujeres a causar la muerte de sus amados.

—Supersticiones —replicó Rhys sin mirarla—. Creencias estúpidas que se originaron para explicar un par de malas rachas amorosas en nuestra familia, nada más —se humedeció los labios y tragó saliva. Sentía la garganta repentinamente seca y rasposa—. Papá tiene más probabilidades de morir en una batalla que porque alguien quiera hacerte daño a ti; todo el mundo te adora —añadió con una sonrisa tirante que dejó asomar el hoyuelo que enmarcaba su boca—. Y nadie se atrevería jamás a levarle la mano a Kendrick siendo el Hijo Predilecto.

—Hay muchas maneras de morir por amor, Rhys.

Capítulo 17

Dieciséis días sin coincidir era demasiado. Rhys estaba empezando a preocuparse. Eithne no le había avisado de nada que la pudiera ausentar de sus encuentros durante tanto tiempo. Él no había estado en el mundo humano todos esos días, pero había acordado con ella dejar alguna señal de que hubiera estado en el loch. Y no había nada. Registró con cuidado los árboles en busca de alguna muesca hecha con sus dagas grabadas con dibujos de espinos negros, pero no había nada.

Rhys se removió inquieto, dándole un puntapié a la tierra húmeda. No era normal que ella faltase tanto. No después del último día, de lo que le había contado. Después de cómo se habían abierto el uno a la otra…

Se había levantado tremendamente temprano, con la noche cubriendo las tierras altas del mundo humano todavía. El cielo empezaba a tener una tonalidad más azulada que negra, y las estrellas comenzaban a retirarse. Los feéricos menores correteaban entre la maleza de una manera similar a como lo hacían en la tierra sin dueño de Elter, sigilosos solamente cuando les interesaba no ser vistos. Ninguno se interpuso en el camino del fae, pero él no pudo evitar detenerse en seco cada vez que percibía una presencia demasiado cerca. Desde que él y Eithne habían acabado con la vida del desafortunado pixie que los había descubierto en una situación comprometida, Rhys se sentía inquietantemente observado en aquel lugar.

Paseó por la orilla del loch como un animal salvaje recluido en una jaula. Conocía aquel lugar como la palma de su mano desde hacía años, pero desde hacía varios meses había comenzado a verlo con otros ojos. Sus aguas de color azulado grisáceo que variaban dependiendo de la claridad del día resultaron tener una tonalidad verdosa cerca de las orillas en la que nunca había reparado. El color de los ojos de Eithne.

Resopló y volvió a patear la tierra mojada. No era capaz de sacársela de la cabeza, daba igual lo que hiciera.

La quería a su lado. La necesitaba con él. Y Eithne no aparecía.

Rhys se preguntó en qué momento había comenzado a desarrollar aquellos sentimientos. No le molestaban, pero le hacían sentirse de una manera que pocas veces había experimentado, y no en situaciones precisamente agradables. La vulnerabilidad no era una sensación agradable. Excepto con Eithne. Con su espinita había aprendido muchas cosas, y una de ellas era a valorar esa sensación de fragilidad desde en nuevo ángulo. El de sentirse seguro y protegido. El de saber que la otra

parte no le haría daño. Por lo menos, no intencionadamente.

Rhys negó con la cabeza, recluyendo todo ese torbellino de pensamientos en un lugar muy recóndito dentro de su cabeza y de su pecho. Trató de entretenerse preparando una trampa para selkies. La hizo y la deshizo en varias ocasiones. Los movimientos se volvieron tan mecánicos que dejaron de surtir su efecto relajante.

Cuando el mediodía llegó, con el sol tratando de asomarse entre la capa espesa de nubes grises, tomó la decisión. Una alternativa que había estado rondando por su cabeza desde el día anterior. Se aseguró de que llevaba las armas que consideraba necesarias encima (la espada, una daga en el cinturón, el cuchillo con el que remataba a los selkies también ahí prendido, un puñal en cada bota y otro más pequeño escondido en la manga de su mano dominante) y se puso en camino al poblado en el que vivía Eithne. Nunca lo había visto en persona, pero ella le había explicado dónde se encontraba. Tendría que desandar el camino que había hecho ayer por la mañana cuando llegó de Elter, pues la aldea se encontraba más cerca del Beinn Nibheis que del loch donde quedaban.

Después de más de un día en aquel mundo, la carrera lo dejó extenuado. Trató de apaciguar su respiración pesada cuando sintió el hechizo protector que rodeaba la aldea. La escasa magia que poseían las sealgair tenía un regusto ligeramente diferente al poder de los feéricos, más afrutado y ácido, como una fruta demasiado verde todavía. Sin embargo, a Rhys le hormigueaba en el cuerpo de la misma manera que a ellas el de los inmortales.

Caminó entre los robles que rodeaban la fortificación con sigilo, y se detuvo cuando vislumbró el vallado de estacas de serbal.

Frunció el ceño, agachándose más entre la maleza. La muralla de más de dos metros de altura se veía translúcida, fantasmal, como una aparición en medio del claro del bosque. No debería haberla visto en absoluto; el hechizo colocado sobre el poblado debería haber prevenido de las miradas indiscretas, mortales e inmortales. Pero allí estaba, espectral, como emergiendo de una niebla repentina. Debía de haber pasado mucho tiempo desde que no renovaban el encantamiento, un hecho tremendamente extraño. Por lo que Eithne le había contado sobre su tía, a Rhys le sorprendió que Nuala permitiese que el fuerte quedase expuesto de esa manera. Y no estaba despoblado; no veía a ninguna sealgiar apostada vigilando por encima de las estacas, pero su olor se sentía con fuerza.

Rhys comenzó a avanzar alrededor de la construcción, oculto entre las sombras, con cuidado de emitir ruido alguno. Cualquier sonido se habría

sentido como un estallido en la insólita quietud del bosque.

El poblado era mucho más grande de lo que había pensado en un primer momento; allí deberían de vivir cerca de un centenar de cazadoras, con todo lo necesario para abastecerse durante un tiempo sin tener que acercarse a localidades humanas durante semanas, especialmente en invierno. Rhys encontró la primera entrada al poco de comenzar a andar, cerrada. Las sealgair nunca tenían una única entrada o salida en los poblados donde vivían, ni siquiera a la vista. Ahora mismo podría estar caminando sobre los túneles subterráneos que salían del interior de la fortificación y que llevaban a salidas secundarias escondidas en el bosque.

Rhys tuvo que andar un buen trecho hasta que encontró el siguiente portón. Y lo que vio delante de él, le heló la sangre. El mundo a su alrededor dejó de moverse, sus bordes se desdibujaron. Solo quedó la visión que enfocaban sus ojos.

Allí, atacada a una estaca de serbal de cazador, estaba Eithne.

Cuando fue capaz de exhalar el aire que había estado conteniendo en el pecho, el vaho que se formó delante de su rostro lo sacó de su embotamiento.

Rhys corrió hacia Eithne. Cruzó la distancia que los separaba en apenas una fracción de segundo y cayó de rodillas delante de ella con fuerza, pero apenas notó el impacto.

Eithne estaba atada al poste de serbal con las muñecas por encima de su cabeza, con cordel hecho con las fibras del mismo árbol y una cadena de eslabones de hierro entrelazada con este. Su cuerpo estaba destrozado; el vestido rajado que llevaba y que apenas la cubría dejaba a la vista moratones de diferentes coloraciones por todas partes. Las generosas curvas que adornaban su figura habían desaparecido; la sensual redondez de su abdomen dejaba ahora a la vista las costillas y los huesos de las caderas. Tenía los dedos de color azul oscuro, las yemas ennegrecidas y peladas, dejando al descubierto la carne de debajo.

Quemadas; estaban quemadas.

Un largo y profundo tajo le bajaba desde la oreja hasta la comisura de la boca, todavía abierto; había dejado un reguero de sangre que le llegaba hasta la clavícula. Su pelo, apelmazado por la suciedad y húmedo, se enmarañaba en torno a su rostro maltratado como un arbusto de espino. Los labios, sangrantes y cortados, estaban resecos.

Se encontraba arrodillada sobre la tierra, con las piernas llenas de manchas de barro y rojeces. Sus ojos estaban cerrados y tenía la cabeza

apoyada contra el brazo derecho. Apenas parpadeó cuando Rhys se derrumbó a su lado.

— ¡Eithne! —exclamó el fae tomándole el rostro con suavidad entre las manos— ¡Eithne, por favor, por favor, despierta! Eithne, soy yo, por favor, estoy aquí.

Comprobó el pulso de su cuello con cuidado de no tocar ninguna fibra vegetal. Le dio golpecitos suaves en la mejilla sin la herida, llamándola. La sealgair entreabrió los ojos. El verde y el gris entremezclados de sus irises brillaron, contrastando con las profundas manchas oscuras que los rodeaban.

—No puedes estar aquí.

Rhys apenas consiguió distinguir las palabras con su voz ronca. Le acarició la mejilla sana con ternura.

—Eso ya me lo han dicho antes —dijo con voz entrecortada, tratando de esbozar una sonrisa, pero sin éxito.

Echó un vistazo a las ataduras que le rodeaban las muñecas. Estaban muy incrustadas en la carne, formando surcos profundos rodeados de sangre ya seca y medio corrida por sus brazos. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, colgada de esa forma? Como si de una ofrenda macabra se tratase.

—Rhys, tienes que irte —la escuchó decir volviendo a cerrar los ojos.

—No me voy a ninguna parte sin ti.

Con la daga en una mano, comenzó a tantear las ligaduras. Soltó una maldición por lo bajo; el serbal estaba demasiado entrelazado con la cadena. No podía romperla con su poder sin antes quitar todas las fibras vegetales que rodeaban el metal. Y hacerlo sin tocarlo iba a llevarle tiempo. Tiempo que sospechaba que no tenían.

Empezó a introducir la punta de la daga entre los eslabones y cortó.

—Rhys, es una trampa. Es una maldita trampa para ti.

—Me da igual. No te voy a dejar aquí.

Contuvo un siseó cuando sus dedos tocaron el cordel. Otra vez. Y otra. Aquella mierda estaba endiabladamente enrevesada. La piel le escocía allí donde había tocado el cardo como si tuviese mil agujas clavadas. Respiró hondo, tratando de mantener la calma.

—No puedes soltarme.

Rhys meneó la cabeza. Ese comentario no lo ayudaba nada. Lo ignoró y siguió haciendo lo que podía, mirando a su alrededor constantemente. No había nadie más que ellos allí, por lo menos, no a simple vista. El hechizo que protegía el poblado le impedía ver si había cazadoras entre la bruma fantasmal que lo cubría solo a medias.

—Nos vieron la última vez que estuvimos juntos. En el loch.

Eithne se detuvo para toser con fuerza, el aire raspando su garganta como si estuviera revestido de púas de acero afiladas. Rhys apretó los labios con fuerza al escucharla. Un sentimiento ardiente y explosivo comenzaba quemarlo por dentro.

—Me siguieron y yo… no me di cuenta —prosiguió ella cuando se recuperó—. Cuando llegué al poblado ya estaban esperando, me agarraron y…—la voz la falló—. Fui tan estúpida. Lo siento tanto, Rhys…

Las manos de él comenzaron a temblar. Trató de serenarse, pero le fue imposible. La frustración, la rabia, le corrían ahora por las venas. Le nublaban la vista, haciéndole apretar dolorosamente la mandíbula, sin dejar de debatirse con esas malditas ligaduras.

—No se te ocurra volver a decir eso nunca más, ¿de acuerdo?—murmuró entre dientes—. Que eres estúpida. No te atrevas…

—Pero es verdad. No me di cuenta de que me seguían y ahora… ahora si no te marchas los dos vamos a acabar muertos.

Las palabras de Eithne se clavaron dentro de él como espinas oscuras y cargadas de ponzoña. La sangre comenzaba a correr por los dedos de Rhys, entumecidos de dolor, manchando la piel de Eithne allí donde la tocaba mientras trataba de liberarla.

—Rhys…—la resignación en la voz de ella lo laceró con más fuerza—. Rhys, basta.

Rhys lanzó un grito de frustración y clavó la daga en el serbal de cazador. Las astillas saltaron, rebotando contra sus manos, pero ninguna se le incrustó en la piel. Tampoco le hubiera importado demasiado que eso ocurriese.

Volvió a dejarse caer de rodillas y tomó el rostro de Eithne entre sus manos magulladas.

—Yo tampoco me di cuenta de que nos observaban —negó con la cabeza, apretando los labios—. Yo… estaba tan… tan absorto en ti. En lo…—tragó

saliva antes de continuar para deshacer el nudo de su garganta— en lo nuestro.

Rhys había estado completamente distraído mientras hablaban de aquella supuesta vida juntos. De ese futuro que en aquel momento había visto lejano, pero que ahora... Esos términos le sonaron tan remotos ahora. Tan frágiles. Se habían permitido soñar que aquello era posible, ese último día que pasaron juntos en el loch. A la intemperie, a la vista de todos. De todas las miradas inoportunas. Se habían consentido a creer que un inmortal hijo de Dannu, un fae, y una mortal hija de Morrigan, una cazadora, podían aspirar a tener un final feliz. Ahora, esas ilusiones se estaban quemando. Cenizas, a eso se reducía todo. Un montoncito de cenizas que acabaría desapareciendo sopladas por la brisa…

Rhys vio que Eithne desvía sus ojos llorosos por encima de su hombro, y él se giró, siguiendo su mirada.

Las vio emerger entre los árboles, con las espadas, las dagas, los arcos y ràsair sliasaid listas. Eithne nunca le había dado una descripción física detallada de Nuala, pero supo que la mujer vestida de negro con un traje similar a la piel de un reptil y que avanzaba delante de todas las demás era ella. No lo adivinó por su posición, sino por su mirada heladora y despiadada, y por la sonrisa que adornaba su rostro. No muy diferente a la que había visto en muchos guerreros feéricos antes de entrar en batalla. Gwynie estaba a su lado; la reconoció por su evidente parecido con Eithne y con la Nighean Stiùiridh.

—Vete. Por favor.

Rhys apretó los dientes con fuerza. Eran muchas más de las que se había esperado. Y él estaba solo. Armado hasta los dientes, pero totalmente solo. Su entrenamiento como danann era excelente, siempre había sido un gran guerrero aunque él hubiese renegado de ello. Pero aquello…

—No.

La negación salió con firmeza de su boca. Cuando volvió a mirar a Eithne, puedo reconocer en sus ojos el deseo de tener las manos libres aunque fuera solo para abofetearlo. Una mirada no muy distinta a las que le había lanzado las primeras veces que se habían encontrado. Un tiempo en el que todo era complicado, porque para ellos dos nada había sido nunca fácil, pero comparado con el ahora, era increíblemente sencillo.

—Rhys, no puedes vencerlas. Llevan días preparando esto. Por favor —dijo con un hilo de voz entrecortada— no mueras por mí.

Él se limitó a volver a levantar la vista hacia las manos de ella, testarudo. La desesperación de Eithne le golpeó los sentidos, pero él siguió

tanteando las ataduras de hierro y serbal.

—Nada de muerte, ¿te acuerdas? Nos lo prometimos. Que no habría muerte. No mueras por mí —repitió la cazadora.

— ¿Y me pides que te deje morir a ti?

Su voz grave sonó como un grito estrangulado en sus oídos. Cortó otro pedazo de cordel vegetal con la visión borrosa.

—No van a matarme —le dijo ella—. No van a matarme, solo me tienen de cebo para ti. Porque sabrían que vendrías.

El grupo de mujeres armadas seguía avanzando hacia ellos, Rhys podía percibirlo, pero lo hacía condenadamente despacio. Como si estuvieran recreándose en su momento de desesperación. Una manada de lobos cercando a su presa moribunda, sin ninguna posibilidad de escapar. Pero estas criaturas no se alimentaban de carne y tuétano, sino de miedo y desesperación. Igual que aquellas de las que descendían, las que habitaban en un mundo por debajo de este.

El serbal de cazadores volvió a quemarlo. Sus dedos se cerraron alrededor de una cuerda escondida entre los eslabones. Apartó las manos con un siseo de dolor; tenía una marca roja surcándole la palma de la mano. Las puntas de sus dedos estaban enrojecidas y con pequeñas ampollas.

Dolía. Escocía muchísimo. Pero no tanto como lo que sentía dentro de su pecho en ese momento. Subía desde el interior de sus costillas extendiéndose por su garganta, llegando a sus ojos. Nublándole la visión con agua salada como la de un loch.

Rhys parpadeó, deshaciéndose de las lágrimas antes de dejase caer de nuevo de rodillas. Tomó el rostro de Eithne, de su espinita, entre las manos, y clavó sus ojos en los de ella.

—Voy a volver, ¿de acuerdo? Volveré, traeré ayuda y te sacaré de aquí. Vamos a crear ese mundo para nosotros, en el que tú y yo vamos a poder estar juntos, para siempre, Eithne —habló atropelladamente, su voz temblando. Todo él temblaba como un carámbano, por dentro y por fuera—. Vamos a tener un futuro, vamos a estar juntos, espinita. Nos vamos a ir muy, muy lejos. Tú y yo. Te amo, Eithne.

Las palabras se desparramaron entre ellos. Rhys se sintió más ligero. Se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo queriendo decir esas palabras en voz alta. Decírselas a ella. Al mundo entero. Al suyo y al de Eithne. Que todo el mundo lo supiera. Que Morrigan y Dannu y Madre y Padre y quien

fuera que los observase y los escuchase estuviera al tanto.

La joven cazadora le dedicó la sonrisa más triste que él había visto jamás, entre un mar de agua salada y caliente y una cortinilla de hebras castañas que se erizaban como zarcillos espinosos.

—Yo también te amo, Rhys.

Se besaron. Fue el beso más doloroso que se dieron. No dolió porque los labios de Eithne estuviesen cuarteados. No dolió porque las manos de Rhys tocasen fibras de cardo. Fue doloroso para ella porque no pudo ensortijar los dedos entre su pelo negro azabache ni recrearse en su olor a salitre, y fue doloroso para él porque su boca no sabía a manzana.

Fue doloroso, porque supo a despedida.

—Voy a volver —susurró él contra sus labios cuando se separaron, después de lo que pareció un segundo. O una eternidad.

Guardó la daga al tiempo que se levantaba con un movimiento fluido. La espada silbó detrás de él cuando la desenvainó y se encaró a las sealgair. Sus ojos se clavaron Nuala. La mujer tenía la boca contraída en una mueca que al mismo tiempo reflejaba asco y diversión, recreándose en un espectáculo macabro, pero llamativo. El lunar al lado de su boca se encontraba más arriba de su posición habitual.

Rhys memorizó aquel rostro. Le hubiera gustado tener tiempo de quedarse con las caras de todas aquellas cazadoras que habían martirizado a Eithne durante años. Las mismas que la habían dejado en el estado en el que ahora se encontraba. Quería matarlas a todas. Una por una. Con Eithne a su lado. Con Eithne ayudándolo.

Su corazón comenzó a palpitar con más fuerza todavía. Su sangre tarareó una canción antigua y salvaje en sus oídos. El fuego de sus venas rugía, sus sentidos estaban llenos con el olor de las sealgair, idéntico y al mismo tiempo diferente de aquella a la que amaba. Por primera vez en su vida, quiso matar por el mero placer de hacerlo.

La Nighean Stiùiridh del clan abrió la boca para hablar, pero Rhys no le permitió llegar a decir nada. Se abalanzó sobre ella con la espada en alto. Su filo chocó contra el de otro arma con un restallido metálico. Gwynie había interpuesto su ràsair sliasaid.

Rhys escuchó a Eithne soltar una exclamación detrás de él, a medio camino entre la sorpresa y el miedo. Le dio un empujón al arma de la recientemente iniciada cazadora. Esta trastabilló hacia atrás, a punto de caer al suelo. Volvió a intentar asestarle un golpe a Nuala. Su espada impactó contra carne, pero no fue la de la hija líder de Morrigan, sino otra

sealgair. Estaban por todas partes a su alrededor.

Rhys se movió entre ellas, a través de ellas. Llevaba mucho tiempo sin entrar en combate de verdad, de aquella manera descarnada y salvaje. Y a pesar de la situación, algo muy primitivo dentro de él lo disfrutó. No le importaron los cortes que consiguieron hacerle, la flecha que se le clavó en un hombro. Pero su cuerpo se resentía de haber pasado ya más de un día en el mundo de arriba y lucha. No podía acabar con todas ellas y sacar de allí a Eithne. Solo no.

Sin saber muy bien cómo, consiguió deshacerse de las sealgair e internarse en el bosque. Corrió. Corrió alejándose de aquel lugar. Corrió dejando atrás a Eithne. Algo dentro de él se rompía con cada zancada agónica que daba. El hombro le ardía y los cortes que le habían hecho escocían. Pero nada se comparaba con lo que sentía en su pecho. No se dio cuenta de que estaba llorando y que iba dejando salpicaduras de agua salada allí por donde pasaba, de camino a Beinn Nibheis.

Capítulo 18

Eithne contempló toda la reyerta con el corazón encogido. Apenas respiró mirando a Rhys luchar contra las sealgiar. En otras circunstancias, habría admirado embobada cómo se movía, cómo se deslizaba entre los cuerpos de las cazadoras. Cortando y esquivando. Un baile, macabro y antiguo. Pero en aquel momento el único pensamiento que llenaba su mente iba dirigido a los cielos, a la diosa que estaba segura que observaba todo aquello con morbosa curiosidad.

Por favor, por favor, por favor suplicó una y otra vez con el corazón en un puño.

No sabía si la diosa que había acogido a las cazadoras de feéricos bajo su protección todavía la escuchaba. Ni siquiera sabía si lo había hecho en algún momento. A veces, había dudado de su existencia. Pero en ese momento, maniatada y con el cuerpo destrozado, una mera espectadora de la contienda eterna entre arriba y abajo, no le queda más que eso. Rezar. Implorar con una fuerza que nunca antes había empleado. Una última petición. Después, dejaría que hiciera con ella lo que quisiese.

La presión dentro del pecho de Eithne se alivió cuando lo vio desaparecer entre los árboles. Algunas sealgair corrieron dentrás de él, pero ella sabía que no lo alcanzarían si Rhys no quería. Pidió un último deseo a Morrigan; que a él no se le ocurriese mirar atrás.

Nuala caminaba ahora hacia ella. Una ràsair sliasaid con un grabado de espinas en la hoja colgaba de su mano. Eithne levantó la cabeza para mirarla con toda la dignidad que su postura y su cansancio le permitían. La marca de nacimiento en forma de pluma, la señal de haber sido bendecida bajo el ala de Morrigan, le escocía. Lo primero que le habían hecho cuando le quitaron la ropa, fue colocarle un hierro candente entre los omóplatos y quemársela.

Había sabido que algo iba mal en el momento en que cruzó el portón de entrada del poblado. Estaban todas reunidas, esperándola. El sol ya había caído y las antorchas iluminaban el interior de la fortificación. Le quitaron las bridas de la mano y le propinaron un golpe en la cara que la tiró al suelo de bruces.

Después, vino su juicio y su sentencia. Un juicio en el que no se le permitió hablar y una sentencia a la que nadie recurrió.

Ewan, el fiosaiche que había estado intentando llevársela a la cama durante años, declaró en voz alta, delante de todas las mujeres que habían compartido vida con Eithne, lo que había visto entre la sealgair y el fae en el loch. Cómo él la había desnudado, cómo la había besado y

tocado. Eithne había revivido el momento mientras el fiosaiche lo relataba con burdas palabras teñidas de profunda aversión. Los dedos de Rhys sobre ella, entre sus pechos, justo encima de su corazón, sintiéndolo latir contra su mano. Ella había estado encima de él, moviéndose despacio, saboreándolo. Se había estremecido notando como sus dedos ascendían y se cerraban con cuidado alrededor de su cuello desnudo. Sus palabras, pronunciadas antes y durante aquel acto íntimo, le habían llenado los ojos le lágrimas. Le había dicho que la amaba, pero no con las mismas palabras que había empleado antes de que se alzara para enfrentarse a las sealgair.

Sus compañeras la quemaron donde Ewan había visto que la tocaba. En todos los sitios. Le habían escupido. Golpeado. Humillado. La habían despojado de lo que la marcaba como una más de ellas; su marca en forma de pluma de cuervo, sus ropas de cazadora hechas de cuero negro y sus armas adornadas con el escudo del Espino Negro. Pero la violencia física sobre su cuerpo y las palabras que le habían dedicado, rezumando odio en cada sílaba, no fueron lo que más la hizo llorar y gritar.

Habían degollado a Ròsan delante de ella, dejando que viera como la yegua se desangraba entre estertores y espasmos violentos. Ewan había visto como Rhys alargaba la mano hacia el animal y como ella había permitido que la tocase. Un animal así no era digno de confianza y no merecía el perdón. Exactamente igual que su amazona

—Me ha sorprendido, la verdad.

Nuala se había agazapado delante de ella como un felino. Lista para saltar y matar. Una sonrisa tironeaba de sus labios, pero no había felicidad en ella. Sí había, sin embargo, diversión, lúgubre y fiera. Extendió la mano libre hacia la cara de Eithne.

—He de reconocer que ya no esperaba que apareciese. Pero mucho menos me esperaba el espectáculo que habéis dado, mi niña. Parecía que le importabas, incluso. Arriesgarse a venir aquí, luchar contra todas nosotras… Por ti —Nuala negó con la cabeza, clavando las uñas en la barbilla de Eithne—. Me pregunto qué fue lo que vio en ti. Bueno, tampoco es que ahora importe —dijo con un encogimiento de hombros—. Volverá, estoy casi segura. Pero tú ya no estarás aquí para verlo. Ya habéis tenido vuestra despedida. Deberías darme las gracias, podría haberme limitado a matarte la primera noche y dejar tu cadáver ahí colgado para que se lo comiesen las alimañas.

Eithne casi lo hubiera preferido de esa manera. Que la última imagen que Rhys tuviese de ella no fuera en esas condiciones. Ella habría deseado que su último recuerdo junto a él fuese con sus labios estirados formando una sonrisa, cualquiera de las innumerables muecas cariñosas y traviesas que había conocido en los últimos meses, su risa en sus oídos y sus ojos del

color del mar al comienzo de la noche felices y relajados, surcados de pequeñas arrugas de alegría en sus contornos. No su rostro con una mueca de dolor y rabia, sus ojos llenos de sufrimiento, apagados y húmedos por las lágrimas incipientes.

Sus palabras… Las conocía aun sin haberlas escuchado. Las había sentido antes de que las pronunciase ese día y aquella tarde en el loch.

La amaba. Lo amaba. Se amaban. Por siempre.

Porque Eithne no conocería a nadie más que la hiciese sentir de aquella manera. No tendría la oportunidad. Y si se la hubiesen dado, tampoco la habría querido.

Nuala continuó hablando.

— ¿Tienes idea de lo que has hecho? A nuestro clan, a nuestra comunidad. Has escupido en el nombre de Morirgan. En su cara —dijo apretando los dientes con tanta fuerza que rechinaron junto con sus palabras. En su rostro ya no había diversión; solo fría cólera y odio ciego que daba un brillo salvaje a sus ojos castaños—. Vas a arder, Eithne; arderás en lo poco que te queda en esta vida y en la siguiente por lo que has hecho.

Las últimas palabras no intimidaron a la joven. Hacía mucho tiempo que tenía asumido que no habría paraíso al lado de la diosa madre para ella. También podía imaginarse como terminaría todo para ella en este mundo.

Cenizas. No iban a quedar más que sus cenizas revueltas con las de la madera de serbal de cazador de la pira que llevaba preparada más de una semana. Su cuerpo no se consumiría junto con las zarzas que le habrían correspondido por familia.

No, Eithne ardería como una feérica después de ser cazada.

Nuala se levantó y dio unas cuantas órdenes a las sealgair de su alrededor. A Eithne no le importaron sus miradas y muecas de ferviente desprecio, de odio, de asco. De traición. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había encogido ante esas miradas. No iba a permitir que eso cambiase ahora.

Solo hubo un par de ojos consiguieron hacerla flaquear. Gwynie. Su hermana se había quedado a varios pasos de ella, mirándola con la ràsair sliasaid ya cerrada. No le había dirigido la palabra en ningún momento de aquellos dieciséis días. Ni una sola vez. No la había insultado, ni escupido, ni quemado. Había estado presente en todo momento, viendo como torturaban a Eithne, las cosas que le hacían, y no había dicho nada. Sus ojos, casi idénticos a los de Eithne pero con trazos marrones en lugar de

grises, la habían mirado con un centenar de emociones diferentes corriendo por ellos, demasiado rápido para que su hermana adivinase qué sentía. Qué pensaba de ella.

Gwynie, o Gwyneth como había pedido que la llamasen desde que había cumplido con su florecer de sangre, se veía tan mayor con el traje de combate de las sealgair… Tenía catorce años, pero después de todo lo que había presenciado y vivido ya no era ninguna niña. Sus ojos ahora estaban brillantes, mojados, pero… Eithne no sabía por qué. No había nada en ellos que le diese una pista de lo que estaba pasando por la cabeza de su hermana pequeña en ese momento.

Eithne abrió la boca para decirle algo, pero Gwynie (para Eithne, nunca sería Gwyneth) apartó la mirada para atar el arma a su muslo y luego, pasó por su lado. Sin cruzar sus ojos con los de su hermana mayor una última vez. Sin dedicarle ni una sola palabra.

La joven maniatada y con el cuerpo destrozado después de días de tortura, echó la cabeza hacia atrás y dejó que lágrimas ardientes bajasen por sus mejillas y limpiasen la mugre de su cara. No se arrepentía de nada de lo que había hecho. No renegó ni renegaría de lo que había sentido por Rhys ni siquiera si su alma llegaba a encontrarse ante su diosa, concediéndole una última oportunidad de alcanzar el perdón. Nunca se arrepentiría de haber amado y ni se lamentaría de haberse sentido amada. Lo único que hubiera cambiado, sería lo que había ocurrido al final con su hermana.

Eithne no opuso resistencia cuando la arrastraron de espaldas al interior del poblado.

Capítulo 19

Rhys se precipitó dentro de la brecha que unía los dos mundos y corrió todo lo que su cuerpo inmortal le permitía. Llanrhidian quedaba al norte de la Casa de la Sombra y la Niebla, la más grande de todas las de Elter. Para llegar a ella, primero tenía que atravesar la mitad de la Tierra de Nadie, plagada de feéricos salvajes que se veían atraídos por las emociones intensas como las que desbordaban su cuerpo en ese momento.

Puede que esos sentimientos fuesen tan abrumadores y descarnados que resultasen intimidantes para las hadas de aquellas tierras, porque ninguna se acercó a él.

A Rhys se sentía arder por dentro. Su cuerpo quemaba con cada paso que daba, alejándolo más y más de Eithne. Ardía con tanta fuerza que casi podía oler el humo saliendo de su interior. Nunca se hubiera imaginado que un feérico pudiera desprender una esencia que le recordaba a la de una hoguera de serbal de cazador.

Solo prestó la atención necesaria al camino para no perderse y atajar por los lugares adecuados para llegar antes a su destino. Los campos de entrenamiento de los danann, una amplia extensión de tierra donde los guerreros se entrenaban en diferentes círculos de acuerdo con sus habilidades y su nivel. Sabía que su padre estaría allí ese día, supervisando a los más jóvenes guerreros que pronto se enfrentarían a la Turas Mara y pasarían a ser inmortales por completo, pero no se esperaba quien estaría con él. Lea y Kendrick, uno a cada lado del general dannan.

Sus pies tropezaron al frenar, pero consiguió mantener el equilibrio. El sonido del acero desenvainándose llenó el lugar. Un pulso de poder oscuro proveniente de Kendrick lo golpeó, haciendo que se volviera a tambalear. Había irrumpido en el lugar con tanta rapidez que los presentes apenas habían notado que se acercaba.

Su padre había sacado la espada y lo miraba con el ceño fruncido y los ojos muy abiertos, mezcla de la estupefacción y fría determinación de guerrero. Bajó el arma cuando reconoció a su hijo.

— ¡Joder, Morgan! He estado a punto de ensartarte, ¿qué narices…?

El sonido de su segundo nombre le golpeó de lleno en el pecho. De la nada, recordó que no le había dicho nunca a Eithne su segundo nombre. Con lo que sabía que ella adoraba el mar y todo lo relativo a él… pero no había tiempo para eso.

—Tenéis que ayudarme.

Su voz sonó estrangulada, trémula, apenas comprensible.

—Por Dannu, ¿qué te ha ocurrido?—preguntó su hermana mirando de arriba abajo su cuerpo cubierto de cortes, deteniéndose en la gran mancha de sangre que se había formando en su hombro derecho y que empezaba a dejar de crecer.

Pero su hermana no se refería solo a las heridas visibles que llenaban el lugar con un penetrante olor a sangre, sino también a aquellas que su piel no reflejaba, pero que sus emociones destapaban.

—Ella, Eithne —dijo atropelladamente moviéndose hacia su padre—. La van a matar. Por favor, tenéis que ayudarme.

— ¿Por qué hueles a sealgair? —preguntó Kendrick con su característico tono de voz, firme y pausado. Siempre, en cualquier situación. A Rhys había llegado a resultarle desquiciante, pero en ese momento poco importaba.

Se estremeció cuando su mirada se posó en la del Hijo Predilecto. Sus ojos oscuros, negros como un abismo infinito, se clavaban en él con intensidad. Tomó aire, llenando sus doloridos pulmones, esperando a sentir un pinchazo dentro de su cabeza.

Pero ese dolor lacerante no llegó y todo el mundo seguía mirándolo, expectante. Tragó saliva e inspiró una vez más antes de comenzar a hablar.

Rhys lo contó todo. Todo lo imprescindible, al menos. Les relató brevemente que meses atrás había conocido a una sealgair de la que se había enamorado y que ella ahora estaba en peligro, que sus compañeras iban a matarla por haber descubierto la relación que mantenían. Su plan era llevar con él a un par de guerreros dannan con los que seguía teniendo buena relación a pesar de lo que había hecho años atrás.

Las palabras murieron en su boca cuando sus ojos se fijaron de verdad en los rostros espantados de su familia. En los hilillos de emoción que emanaban de sus cuerpos y llegaban hasta Rhys. Sentimientos no muy diferentes a los que acababa de dejar atrás, en el campamento de las sealgair.

—Por favor, van a matarla —dijo más despacio—. Sé lo que estáis pensando. Sé que debo de pareceros el ser más asqueroso que Madre ha creado, pero yo… yo la amo —manifestó sin bajar la voz, sin buscar que aquella sentencia llegase al menor número de presentes posibles—. Ayudadme a sacarla de allí y desapareceré. Lo prometo, nunca más

tendréis que volver a verme, ni saber de mí —se giró hacia Kendrick. Su rostro se había quedado petrificado en con una expresión amarga, como si hubiera olfateado algo especialmente asqueroso. De todos los presentes, era el que menos dejaba translucir—. Destiérrame de la Casa si es lo que quieres, pero, por favor…

—Cállate. Joder, Rhys, cállate. No te atrevas a decir ninguna de esas… —gruñó su padre todavía con la espada en la mano.

— ¡Pero es cierto! —gritó Rhys, la desesperación corriendo por su cuerpo, supurando.

—Nadie va a ayudarte.

Rhys se giró ahora hacia Kendrick, quien había pronunciado esas últimas palabras. Despacio, muy despacio. Con voz clara y firme, grave. Un tono que no admitía réplica. Se lo dijo a Rhys, a su padre y a su hermana. El tono de Hijo Predilecto que Rhys le había oído utilizar contra aquellos que lo contrariaban y que iban en contra de lo que él ordenaba y deseaba rezumaba por cada letra que pronunciaba.

—Nadie va a ir contigo a rescatar a una sealgair. Tú… —una arruga apareció entre sus cejas y sus labios se volvieron más finos al apretarlos— das asco. Tuviste las narices de darle la espalda a tu gente ya una vez. Tu padre te lo perdonó, pero si hubieras sido mi hijo… No. No, Rhys…

—Kendrick… —escuchó Rhys decir a su hermana.

Lea miraba a su marido con una estupefacción y un dolor que no escondía. Sus ojos azules estaban muy abiertos, estudiando el rostro pétreo de Kendrick. Él no le dedicó ni una mirada.

El Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla abrió la boca de nuevo para hablar, pero Rhys no le dejó hacerlo.

—Te pido que mires para otro lado una última vez —dijo dando un paso hacia él.

Era la primera vez desde que lo conocía, desde que su hermana se había casado con él, que Rhys se atrevía a cortarle la palabra al señor de su Casa. Poca gente, por no decir nadie, tenía el valor de hacer eso. Rhys vio los ojos negros de Kendrick convertirse en dos pozos negros infinitos. Pero a Rhys le dio igual; en ese momento, solo había una cosa que importaba.

—Deja que vengan conmigo un par de dannan, nada más. La sacaremos de su poblado y después desapareceré. Destiérrame de la corte, de Elter,

si lo prefieres…

— ¿De verdad eres tan ingenuo que crees que alguien va a querer ir contigo a rescatar a tu cazadora?

Rhys se echó hacia atrás como si lo hubieran abofeteado. Durante su largo trayecto hasta allí se había planteado aquella posibilidad, por supuesto, pero tenía que haber alguien… El breve vistazo que echó por encima del hombro del Hijo Predilecto le dio la respuesta. Y Rhys sintió que lo poco quedaba de su corazón sin hacerse añicos terminaba de quebrarse.

—No, no voy a desterrarte —el tono de Kendrick se alzó solo una octava. Caminó hacia Rhys con parsimonia, la espalda recta y los hombros cuadrados—. Ni voy a ayudarte. Nadie va a hacerlo. Vienes aquí, delante de mí, de ms súbditos, a humillarme de esta manera siendo familia mía —le aguantó la mirada al joven dannan largo rato, esperando a que la bajase con subordinación. Pero Rhys no lo hizo—. No, no habrá destierro para que puedas ir a unirte con tu cazadora —giró la cabeza hacia su general de la legión danann—. Haz llamar a Gwyn ap Nudd.

El silencio cayó con pesadez en la estancia. La sangre dentro de las venas de Rhys se detuvo. De pronto, sintió mucho frío, y solo eso. El dolor del hombro y de todos los cortes que abrían su cuerpo dejó de existir, y el mundo, por unos instantes, se volvió tan negro como las noches sin luna ni estrellas de los ojos de Knedrick.

La primera en cortar el silencio fue Aileana.

—Kendrick, por favor —susurró con un leve temblor en su voz.

Los ojos de la hermana de Rhys, idénticos a los de él y a los de su padre, empezaron a brillar, húmedos. El azul oscuro de la noche naciente.

—Haz llamar a Gwyn ap Nudd, Gwilym.

Gwilym no llevaba la contraria a su Hijo Predilecto. Nunca lo había hecho. Había estado a su servicio desde el principio, y al de su padre antes que él. Sabía cómo hablar con él, como hacerlo entrar en razón y cambiar de planes con sutileza, siempre mirando por el por el bien de la Casa. Era para lo que servía, era su deber. Pero la sangre en las venas de los dannan corría espesa y con fuerza. Y Kendrick, su Hijo Predilecto, su máximo superior, le estaba pidiendo…

El general abrió la boca para hablar, pero su hijo pequeño se anticipó.

—Kendrick…

—Acabas de arrastrar mi nombre y el de los Fforddludw por la mierda, Rhys, así que abstente de volver a pronunciarlo —ahora estaba justo delante de él, los ojos del gobernante muy ligeramente levantados hacia el dannan, que apenas era más alto—. ¿Cómo se supone que voy a pasar eso por alto? ¿En qué momento pensaste que permitiría que te fueses a corretear felizmente con una sealgair? No, no habrá algo tan blando como el destierro para ti. Con lo que te gusta cazar —la sorna de esas palabras iba cargada de ponzoña que escoció dentro de Rhys—, ahora vas a formar parte de una cacería para siempre.

Kendrick hizo un gesto hacia Rhys. Un par de manos agarraron cada brazo del joven y se los colocaron a la espalda, apretando con mucha fuerza. Él trató de forcejar, protestar, pero más manos se habían unido a las primeras. Antes de que lo sacaran de allí, pudo ver cómo Kendrick miraba a Lea y a su padre. La mirada del Hijo Predilecto que no quiere ser llevado la contraria. El poder onduló a su alrededor, oscuro, niebla y sombra danzado en sus contornos.

Rhys no miró directamente a ninguno de los dannan que lo escoltaron fuera de los campos de entrenamiento, pero no bajó la cabeza, ni se encogió ante sus miradas. Como tampoco se avergonzó de las lágrimas que comenzaron a bajar por su cara.

Apenas fue consciente de que su padre y Kendrick los seguían a unos pasos de distancia. Escuchó a su padre murmurar algo, pero no oyó la réplica a sus palabras. Lo que sí sintió fue un pulso de poder frío y oscuro.

Dolía. Todo le dolía. Los pulmones detrás de sus costillas, la garganta, como si hubiera tragado astillas. Los ojos le escocían. Las yemas de los dedos le ardían, todavía enrojecidas allí donde la madera de serbal lo había tocado.

Pero lo que más le dolía era la espina que le habían arrancado de golpe del pecho, sin miramientos y sin avisar.

Cuando salieron de Irea, dejando atrás las miradas curiosas y extrañadas de los dannan, Kendrick ordenó a los guerreros que había agarrado a Rhys que se marchasen. Tan pronto como las manos de los dannan desaparecieron, las sombras las sustituyeron, frías y prietas sobre sus muñecas y sus antebrazos, manteniéndolas detrás de su espalda.

Sin mediar palabra, Rhys, Kendrick y Gwylim se dirigieron a un acantilado no lejos de allí, ni lejos tampoco de la casa en la que vivía Rhys ocasionalmente. El sol estaba empezando a ocultarse en el horizonte, tiñendo el paisaje y el cielo de colores granates, anaranjados y dorados. El

mar ese día estaba batido, rompía contra las rocas oscuras y veteadas debajo de ellos. Rhys se embebió de esos sonidos y ese olor, de la vista que tenía delante de él. Nunca volvería a verla, por lo menos, no como la estaba viendo ahora.

Volvió a recordar que a Eithne le encantaba el mar. Ella habría adorado unas vistas como aquellas en persona. Desde que le había dicho que nunca había visto el mar se había obsesionado con la idea de mostrárselo. Enseñárselo de verdad, en persona, no en un dibujo que por muy diestro que fuera no podía captar el movimiento de las olas, los matices de los colores del cielo sobre el agua y el olor salado.

Eithne nunca tendría la oportunidad de presencial, sentir, oler y saborear el mar… Él nunca podría enseñárselo…

Su padre, a su derecha, lo sacó de sus pensamientos.

—Esto no es necesario, mi señor. Rhys —se giró a su hijo pequeño con los ojos llenos de súplica—, aun estás a tiempo de negar lo que has dicho, de arre…

—No —cortó Rhys antes de que Kendick respondiese—. No voy a negar nada. La amo, y siempre voy a hacerlo. Ella… ella era como yo. Alguien que no encajaba donde se suponía que debía de hacerlo. No me arrepiento de nada, papá. Volvería a hacerlo —dijo con firmeza, su voz alta y fuerte resonando en los antiguos acantilados—. Todo.

Gwilym miró a Rhys a los ojos. Leyó dentro de ellos. Entendió, con lo que vio allí y con las palabras que acababa de decir su hijo, toda la historia que había compartido con la mortal de nombre Eithne, la cazadora. Comprendió lo que Rhys acababa de perder, lo que sentía. Rhys lo vio en sus ojos, idénticos a los suyos, pero ya era tarde. Él ya había elegido mucho tiempo atrás, no solo delante de su familia y su comunidad, sino delante de los dioses. E iba a llegar hasta el final con sus decisiones. Por Eithne. Por él. Por los dos.

Gwyn ap Nudd, líder de la Cacería Salvaje, apareció en ese momento, no mucho después de que Gwilym lo convocase empleando un hechizo muy antiguo y guardado con celo, el cual solo se empleada en situaciones muy especiales. Una magia a la que solo los Hijos Predilectos tenían acceso, así como aquellos en quienes más confiaban, como sus generales. Gwilym le había pedido a uno de sus segundos al mando que fuera a buscarlo por él; no había querido separarse de Rhys, a pesar de no haberle dirigido la palabra en todo el trayecto hasta el acantilado.

Gwyn ap Nudd bajó del cielo del atardecer montado en un caballo tordo, del color de las volutas del humo. Traía otro más, castaño, cogido de las riendas. Un suave temblor recorrió la tierra cuando los animales, de

consistencia fantasmal, tocaron el suelo con sus pezuñas.

La máscara astada de El Cazador proyectó una sombra alargada delante de él. Su poder, casi tan intenso como el del Hijo Predilecto e igual de ancestral, vibró a su alrededor. No dijo nada a modo de saludo, y ninguno de los tres fae presentes hizo amago de emplear ninguna fórmula de cortesía para recibirlo.

Los acontecimientos no se demoraron. Todos sabían para lo que había venido y era una tontería retrasar lo ya inevitable. Rhys no protestó; solamente lo recorrió un estremecimiento, corto y electrizante.

El recién llegado sacó una copa de metal del morral que llevaba, adornada con runas talladas, casi tan antiguas como Elter o los fae. Extrajo también una botella de cristal con agua en su interior, de un lugar muy lejano, un arroyo que corría por el límite con otro mundo. Vertió parte del agua en la copa y la depositó en el suelo mientras sacaba ahora un puñal de su cinturón. Se hizo un corte en la mano, largo y profundo. La sangre brotó, granate y oscura a la luz del ocaso, y se derramó junto con el agua en el interior de la copa. Mezcló el contenido con la punta del puñal y volvió a alzarse.

Era enorme. De hombros anchos y cuerpo evidentemente musculoso debajo de las pieles de animales que lo cubrían. Debía de medir más de dos metros y la cornamenta de infinitas astas de la máscara lo hacía parecer más inmenso si cabía.

Rhys se negó a apartar la mirada de los ojos ambarinos del ser que tenía delante. Del que a partir del momento en el que bebiera del cáliz sería su señor y el único ante el cual tendría que responder. Con él, ya no habría Padre, ni Madre, ni Dannu. Solo El Cazador.

Cogió la copa que le ofrecía con ambas manos. Pesaba más de lo que parecía. Estaba fría, y las runas que la adornaban presionaron su piel como si quisieran quedar impresas en ella para siempre.

—Tu nombre —graznó el líder de la cacería con voz gutural y ronca, una voz de otro mundo al que muy pocos tenían acceso en vida.

—Rhys Morgan Fforddludw.

El Cazador lo miró unos instantes eternos. Luego, miró a su padre y a continuación, al Hijo Predilecto.

—Es un castigo muy severo —dijo dirigiéndose a él.

—Es lo que se merece —contestó el señor de la oscuridad y la bruma.

Rhys no parpadeó ante aquellas palabras. No las negó, ni siquiera lo hirieron. No había ninguna mentira en lo que Kendrick acababa de decir, y él lo sabía.

Gwyn ap Nudd volvió a mirar al más joven de los tres, con los ojos entrecerrados detrás de la máscara. Rhys sintió que aquellos ojos que parecían reflejar el atardecer destapaban todos los secretos de su alma, incluso los que él no conocía.

Algo dentro su cabeza le dijo que ya estaba, que el momento había llegado. Había sido juzgado y sentenciado por todos los presentes y todos los que se había cruzado desde que había llegado a Elter ese día.

Eithne ya estaba en un lugar al que él podía seguirla. Lo sabía. Lo sentía. No había nada más que lo retuviera. No había nada por lo que rogar o luchar. Había fallado, no había podido cumplir con lo que le había prometido. Había sido un ingenuo desesperado por creer que alguien lo entendería, cuando nunca había sido así. Se merecía aquello; formar parte de la cacería que surcaba los cielos del mundo inmortal eternamente, en el limbo entre la vida y la muerte para siempre, recogiendo las almas de los caídos en batalla para escoltarlos a su lugar de descanso. Un lugar al que él nunca iría.

Se llevó el cáliz a los labios y bebió. El contenido, amargo y salado, bajó por su garganta, gélido y espeso. Cayó como una roca en su estómago vacío. El poder del señor de la Cacería Salvaje lo electrizó desde el interior, recorriendo su cuerpo entero a través de sus venas. El aire se congeló en sus pulmones y su corazón dio un tropiezo; un latido perdido que nunca tuvo lugar marcó la diferencia entre el antes y el después.

Cuando abrió los ojos, estos ya no eran de color cobalto. Se habían vuelto de un tono dorado rojizo, como bronce envejecido. Tenían la tonalidad del atardecer que estaba teniendo lugar en ese momento. Momentos antes de que este se tornara como habían sido sus ojos hacía apenas unos instantes. Ahora, eran del color de la hora mágica; o maldita.

—Bienvenido a la cacería, Rhys, caminante del sendero de ceniza, hijo de Dannu —dijo la voz amortiguada tras la máscara—. Bienvenido a tu nuevo hogar, que serán los cielos de Elter. Bienvenido a tu nueva familia, que sería los miembros de la Cacería Salvaje. Bienvenido a tu nuevo cometido, guiar a los caídos en combate a su descanso final en Tír na nÓg, la tierra de la eterna juventud, lugar al que los acompañarás, pero en el que nunca te será permitido descansar.

Rhys exhaló el aire que tenía en el pecho. El último aliento de su vida.

Agarró las riendas del caballo castaño que Gwyn ap Nudd le ofrecía y montó sobre él. Se parecía a Ròsan, pero se sentía muy diferente a la yegua de Eithne. No sintió el tacto cálido del animal bajo sus piernas, aunque lo notaba sólido debajo de su cuerpo.

Miró a su padre y a Kendrick por última vez antes de partir con El Cazador. No sentía rencor hacia ninguno de ellos. ¿De qué serviría? Ellos habían actuado como creían conveniente, igual que había hecho el propio Rhys. Nunca lo habían entendido, ni a él ni a sus diferencias, y tampoco había terminado de aceptarlas. Durante mucho tiempo, él tampoco lo había hecho. ¿Por qué iba a culpar a los demás de sus propios errores y de sus propias acciones?

Los ojos de color azul oscuro de su padre brillaban, húmedos, cargados de emoción que apenas podía contener. Los de Kendrick, tan tremendamente oscuros que parecían tragarse la luz rojiza del atardecer, eran afilados como puñales de ónice; también había emoción en ellos, pero más contenida, como todo en él, y Rhys no pudo leerla. Tampoco lo intento.

No les dio tiempo a decir nada. Hizo que el caballo diese la vuelta y este comenzó a caminar sobre el aire.

El sol casi había desaparecido debajo del mar en el horizonte. La brisa invernal le agitó con suavidad el cabello, como la caricia de unos dedos fantasmales. Mientras galopaba al lado de El Cazador, camino de las profundidades del cielo, pensó en Eithne, su espinita. Su cazadora. Pensó en cómo había terminado todo, en cómo le había fallado al final. Solo quedaba una cosa que podía hacer por ella, se dio cuenta mientras dejaba de sentir el olor del salitre a su alrededor. Por los dos; por lo que habían tenido juntos, el pequeño mundo privado que se habían construido al lado de aquel loch y en el interior de la gruta dando tanto había compartido.

Recordar.

Tenía toda la eternidad por delante para hacer eso. Para rememorar una y otra vez a la mujer que había amado más intensamente. Sabía lo que las sealgair que la habían conocido y matado harían con su recuerdo; envilecerlo, mancillarlo. Hablar de ella y de su historia como una enseñanza moral y de advertencia, y de cuál era el destino de aquellas que cometiesen el mismo error que ella.

Pero Rhys recordaría a Eithne tal y cómo era de verdad, por siempre. Una mujer dulce y salvaje, auténtica y extraña. Única. Una sealgair diferente. Un ser distinto a todo lo que él había conocido antes. Una criatura que le había hecho pensar que no estaba tan solo, que no era él el único roto y nacido con una tara que le impedía encajar en el papel que le había

tocado.

Sí, eso es lo que haría. Recordar por siempre. La reviviría en su recuerdo, una y otra vez, el único lugar en el que Eithne y Rhys serían felices y perdurarían. El lugar donde tendrían todo lo que no habían podido tener en ninguno de los dos mundos, aquello que nadie les habían permitido. Porque eso era lo que les quedaba a dos seres que no habían nacido para darse amor.

Vivir por siempre en el limbo de los sueños.